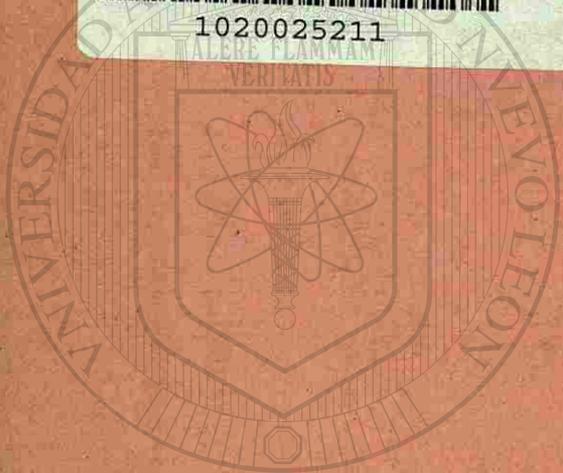




DR 721

A4

v. 1

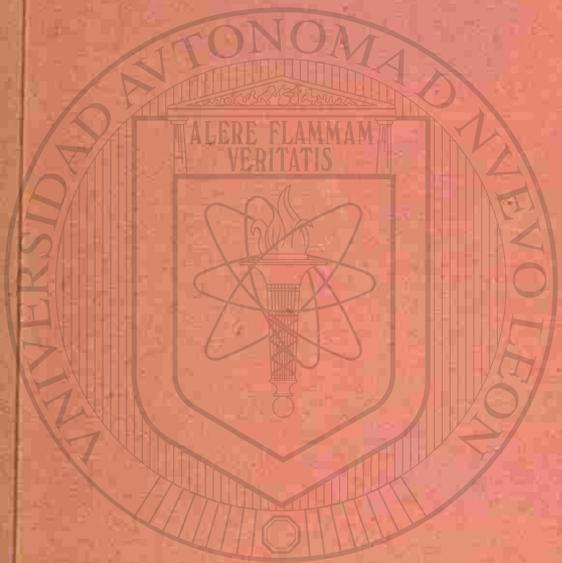


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Cipriano:

Este humilde obsequio que te ofrezco en tu día no dudo que solazará tu ánimo durante algunas horas. Ojalá que cautivado por sus bellezas literarias tengas que abrir sus páginas con frecuencia, y te acuerdes entonces el sincero cariñoso y leal amigo de tu condiscípulo y paisano

Pascual M. Foral

Lagos Septiembre 16 de 1875.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS.

Recuerdos de París y Londres: 2,50 pesetas Madrid y 3 provincias.

Marruecos, con una noticia biográfica y retrato del autor: 3,50 pesetas Madrid y 4 provincias.

Constantinopla: 2 tomos, 5 pesetas en toda España.

Holanda: 3 pesetas Madrid y 3,50 provincias.

España.— Viaje durante el reinado de D. Amadeo I; encuadernado holandesa-tela, 5 pesetas en toda España.

1870 y 1871: Recuerdos, 2,50.

EN PRENSA.

La vida militar: 3 volúmenes, 7,50 pesetas.

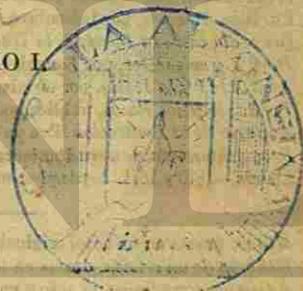
PUNTO DE VENTA.

Librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo,
72, Madrid.

CONSTANTINOPLA

CONSTANTINOPLA

TOMO I



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO DE VARGAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 86316

15234

DR 721

A 4

V. 1

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

- El Colegio de Bolonia*, (en colab.), obra ilustrada, pts. 6,50.
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50.
Elementos de Filosofía moral, para la 2.^a enseñanza.—(Agotada.)
Biología y Ética, (2.^a ed.), para la 2.^a enseñanza, 3.
Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada.)
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado Libre, etc., 1.—(Agotada.)
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.^a ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.
París en América, por Laboulaye, id. (2.^a ed., Gaspar), 1,25.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, id. id., 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.
Poesías de Ríos Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada.)
Anuario de la Institución Libre de enseñanza, por H. G., 2.
Fragmentos, retazos y traducciones, por H. G.—(Agotada.)
Amicis—1870 y 1871, *Recuerdos*, un vol., ptas. 2,50.

- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION.

- Estudios.—Fiambres.—Crítica.*
Lógica, para la 2.^a enseñanza.
Obras completas de Ríos Rosas.

EN PRENSA.

- Amicis.—La vida militar*; 3 tomos, pts. 7,50.



EDMUNDO DE AMICIS.

DEDICATORIA DEL AUTOR

Á MIS QUERIDOS AMIGOS DE PERA

ENRIQUE SANTORO, JUAN ROSSASCO Y FAUSTO ALBERI.

Amigos: Este es mi último libro de viajes. De aquí en adelante, no escucharé más que las inspiraciones del corazón.

(LUIS DE GUEVARA, Viaje á Egipto.)



AL EXCMO. SR.

D. JOSÉ LUIS ALBAREDA

Recuerdo de amistad de

EL TRADUCTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C
910
A



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

Al ofrecer al público la traducción de la bellísima obra del fecundo escritor, ya popular entre nosotros, Edmundo de Amicis, hemos creído conveniente añadir notas al texto, á fin de aclarar el contenido del mismo; con lo cual nos parece que será más asequible la lectura de CONSTANTINOPLA á toda clase de personas.

El estilo, de fijo que ha perdido mucho al ser vertido por nosotros al castellano; pero hemos procurado conservarlo puro é inteligible, aun á trueque de que esta minuciosidad haya perjudicado la corrección. La primera obligación del que traduce, es mantener íntegro hasta donde sea posible el espíritu del autor, y hemos obedecido ante todo á este deber.





LA LLEGADA.

La emoción que experimenté al entrar en Constantinopla, me hizo casi olvidar todo cuanto había visto durante diez días de navegación, desde el Estrecho de Mesina hasta la embocadura del Bósforo.

El mar Jonio, azul é inmóvil como un lago; los lejanos montes de la Morea, bañados en luz rosácea por los primeros rayos del astro rey; el archipiélago, dorado por el sol póniente; las ruinas de Atenas, el golfo de Salónica, Lemnos, Tenedo, los Dardanelos, y á más, varios personajes que me divertieron hasta cierto punto en la expedición, todo ello se disipó de tal manera en mi mente al punto que ví el Cuerno de Oro, que si quisiera en este instante describir aquel conjunto de cosas y personas, necesitaría la imaginación trabajar mucho más que la memoria.

Con objeto de que la primera página de mi libro me salga del alma, viva y animada, empie-

zo por la última noche de viaje, en medio del mar de Mármara, y en el momento en el cual el capitán del barco, aproximándose á mí y á mi amigo Yunk, y colocando entrambas manos sobre nuestros hombros, exclamó con su bien definido acento palermitano:

—Señores, mañana al amanecer veremos los primeros alminares de Stambul.

¡Ah, y cómo sonreía, caro lector! Sonreía, lleno de dinero y de aburrimiento: él, que hace pocos años, cuando le asaltó la idea de ir á Constantinopla, en veinticuatro horas llenó la bolsa, hizo la maleta, y partió como quien vá un día de campo, hasta con la incertidumbre de qué sería mejor, si dirigirse á Baden-Baden ó tomar rumbo hácia la ciudad de Constantino! Y bien, lector amigo; si este capitán te hubiese dicho:—Mañana al amanecer veremos los primeros alminares de Stambul,—es probable que tú le hubieras contestado flemáticamente:—Que me place.

¡A tal capitán, tal respuesta!

Porque, convéncete, se necesita haber acariaciado aquel deseo por espacio de diez años consecutivos; haber pasado muchas noches de invierno mirando melancólicamente el mapa de Oriente; haberse caldeado la imaginación con la lectura de cien volúmenes; haber recorrido media Europa tan solo por consolarse de no haber visto la otra media; haber permanecido un año con los codos

clavados sobre la mesa de trabajo con aquel único objetivo; haber llevado á cabo mil pequeños sacrificios, y cuentas tras cuentas, y castillos en el aire sobre otros castillos de naipes, y batallas tras batallas en el seno del hogar doméstico; se necesita, en fin, haber pasado nueve noches de insomnio navegando ante aquella imagen inmensa y luminosa, sintiéndose tan feliz que casi el remordimiento surgía en el ánimo, al pensar en las personas queridas que quedaron en casa; se necesita, repito, todo esto, para comprender todo el alcance y todo el valor de aquellas palabras:—«Mañana al amanecer veremos los primeros minaretes de Stambul.»—Entonces, y solo entonces, en vez de responder, lector querido, flemáticamente:—«Que me place,»—se contesta pegando un puñetazo formidable sobre el parapeto del barco!

Uno de los grandes placeres que experimentábamos tanto mi amigo como yo, era la certidumbre de que nuestra ilusión no se vería defraudada.

Sobre Constantinopla, con efecto, no hay ni dudas ni divergencias de pareceres. Hasta el más desconfiado viajero vá seguro de no hallar una desilusión: nadie ha sufrido todavía un desencanto. Para nada entra en la fascinación y encanto que produce, la consideración de los recuerdos de la admiración que en otros causó su vista. Es una belleza universal, ante la cual se extasían el poeta

y el arqueólogo, el diplomático y el comerciante, la princesa y el marinero, el hijo del Setentrion como el del Mediodía: á todos, unánimemente, ha arrancado el espectáculo de Constantinopla un grito de asombro y maravilla. Se trata del más hermoso lugar del mundo, á juicio de todo el mundo.

Los escritores de viajes, al llegar allí, pierden la cabeza. Perthusier balbucea; Tournefort dice que la lengua humana es impotente para describirlo; Pouqueville cree ser arrebatado á otra tierra; La Croix permanece ébrio; el vizconde de Marcellus, se queda estático; Lamartine dá gracias á Dios; Gauthier duda de la realidad de lo que ve y todos acumulan imágenes sobre imágenes, haciendo brillar el estilo, aunque se atormentan en vano por encontrar una expresion que no resulte miserable, comparada hasta con la propia impresion y el pensamiento propio.

Solo Chateaubriand describe su entrada en Constantinopla con una apariencia de tranquilidad de ánimo que lleva el estupor al del que lo lee; pero no olvida añadir que es el más bello espectáculo del Universo. Y si la célebre Lady Montague, pronunciando el mismo juicio, agrega un *quizá*, debe pensarse que lo ha hecho para dejar tácitamente el primer puesto á la propia belleza de su persona, de la cual se preocupaba mucho.

Hay hasta un frio aleman que asegura que las más encantadoras ilusiones de la juventud, los sueños mismos del primer amor, son pálidas evocaciones comparadas al sentimiento de dulzura que invade el alma á la vista de aquellos parajes de hadas. Un docto francés afirma que la primera impresion de Constantinopla es el asombro. ¡Imagine, pues, el lector, la ebullicion que debian producir todas estas palabras de fuego, cien veces repetidas, en el cerebro de un atrevido pintor de veinticuatro años, y de un mal poeta de veintiocho!

Mas ni aun estas alabanzas ilustres nos satisfacian, y buscábamos el testimonio de los marineros.

Y áun ellos, pobre gente ruda, para dar una idea aproximada de aquella belleza, sentian la necesidad de expresarse por medio de símiles, y usando de palabras extraordinarias y no vulgares, las cuales querian encontrar volviendo los ojos de aquí para allá y á fuerza de estrujarse los dedos, y por tentativas continuadas de descripciones, resonando su voz como notas que vienen de lejos y gesticulando lenta y variadamente: signos exteriores y comunes, usados por todas aquellas pobres gentes del pueblo, para manifestar en todos los países la admiracion cuando no basta la palabra.

—Entrar una bella mañana en Constantino-

pla—nos dijo el jefe de timoneros—creedme á mí, señores *es un magnífico momento en la vida de un hombre!*

Hasta el tiempo nos sonreía.

Era una noche serena y plácida. El mar acariciaba con ligerísimo murmullo los costados del barge; la arboladura y el cordámen, hasta en lo más diminuto, se destacaban inmóviles y con entera claridad sobre el azul del cielo, tachonado de algunas brillantes estrellas: no parecía que navegásemos.

A proa, un montón de turcos recostados fumaban el narguilé con el rostro vuelto hácia la luna, la cual pintaba con contornos de plata los blancos turbantes; á popa, un grupo de gentes de todos los países, entre las cuales se contaba una comparsa de comediantes griegos que se habían embarcado en el Pireo.

Todavía veo en medio de una pila de chiquillas rusas que van á Odesa con su madre, el semblante de la pequeña Olga, maravillada de que yo no comprenda su lengua y desesperada por haberme hecho tres veces la misma pregunta sin obtener una respuesta inteligible. Tengo á este lado á un súcio y bien cebado cura griego, con su sombrero echado atrás, buscando á favor de

su anteojo el archipiélago de Mármara; á aquella otra parte, un ministro evangélico inglés, rígido y frío como estatua, que en tres días no ha dicho aún esta boca es mía, ni mirado á la cara de ánima viviente; delante de mí, dos lindas señoritas atenienses, con birretina encarnada y las trenzas cayendo por la espalda, las cuales, apenas las mira uno, cuando se vuelven ambas á la vez hácia el mar, presentando el correcto perfil para que se las vea en la esplendidez de su belleza; más allá, un negociante armenio repasa las cuentas del rosario oriental; un grupo de hebreos vestidos á la antigua; otro de albaneses, con sotanas blancas; una institutriz francesa, que se hace la interesante; algún que otro viajero, de esos cuyo país no se adivina ni se puede nadie aventurar á colegir por su aspecto, edad, ni condicion, ni oficio; y en medio de toda esta gente, una familia turca, compuesta del padre, que viste de jáique, la madre, velada en su traje, y dos niños, con sus calzones rojos, acurrucados los cuatro bajo una tienda, y rodeados de una piña de colchones, cogines y almohadas de todos colores y tamaños.

¡Cómo se advertía la vecindad de Constantinopla! Había una animación no acostumbrada en el buque. Casi todos los semblantes que se veían á la luz de las linternas, estaban alegres. Las chiquillas rusas saltaban alrededor de su madre, gritando el antiguo nombre de Stambul;—«Za-

vegorod, Zavegorod.»—Al pasar cerca de los grupos, se escuchaban los nombres de Galata, Pera, Scutari, Bujukderé, Terapia, que brillaban en mi fantasía como chispas de fuegos artificiales en el momento de encenderse.

Los marineros mismos estaban contentos al aproximarse á aquel lugar donde, como ellos decían, se olvidan las tristezas de la vida, á lo ménos por una hora.

Aun á proa, en medio de aquel monton de blancos turbantes, se notaba un movimiento extraordinario; hasta aquellos musulmanes indolentes é impasibles, veían ya con los ojos de la fantasía ondular en el horizonte los caprichosos contornos de *Ummelunni*, la madre del mundo, «la ciudad,» como dice el Korán, «que mira por un lado á la tierra y por dos el mar.»

Parecía que el barco, aun sin la fuerza motriz del vapor, habria andado por sí mismo, empujado por el ímpetu de los deseos é impaciencia que trepidaban dentro de su casco. De trecho en trecho, me apoyaba en el parapeto para mirar al mar, y creía oír cien confusas voces que me hablaban entre el murmullo de las aguas. Eran las voces de todas las personas queridas, que exclamaban: —¡Vé, vé, hijo, hermano, amigo; anda, goza de tu Constantinopla, que bien te la has merecido y ganado; sé feliz y que Dios no te abandone!

Únicamente, hácia media noche, los viajeros

empezaron á descender bajo cubierta. Mi amigo y yo bajamos los últimos y á paso de tortuga, porque nos costaba trabajo ir á encerrar entre cuatro paredes la alegría, á la cual parecía cuadrar perfectamente el angusto marco del circuito de la Propóntide.

Cuando llegábamos á la mitad de la escalerilla, percibimos la voz del capitán que nos invitaba á subir por la mañana muy temprano al puente reservado para el mando de las maniobras.

—Que estén allí antes de la salida del sol, exclamó asomándose á la barandilla; ¡que echo al agua al que se retarde!

¡Jamás, desde que el mundo es mundo, se ha hecho una amenaza más supérflua! Yo no pegué los ojos en toda la noche. Creo que el jóven Mahomet II, en aquella famosa noche de Adrianópolis, en la cual deshizo la cama á fuerza de dar vueltas y más vueltas, agitado por la vision de la ciudad de Constantino, no se revolcaría tanto como yo en mi litera, durante cuatro larguísimas horas de esperar.

Para calmar mis nervios, intenté contar hasta mil; mirar á la franja blanca que las aguas, hendidas por la quilla del barco, venían á dibujar en el ojo de buey de mi camarote; intenté tararear un aire igual y monótono, con la acompasada cadencia del ruido de los golpes del émbolo, producido por la máquina de vapor... ¡todo inútil! Ex-

perimentaba la fiebre, sentía que la respiración me faltaba y la noche me parecía eterna.

En cuanto se me figuró vislumbrar un rayo de luz, salté del lecho; Yunk ya se había levantado; nos vestimos á escape y subimos de tres en tres los escalones, para llegar sobre cubierta.

¡Maldición!

Había niebla.

Una niebla cerrada, espesa, compacta, cubría el horizonte por todas partes; la lluvia parecía inminente; el grande espectáculo de la entrada en Constantinopla estaba perdido; nuestro más ardiente deseo borrado; el viaje, en suma, echado por tierra.

Permanecí como aniquilado.

En aquel momento apareció el capitán con su habitual sonrisa.

No tuvo necesidad de hablar. En cuanto lo ví, comprendí todo; dándome un golpecito en el hombro, no obstante, me dijo:

—Nada, nada, no se apuren, y bendigamos la niebla que vá á proporcionarles la más bella entrada en Constantinopla que se haya podido imaginar. Dentro de dos horas tendremos un cielo espléndido y transparente: ¡palabra de honor!

Sentí que volvía á la vida.

Subimos al puente desde donde se manda la nave.

En la proa ya estaban sentados sobre sus ta-

pices los turcos con las piernas cruzadas y el rostro vuelto hácia Constantinopla. A los pocos minutos, todos los pasajeros se hallaban sobre cubierta, armados de anteojos, gemelos de marina de todas formas y especies, apoyándose uno tras otro en larga fila en el parapeto izquierdo, como si fuera en la balaustrada de la galería de un teatro. Corría un airecillo fresco: todos callaban. Todos los ojos y todos los anteojos fueron volviéndose hácia la orilla setentrional del mar de Mármara. Pero todavía no se veía nada.

La niebla no formaba sino una cinta blanquecina en el horizonte, sobre el cual resplandecía un cielo sereno y dorado.

En línea recta, delante de nosotros, y en la dirección de la proa, surgía confusamente el pequeño archipiélago de las nueve Islas de los Príncipes, las *Demonesas* de los antiguos, lugar de los placeres en la corte del Bajo Imperio, y ahora punto de citas y de fiestas de los habitantes de Constantinopla.

Las dos orillas del mar de Mármara permanecían aún completamente ocultas.

Solo al cabo de una hora que llevábamos sobre el puente, se comenzó á ver...

Pero es imposible comprender bien la descripción de la entrada en Constantinopla si el lector no tiene idea clara de la configuración de la ciudad.

Suponed, pues, que teneis delante la embocadura del Bósforo, brazo de mar que separa Asia de Europa, y une el mar de Mármara con el mar Negro. Así colocados, cae á la derecha la orilla asiática y á la izquierda la europea: aquí, la antigua Tracia; allí, la antigua Anatolia. Avanzando, esto es, enfilando el brazo de mar, se encuentra á la izquierda, apenas salvada la embocadura, un golfo, una rada angostísima, la cual forma con el Bósforo ángulo casi recto, penetrando algunas millas en suelo europeo, y constituyendo una curva, á la manera de cuerno de toro, de donde toma el nombre de Cuerno de Oro, ó sea de la abundancia, por afluir aquí en otro tiempo, cuando era puerto de Bizancio, las riquezas de los tres continentes.

En el ángulo de tierra europea, que de una parte está bañado por el mar de Mármara y de otra por el Cuerno de Oro, donde se asentaba la antigua Bizancio, se levanta sobre siete colinas Stambul, la ciudad turca. En el otro ángulo, bañado por el Cuerno de Oro y por el Bósforo, se elevan Galata y Pera, las ciudades francas (1). Frente á la aber-

(1) Se llama *franco* todo lo que pertenece á los europeos en Oriente.

tura del Cuerno de Oro, sobre las colinas de la orilla asiática, surge la ciudad de Scutari. Aquella, pues, que se denomina Constantinopla, está formada de tres grandes ciudades, divididas por el mar, pero colocadas una enfrente de otra, y la tercera frente á las otras dos primeras y tan cercanas entre sí, que de cualquiera de ella se divisan distintamente los edificios de las restantes, sobre poco más ó menos con igual claridad que de una á la otra ribera del Sena ó del Támesis en los puntos donde son más anchos estos rios en París y Londres. El vértice del triángulo sobre el cual Stambul hiergue su frente, vuelto hácia el Cuerno de Oro, es aquel famoso Cabo del Serrallo, el cual oculta al que viene desde el mar de Mármara hasta el último instante, la vista de entrambas orillas del Cuerno, ó sea la parte más grande y más bella de Constantinopla.

El capitán, con su certero ojo de marino, fué el primero que descubrió el primer vislumbre de Stambul.

Las dos señoras atenienses, la familia rusa, Yunk, otros y yo, que íbamos á Constantinopla por vez primera, estábamos alrededor del capitán, formando estrechísimo grupo, silenciosos y procurando inútilmente que penetrase á través de la niebla nuestra vista, cuando extendiendo aquel el brazo en dirección de la izquierda, exclamó:

—Señores: hé allí el primer asomo.

Era un punto blanco, la cúspide de altísimo minarete, cuya parte inferior permanecía aún oculta. Todos apuntamos allí con los anteojos. El barco se deslizaba rápidamente. Después de algunos minutos se vió al lado del alminar una mancha incierta, después dos, luego tres, luego muchas manchas que poco á poco tomaban contorno de casas, alargándose y alargándose la hilera.

Ante nosotros, y á la derecha, todo continuaba escondido entre los vapores de la niebla. Lo que entonces comenzaba á descubrirse, era la parte de Stambul que se prolonga formando un arco de cerca de cuatro millas italianas sobre la orilla setentrional del mar de Mármara, entre el Cabo del Serrallo y el Castillo de las Siete Torres. Pero la colina misma del Serrallo, proseguía velada. Detrás de las casas iban despuntando uno tras otro, los minaretes, altísimos y blancos, y las cúspides, iluminadas por el sol, resultaban color de rosa. Bajo las casas, empezaban á descubrirse los viejos muros almenados, de tono oscuro, y reforzados de trecho en trecho por gruesas torres á manera de contrafuertes, constituyendo en torno de la ciudad, una no interrumpida cintura, contra la cual se estrellan las olas del mar.

De pronto, al poco tiempo, quedó enteramente descubierta una parte de la ciudad de unas dos millas de largo; pero declaro francamente que el

espectáculo no correspondia á mis ilusiones y mis esperanzas.

Estábamos sin duda en el momento en el cual Lamartine se preguntó á sí mismo:—¿Pero es esto Constantinopla?—Y exclamó después:—¿Qué desencanto!

Las colinas continuaban aún escondidas, no se veía más que la orilla y la larga hilera de casas, con lo cual la ciudad parecia enteramente plana.

—Capitan, prorrumpí yo tambien, ¿pero es esto Constantinopla?

Por primera respuesta me aferró de un brazo y señalando con el otro ante nosotros, me dijo:

—¡Hombre de poca fé, mire allí!

Miré y una exclamacion de asombro se escapó de mis lábios.

Una sombra enorme, una mole altísima y ligera, todavia cubierta por vaporoso velo, se elevaba al cielo desde la cúspide de una altura que dibujaba su esférica silueta en el aire en medio de cuatro desmesurados minaretes, cuyas plateadas puntas centelleaban á los primeros rayos del sol.

—¡Santa Sofia!—gritó un marinero, y las señoras atenienses murmuraron:—“Hagia Sofia”—(la santa sapiencia.)—Los turcos de proa se pusieron de pié. Más delante y á los lados de la santa basílica empezaban á dibujarse confusamente por entre la niebla otras cúpulas enormes, otros alminares compactos y espesos como bosque ji-

gantesco de palmeras sin palmas...—La mezquita del sultán Ahmed—gritaba señalando el capitán—la mezquita de Bayaceto; la mezquita de Osman, la mezquita de Laleli, la mezquita de Soliman... Pero nadie le escuchaba... El velo se rompía rápidamente y por todas partes surgían mezquitas, torres, manehas de concentrado verde, casas y más casas; y mientras más adelante caminábamos, más se erguía orgullosa la ciudad, mostrándonos sus rotos contornos caprichosamente diseñados, ora blancos, ora verdes, ora rosáceos y siempre brillantes. La colina del Serrallo enseñaba ya entera su elegante conjunto sobre el fondo gris de la lejana neblina. Cuatro millas de población, toda la parte que mira al mar de Mármara, se desplegaba á nuestra vista; y sus oscuras murallas, sus casas mil, de mil colores, reflejaban sus perfiles en el nítido y terso cristal de las aguas como en límpido espejo.

De pronto el barco se paró.

Todos rodearon al capitán para preguntarle por qué, y nos explicó que era indispensable esperar que se desvaneciese la neblina por completo para proseguir caminando. Y con efecto, la embocadura del Bósforo, se hallaba perdida como detrás de inmensa y espesa cortina. Un minuto después, ya se pudo adelantar, aunque con precauciones. Nos aproximamos á la colina del antiguo Serrallo.

Aquí, la curiosidad mía y la de todos, se convirtió en verdadera fiebre.

—Vuélvase, dijo el capitán, y espere á que tengamos delante toda la colina.

Me volví y fijé la vista en un escabel que me parecía que bailaba.

—¡Ahora! gritó el capitán.

Me volví. El barco se había parado de nuevo.

Nos hallábamos frente á frente de la colina y muy próximos á ella.

Es un gran montículo vestido de cipreses, terebintos, abetos y plátanos gigantescos, que lanzan sus ramas, fuera de los almenados muros, hasta llegar á hacer sombra en el mar. En medio de esta mancha de verdor, se alzan desordenadamente, separados y formando grupos, como esparcidos al acaso, techos de kioscos, pabellones coronados de galerías, plateadas cupulillas, pequeños edificios de gentil y extraña forma, con enrejadas ventanas y puertas de arabescos; todo blanco, diminuto, medio oculto, que deja adivinar laberintos de jardines, de corredores, de patios, de corrales: una ciudad completa, encerrada en un bosque, separada del mundo y llena de misterio y de tristeza.

En aquel instante, el sol la hería, disipando lentamente la ligerísima gasa que la envolviera. No se veía á nadie, no se sentía el más mínimo rumor. Todos los pasajeros permanecían con los

ojos fijos, mirando y remirando aquella colina coronada por las memorias de cuatro siglos de gloria, de amores, de conjuraciones, de placeres y de sangre: palacio, ciudadela y tumba de la gran monarquía otomana. Ninguno hablaba, nadie se movía, cuando de repente gritó el segundo del buque:

—¡Señores! Se ve Scutari.

Nos volvimos todos como movidos por un resorte hacía la orilla asiática. Scutari, la ciudad del Cuerno de Oro, estaba allí esparcida hasta perderse en lontananza sobre las alturas y por los flancos de sus grandes lomas envuelta en los luminosos vapores de la mañana, risueña, fresca, como una ciudad nacida de improviso y por virtud del golpe de una vara mágica.

¡Quién es capaz de describir aquel espectáculo! El lenguaje de que nos servimos para hablar de los demás países, no sirve para dar una idea siquiera de aquella inmensa variedad de colores y de perspectivas; de aquella maravillosa confusión de ciudades y de paisajes, mezcla de alegría y austeridad, de algo europeo y algo oriental, raro, elegante, extraño, original, magnífico y soberbio!!

Imaginaos una población compuesta de diez mil casitas amarillas y encarnadas, de diez mil jardines exuberantes de verdura, por entre los cuales alzan la cerviz cien candidas mezquitas blancas como la nieve, dominando á la ciudad un

bosque de enormes y corpulentos cipreses—el mayor cementerio del Oriente; á los extremos, inmensos cuarteles blancos tambien, grupos de casas y de árboles, pequeñas construcciones campestres, detrás de las cuales despuntan otras medio incógnitas y rodeadas por grandes masas verdes; y aquí, allí, en todas partes, cimas de cúpulas, agujas de minaretes, coronamientos de torres, reverberando hasta la mitad de la ladera de una montaña que cierra como por tupida cortina el horizonte lejano; una gran ciudad, en suma, derramada, diseminada en un gran jardín, colocada sobre una orilla que en este punto se rompe á pico y en bisel y entre peñascos vestidos de sicomoros, y abierta más allá por esotro lado en gradaciones de verdosos planos, cuyos valles y senos se hallan rebosando flores en manchas de sombra; terminando, en fin, el espectáculo con el azul del Bósforo, que refleja en sus aguas toda esta esplendente belleza.

Mientras miraba á Scutari, mi amigo me tocó con el codo para anunciarme el descubrimiento de otra ciudad. Y con efecto, tornando la vista hacía el mar de Mármara, en la misma orilla asiática, percibí más allá de Scutari blanca faja de casas, mezquitas, jardines, al lado de las cuales habíase deslizado la embarcacion sin que la niebla nos las hubiese dejado contemplar. Con el auxilio del antejo se divisaban perfectamente los cafés, los ba-

zares, los edificios á la europea, las escalinatas, las murallas que ciñen los huertos, los barquichuelos distribuidos á lo largo de las playas... Era Kadi-Kioi, *el pueblo de los jueces*, colocado sobre las ruinas de la antigua Calcedonia, antes rival de Bizancio: aquella Calcedonia fundada seiscientos ochenta y cinco años antes de Jesucristo por los Megarianos, á los que denominó *ciegos* el oráculo de Delfos por haber escogido aquel sitio en lugar de la opuesta ribera, donde se asienta Stambul.

—Son tres ciudades, nos dijo el capitán; cuenten por los dedos, puesto que van á surgir al momento otras varias.

Nuestra nave permanecía inmóvil entre Scutari y la colina del Serrallo.

La tantas veces repetida niebla encubría por completo el Bósforo, desde Scutari en adelante y Galata y Pera al frente. Pasaban á nuestro lado barcos y lanchones de todas especies, vaporcillos, caiques, (1) pequeñas embarcaciones de vela... pero ninguno los miraba. Todas las miradas continuaban fijas en la cortina gris que cubría la ciudad franca. Yo me estremecía de impaciencia y de placer. Todavía faltaban pocos instantes para contemplar el panorama maravilloso que había de

(1) Caique, pequeña embarcación ó esquife, al servicio de las galeras.

arrancar gritos de admiración al alma. Apenas conseguía mantener quietos y fijos los gemelos: tanto me temblaba el pulso.

El bueno del capitán me miraba gozándose en mi emoción; y frotándose las manos, prorrumpió á voces:

—¡Ya estamos, al fin, al fin!

Con efecto, principiaron á aparecer tras del velo, primeramente, manchas blanquecinas; después, perfiles vagos, inciertos, dudosos, de una gran prominencia; luego, vivísimos brillos y centelleos de cristalerías heridas por el sol, y en fin, Galata y Pera en plena luz: un monte, millares de casas de todos colores, unas detrás de otras; una ciudad altísima con diadema formada de alminares, cúpulas y árboles. Sobre la cima, palacios monumentales de las embajadas, y la gran torre de Galata, y á la falda, el vasto arsenal de Tofané y el espeso bosque de apiñados mástiles de embarcaciones... y barrios tras barrios iban saliendo á medida que la niebla desaparecía, todos de compactas fábricas de vario color, salpicados de cuando en cuando por el blanco de las mezquitas; hileras de buques, pequeños puertos, palacios que besan las aguas, pabellones, jardines, huertas, kioscos, y más allá, se prolongaba perspectiva análoga y semejantes panoramas... una confusión tal de colores, una riqueza de verdor, una fuga de vistas, una grandeza, una delicia,

una gracia, capaz de hacer prorrumpir en exclamaciones insensatas. Sobre el barco todos estábamos con la boca abierta: pasajeros, marineros, turcos, europeos, chiquillos... Se podía oír el vuelo de una mosca, y ya no se sabía á qué parte mirar: Scutari, Kadi-Kioi á un lado; del otro, la colina del Serrallo; en frente, Galata, Pera y el Bósforo. Para ver sucesivamente, era indispensable ir girando, y verificábamos la operacion con las pupilas dilatadas, sonriendo, gesticulando, callados, y como si aspirásemos un placer de esos que sofocan. ¡Qué hermosos momentos, Dios eterno!

Y sin embargo, lo más grande y lo más bello, quedaba aún por ver.

Proseguíamos inmóviles delante de la colina del Serrallo, sin pasar la cual no es posible ver el Cuerno de Oro, que es precisamente desde donde se goza de la más hermosa vista de Constantinopla.

—Estén atentos, apuntó el capitán antes de dar la orden de continuar la marcha; estén atentos porque ahora viene el *instante crítico*. En tres minutos nos hallaremos delante de Constantinopla.

Una sensación de frío recorrió todos mis miembros.

Esperamos todavía algunos segundos.

¡Ah, cómo me latía el corazón! ¡Con qué

fiebre en el alma aguardaba aquella bendita palabra: adelante!

Al fin gritó el capitán: *adelante*.

El barco principió á moverse. ¡Ah, Reyes, Príncipes, Cresos, poderosos y afortunados de la tierra, en aquel momento os compadece! Mi sitio en la nave, valía más que todos vuestros tesoros amontonados, y no habría vendido una sola de mis miradas por un imperio entero.

Un minuto... otro... ya se pasa la punta del Serrallo... entreveo espacios inmensos llenos de luz y de tintas variadas... se pasó aquel á manera de cabo, y... hé aquí ¡¡¡CONSTANTINOPLA!!!

Constantinopla sin límites, soberbia, sublime. ¡Gloria á la creacion y al hombre!

¡Jamás soñé tanta belleza!

Y ahora, describe, miserable. ¡Profana con tu pluma esta vision divina! ¡Quién osa describir á Constantinopla? Chateaubriand, Lamartine, Gautier, ¿qué habeis remedado!

Y sin embargo, las imágenes se atropellan en la mente, y las palabras huyen de la pluma. Veo, hablo, escribo, todo á la par, sin esperanza, pero con una voluptuosidad que me embriaga. Veamos, pues, hasta qué punto se puede salir del paso.

El Cuerno de Oro, recto delante de nuestra vista, como un ancho río, y sobre las dos riberas dos cadenas que se levantan al cielo, sobre cuyas cimas se extienden otras dos cadenas paralelas de ciudad, que abrazan ocho millas de montes, de valles, de senos, de promontorios; cien anfiteatros de monumentos y jardines; dobles filas en inmensas escalinatas de casas, de mezquitas, de bazares, de serrallos, de baños, de kioscos, de multicolor aspecto; cientos de minaretes hierguen lucientes puntas hasta las nubes, como inmensurables columnas de marfil; apretados cipreses, que forman verdes florestas, bajan hasta el mar en largas cintas, guirnaldando barrios y puertos entre sus brazos; exuberante vegetacion se enlaza y rebosa por todas partes, empenachando las alturas, serpeando entre las hondonadas, coronando los techos é inclinándose hácia las aguas.

A la diestra, Galata, con una selva de astas y banderas; sobre Galata, Pera, que dibuja en el cielo las valientes líneas de sus palacios europeos; delante, un puente que une ambas orillas, recorrido por dos opuestas filas de apiñadas y variopintas gentes. A la siniestra mano, Stambul, reclinada sobre sus extensas lomas, cada una de las cuales sustenta la pesadumbre de gigantescas mezquitas con cúpulas de plomo y agujas de oro: Santa Sofía, blanca y rosácea; Sultan Ahmet, flanqueada por seis alminares; Soliman el Gran-

de, coronada de diez cúpulas; Sultana Validé, que se recrea en las aguas como en claro espejo; sobre la cuarta colina, la mezquita de Mahomet II; sobre la quinta, la mezquita de Selim; sobre la sesta, el Serrallo de Tekyr; y sobresaliendo por encima de todas las alturas, la blanca torre del Serasquier, que domina las orillas de los dos continentes, desde los Dardanelos al mar Negro.

Más allá de la sexta colina de Stambul y más allá de Galata, no se ve sino perfiles vagos, puntas de ciudad y de barriada, córte de muelles, apuntes de flotas, detalles de selvas, casi desvanecidos y deformados en celeste atmósfera, cuyo conjunto ofrece un espectáculo de cosas no reales, sino engaños del aire y efectos de luz.

¿Cómo abarcar los detalles de este prodigioso cuadro?

Se fijan los ojos alternativamente en las vecinas riberas, ora sobre la caseta turca, ora sobre la dorada torrecilla; pero de pronto, se infunde y pierde en aquella profundidad lumínica y se espacia al acaso en aquellas dos fugas de fantásticas ciudades, cayendo y levantando la aturdidamente.

Una majestad infinitamente serena y difusa sobre toda aquella belleza; un no sé qué de juvenil y de amoroso, que despierta mil recuerdos de cuentos de hadas y de sueños primaverales; algo de aéreo, de misterioso y de grande que arrebató

la fantasía arrastrándola fuera de la verdad. El cielo, defumado en finísimos y delicados matices opalinos y argentíferos, señala con maravillosa limpieza todas las cosas y todos los objetos; el mar, color de zafiro, salpicado de tonos purpúreos, hace tremolar los largos reflejos blancuzcos de los alminares y las torres; las cúpulas centellean; toda aquella potente vegetación se agita y tiembla en el aire embalsamado de la mañana; nubes de palomas revolotean en los techos de las mezquitas; grupos de esquifes pintados de varios colores, deslízanse sobre las aguas; el céfiro del mar Negro trae los perfumes de diez mil huertos... y cuando embriagados en este paraíso, olvidados de todo, nos volvemos maquinalmente hacia atrás, vemos con nueva sensación de estupor la orilla del Asia, que cierra el panorama con la pomposa hermosura de Scutari, y con las albas crestas del Olimpo de Bitinia; el mar de Mármara, derramado entre islotes y esmaltado de níveas velas; el Bósforo cubierto de naves, que serpea entre dos interminables filas de kioscos, palacios y construcciones campestres, y vá á perderse lleno de misterio en medio de la más risueña colina del Oriente. ¡Ah, sí! Este es el más bello espectáculo de la tierra: ¡quien lo niegue es ingrato á Dios é injuria la Creación! ¡Mayor belleza, caso de concebirla, haría saltar en pedazos los sentidos!

Desvanecida la primera emoción, miré los pa-

sajeros: todos los semblantes estaban demudados. Las dos señoras atenienses tenían húmedos los ojos; la señora rusa, en el instante solemne, habia estrechado sobre su corazón á la pequeña Olga; hasta el marmóreo pastor inglés nos dejaba escuchar por vez primera el timbre de su voz, exclamando de trecho en trecho:—¡*Wonderful, wonderful!* (¡Estupendo, estupendo!)

El barco se paró no muy lejos del puente. En pocos segundos se reunió alrededor un tropel de barquichuelos, y á seguida, una irrupción de mozos y demandaderos turcos, armenios, griegos, hebreos saltó sobre cubierta, blasfemando en italiano del otro mundo, y á poco, se hicieron dueños de los equipajes y hasta de las personas.

Después de inútiles tentativas de resistencia, di un abrazo al capitán, un beso á Olga, un adiós á todos y salté con mi amigo en una especie de fusta moruna de cuatro remos que nos condujo á la Aduana, de donde salimos luego para internarnos en un laberinto de callejuelas hasta la fonda de Bizancio, situada en lo más eminente de la colina de Pera.



CINCO HORAS DESPUÉS.

La vision de esta mañana se ha desvanecido. Aquella Constantinopla, toda luz y belleza, es una ciudad monstruosa, desparramada en un sube y baja infinito de alturas y hondonadas; laberinto de hormigueros humanos, de cementerios, de ruinas, de soledades; confusion nunca vista de civilizacion y de barbarie, que presenta un remedo de todas las ciudades del mundo y recoje en sí todos los aspectos de la vida humana.

Realmente, no tiene de gran ciudad más que el esqueleto, que es la pequeña parte murada: el resto consiste en una aglomeracion de barracas, un indeterminado campamento asiático, en donde bulle la poblacion, que jamás se contó, de gentes de todas las razas y de todas las religiones. Una ciudad en transformacion, compuesta de ciudad vieja, que se borra y se deshace; de ciudad nueva salida ayer á los haces de la tierra; de otras ciudades que están naciendo.

Todo se halla superpuesto y amontonado. Por cada parte que se mira adviértense las huellas de trabajo gigantesco: montes perforados, colinas desmontadas, barrios derruidos; grandes calles señaladas en proyecto: inmenso escombros de fábrica y de restos de incendios, en suma, sobre terreno perpétuamente atormentado por la mano del hombre.

Hay un desorden, una confusión de cosas semejantes, una sucesión continua de vistas que no se pueden prever por lo extrañas, capaz de aturdir á cualquiera. Si vais hasta el final de una magnífica calle, encontrais con que está cerrada por un barranco; salís del teatro y vais á dar en medio de las tumbas; subís á un monte y teneis á los piés una selva y enfrente otra ciudad; el barrio que habeis atravesado poco antes, si os volveis á contemplarlo, os lo hallais en el corazon de un desfiladero, ya medio escondido entre los árboles; andais en torno á una casa, y de pronto se os presenta un puerto; doblais una esquina, y adios ciudad: estais en una garganta desierta, entre dos desmontes, donde no se ve sino una tira de cielo; las ciudades despuntan, se esconden, salen á luz á cada paso por encima de vuestras cabezas, á vuestros piés, á la espalda, próximas, lejanas, al sol, á la sombra; entre el bosque, sobre el mar; dad un paso adelante: dilatado panorama; un paso atrás: ya no se ve nada; levantais la cabeza, multitud de

puntas de minarete; bajais la vista, á fin de ver dónde poneis los piés para descender un palmo, y todo ha desaparecido.

Las calles, infinitamente intrincadas, serpean entre bancos más ó ménos movedizos, corren sobre los terraplenes, presentan de cuando en cuando precipicios, pasan bajo los acueductos, se bifurcan en sin número de callejones, descienden por prados y calzadas en medio de musgos, de rocas, de ruinas, de arena. De trecho en trecho, la gran ciudad toma como respiro en la soledad del campo, y luego empieza de nuevo más apretada, más coloreada y más alegre: ora en llano, ora en monte, ora embarrancándose, perdiéndose y agrupándose despues en tropel. En unos sitios humea y ensordece; en otros duerme. Aquí aparece sonrosada; allí blanca; más allá dorada; en aquel otro lado florece. La ciudad elegante, la aldea, el campo, la huerta, el puerto, la necrópolis, el desierto, el mercado, alternan sin interrupcion, escalonándose uno sobre otro de tal suerte, que con una sola mirada, y desde un lugar solo, se puede contemplar todas las ricas variedades de una provincia.

Infinidad de extraños contornos se dibujan desde cada punto sobre la transparencia ambiente, destacándose en el cielo ó en las aguas, tan amontonados, tan locamente hechos pedazos y dentellados por la portentosa variedad de las arquitecturas, que se confunden ante nuestra vista como si tre-

molasen y se intrincasen en diabólica danza todos juntos. En medio de las sedes turcas, se alza el palacio europeo; detrás del minarete, el campanario; sobre la terraza, la cúpula; detrás de la torre, el muro almenado; los techos de los kioscos chinos, sobre los frontispicios de los teatros; los balcones enrejados de los harenes, frente á las ventanas con vidrieras; los ajimeces moriscos, al lado de las azoteas con balaustradas; los nichos con vírgenes, bajo los arcos árabes; los sepulcros, en los patios; las torres, entre los tugurios; las mezquitas, las sinagogas, las iglesias griegas, las católicas, las armenias, como si tratasen de superarse las unas á las otras; y en todos los resquicios, en cada vano, por los huecos, pinos, higueras, plátanos, cipreses, que extienden sus ramas hasta abrazar los techos.

Indescriptible arquitectura de líneas envolventes secunda los originales caprichos del terreno, con una pila de casas talladas á pico, en forma de torres triangulares, pirámides rectas y oblicuas y truncadas, circundadas de puentes, de puntales y de fosos, agrupadas al acaso, como masas de una montaña voladas á barreno; cada cien pasos todo cambia. Aquí estais en una calle de un barrio extremo de Marsella; os volveis, un pueblecillo asiático; vuelta á dar vuelta, un cuartel griego; otro flanco derecho, un caserío de las afueras de Trebisonda. En la lengua, en los sem-

blantes, en el aspecto de las construcciones, reconocéis que habeis pasado de una Nacion á otra.

Hay puntas de Francia, listas de Italia, ribetes de Inglaterra, girones de Rusia; sobre la inmensa haz de la ciudad se ve representada la gran lucha de la familia cristiana que reconquista, y la familia islamítica que defiende con sus últimos esfuerzos el suelo sagrado. Stambul, en otro tiempo enteramente turca, es asaltada por cuarteles cristianos que la envuelven royéndola lentamente, á lo largo del Cuerno de Oro y el mar de Mármara; y de otro lado, la conquista procede furiosamente: las iglesias, los palacios, los hospitales, los jardines públicos, los hospicios, las escuelas, descuartizan los distritos musulmanes, saltan por los cementerios, avanzan de cerro en cerro, y diseñan vagamente en la tierra revuelta las huellas de una gran ciudad que un dia cubrirá la orilla europea del Bósforo, como la de ahora cubre la del Cuerno de Oro.

Pero estas observaciones generales distraen á cada paso de mil cosas nuevas.

En una calle, el convento de los dervis; en otra, el cuartel militar de estilo morisco, el café turco, el bazar, la fuente, el acueducto. En un cuarto de hora es preciso cambiar el paso diez veces: subir, trepar, saltar, bajar por una escalinata de ladrillo, separar cien obstáculos, abriéndose calle, ora entre la muchedumbre, ora entre

los arbustos, ora tapándose la nariz, ora aspirando el aire perfumado desde un paraje abierto, donde á la gran luz del Bósforo se divisa el Asia y un cielo infinito; se penetra, á poca distancia, en la triste oscuridad de una red de callejas, flanqueadas por casuchas hundiéndose, y erizadas de piedras como madre de río ó lecho de arroyo; desde un verde fresco y umbroso se salta á una nube de sofocante polvo saeteado por el sol; de encrujadas llenas de rumores y de color, se vá á recintos sepulcrales donde jamás sonó voz humana; del divino Oriente de nuestros sueños, á otro Oriente lúgubre, inmundo, decrepito, que sobrepuja la más negra imágen que la fantasía pudo crear.

Después de un paseo de pocas horas, no sabe ya uno dónde tiene la cabeza. A quien nos preguntare de improviso qué es Constantinopla, no se podría contestar sino poniéndose las manos en la cabeza para aquietar la tempestad de pensamientos que bullen en el cerebro.

Constantinopla es una Babilonia, un mundo, un caos.

¿Es bella?—¡Prodigiosa!

¿Es fea?—¡Horrible!

¿Os gusta?—¡Embriaga!

¿Permaneceríais en ella?—¡Qué sé yo!

Se vuelve á casa lleno de desengaños y de entusiasmo, arrebatados por los encantos y estraga-

dos por las desilusiones, aturdidos y medio locos, con un desórden tal en la cabeza, que parece el principio de una congestion cerebral, y que poco á poco se templá cayendo en profunda postracion y en mortal tédio.

Se ha vivido muchos años de prisa, y nos sentimos envejecidos.

¿Y la poblacion de esta ciudad monstruosa?



EL PUENTE.

Para ver la población de Constantinopla, es forzoso ir al puente flotante, de un cuarto de milla de largo y que se extiende desde la punta más avanzada de Galata hasta la orilla opuesta del Cuerno de Oro frente a la gran mezquita de la sultana Validé. Ambas orillas son tierra europea, pudiéndose decir, sin embargo, que el puente une Europa con Asia, porque en Stambul no hay de europeo más que el suelo, teniendo color y carácter asiático hasta los contados barrios cristianos que la coronan.

El Cuerno de Oro, cuyo aspecto es de río, separa, no obstante, como un Océano, dos mundos.

Las noticias de los acontecimientos de Europa que circulan por Galata y Pera, vivas, claras, minuciosas, comentadas, no llegan nunca a la otra orilla sino cual lejano eco. La fama de los hombres y de las cosas más grandes del Occidente, se detiene delante de una poca agua, como ante ba-

luarte insuperable; y sobre aquel puente por donde cruzan cien mil personas cada día, no pasa una sola idea cada diez años.

Estando allí, se ve desfilar todo Constantinopla en una hora. Son dos corrientes humanas inagotables, que se encuentran, chocan y se confunden sin reposo desde el orto al ocaso, ofreciendo un espectáculo al cual no sirve ciertamente sino de pálida imagen los mercados de las Indias, las ferias de Nijni-Novgorod, y las fiestas de Pekin.

Para percibir algo, es forzoso fijarse en un corto espacio del puente y no mirar sino allí; si se vaga con los ojos, la vista se marea y la cabeza se aturde. La multitud pasa á grandes olas, cada una de las cuales presenta mil colores, y cada grupo de personas representa un grupo de pueblos. Imagínese cada cual el más raro conjunto de tipos, de trages y de clases sociales, y aun así no llegará jamás á formar idea de la fabulosa confusión que se ve allí en el espacio de veinte pasos y en el intervalo de diez minutos.

Detrás de un puñado de demandaderos turcos que atraviesan corriendo, inclinados bajo la pesadumbre de enormes fardos, se adelanta una litera incrustada de nácar y marfil, dentro de la cual vá una señora armenia, y á los dos lados un beduino embozado en su capa blanca y un viejo turco con turbante de gasa y caftan celeste; y no muy

lejos de él cabalga un joven griego seguido de su dragoman, con chaquetilla moruna recamada, y un dervis de gran sombrero cónico y túnica de pelo de camello, que se separa á fin de abrir paso á la carroza de un embajador europeo, precedida de un batidor galoneado.

Todo esto no se ve, se entrevé. Antes de pensar volveros, tropezais con la brigada persa de birrete piramidal de Astrakan, pasada la cual se os coloca delante un hebreo sumido en largo gabán amarillo abierto por los costados; una gitana desgredada, que lleva el chico metido en un saco á la espalda; un cura católico, con baston y breviario... y á poco, escuchais los gritos de— ¡plaza, plaza!—que parte de confuso tropel de griegos, turcos y armenios.—¿Qué es?—Un rollozo eunuco á caballo precediendo la carroza turca pintarrajeada de flores y pájaros y que oculta en su interior á las mujeres de un haren, vestidas de morado y verde y envueltas en amplios velos blancos. Detrás, la hermana de la caridad de los hospitales de Pera, seguida por un esclavo africano que conduce una mona, y por un romancero popular que cuenta historias, vestido de nigromante.

Y, cosa natural, pero que parece extraña al recién llegado: ¡todas estas gentes tan diversas chocan y siguen sin mirarse los unos á los otros, como si estuvieran en Londres! Nadie se pára,

todos caminan de prisa, y de cien caras, no se ve una sola que ria. Los albaneses con sôtanas cortas y pistolones al cinto, se rozan impasibles con los tártaros en traje de borregos; el turco montado en un asno adornado de lujosos arneses, desfila entre hileras de camellos; tras el edecán de un principillo imperial, rigiendo árabe corcel, se tamborea un carro cargado de trastos de una casa turca; la musulmana á pié, la esclava tapada, la griega con el casquete encarnado y colgando las trenzas, la maltesa encapuchada en el dominó negro, la judía con el antiquísimo traje de la Judea, la negra rebujada en el chal variopinto del Cairo, la armenia de Trebisonda, de negro, cual fúnebre aparición... se encuentran en una sola fila algunas veces como si á propósito se hubieran colocado para ir cada una de estas figuras sucesivamente ocupando por asalto, las que siguen, el puesto de las que guían.

¡Qué mosaico de razas y de religiones, combinándose y descomponiéndose continuamente con tal rapidez, que apenas la mirada atina á seguir las variaciones!

Es curioso fijar la vista en el suelo y estudiar los piés que atraviesan el puente. Aquello equivale á la procesion de todos los calzados del orbe habidos y por haber desde Adan hasta la última moda de París y hasta lo inverosímil. Babuchas turcas, color de caña; encarnadas, armenias; tur-

quí, de griegos; negras, de israelitas; sandalias, botas del Turkestan, abarcas albanesas, borceguies, botas altas de mil colores, del Asia Menor, pantuflas recamadas de oro, alpargatas á la española, zapatitos de raso, de hilo bramante, de trapos, de madera; y de tal suerte corre esta zapatería ambulante por el puente, que si nos fijamos en un pié, perdemos ciento que desaparecen. Y guay que no tengamos cuidado en lo que hacemos! á cada minuto podemos ser arrastrados por las oleadas de gente y pisoteados por cien mil calzados, desde los de hierro á los de carne...

Ahora viene el aguador con un odre colosal á la espalda; ahora, la señora rusa á caballo; ahora, el piquete de soldados imperiales uniformados á la zuava, que parece van á un asalto; ahora, una escuadra de demandaderos y mozos de cuerda armenios, cargados de dos en dos con grandes vigas, de donde cuelgan bultos de toda especie de mercancías; ahora, pelotones de turcos que se precipitan por derecha ó izquierda del puente para embarcarse en los piróscafos: hay tal ruido, tal movimiento, tal griterío, tal sonar de voces exóticas, de notas guturales, de aspiraciones nasales, de interjecciones incomprensibles, que es un horror y desvanecen los sentidos, percibiéndose apenas de cuando en cuando alguna que otra palabra aislada, francesa ó italiana, que jugando papel de puntos luminosos, nos vuelven á la realidad.

Las figuras que más hieren los sentidos en medio de aquel *maremagnum* son los circasianos, que van generalmente de tres en tres, de cinco en cinco y marchan despacio; hombrones barbudos con morriones de pelo á la antigua usanza de los gastadores ó zapadores de la guardia de Napoleon, con largo castan negro, puñal al cinto y cartuchera plateada en el pecho: verdaderos *brigantes* que parecen venidos á Constantinopla para vender sus respectivas hijas ó hermanas, y que deben tener las manos ensangrentadas de sangre rusa.

Despues llaman la atencion los sirios, con sus dalmáticas bizantinas y en la cabeza un pañuelo con trencillas de oro.

Los búlgaros usan sayo ancho, con casquetes de pieles.

Los georgianos acostumbran á cubrir su cabeza con gorras de cuero barnizado y túnica ceñida á la cintura por cinturón metálico.

Los griegos del Archipiélago van cubiertos, de piés á cabeza, de bordados y botones relucientes.

El gentío se aclara de cuando en cuando, mas luego tornan las oleadas de papalinas color de rosa, y de turbantes blancos, entre los cuales despuntan sombreros de copa, quitasoles y tocados piramidales de señoras europeas, que cualquiera diría sobrenadan arrastradas por el torrente musulman.

Hay para volverse loco con solo notar la variedad de religiones.

Aquí reluce la cogulla de un padre capuchino; allí se eleva el turbante genízaro á modo de torre, de un ulema; más allá ondea el velo negro de un cura armenio. Pasan imanes de blanco túnico, monjas con escudos, emblemas y signos de distintas órdenes, capellanes castrenses del ejército turco, vestidos de verde, con su sable, hermanos dominicos, peregrinos venidos de la Meca con talismanes al cuello, jesuitas, dervises—y esto es verdaderamente raro—dervises que en la mezquita destrozán sus carnes para expiación de sus pecados, y sobre el puente se defienden de los rayos del sol con una sombrilla!

Si se sigue con atencion lo que ocurre, suelen percibirse detalles é incidentes amenísimos y entretenidos. Por ejemplo, un eunuco que se señala el ojo en son de burla mirando á un pisaverde cristiano que atisbó con demasiada curiosidad al interior del carruaje del ama, la cual es una *cocotte* francesa vestida segun el último figurin y que sirve al hijo de un bajá, lleno de joyas y enguantado. O bien se trata de una señora de Stambul que finje arreglarse el velo, para mirar al soslayo las huellas de otra señora de Pera. O ya es un sargento de caballería, de gran gala, que se detiene en mitad del puente, y oprimiéndose las narices con el índice y el pulgar, lanza al espacio un residuo

que se extremece uno, solo de pensar que puede caberle en suerte. Otra vez, un charlatan le saca una moneda de cinco céntimos á cualquier pobre diablo que acierta á pasar, á cambio de dibujarle un signo cabalístico sobre el rostro, que librará al infeliz de que le hagan mal de ojo. En otra ocasion, lo que se presenta es una familia compuesta de viajeros de todos tamaños llegados aquel mismo dia á Constantinopla y que se ha perdido y vá circundada de una turba de canalla asiática, y la madre busca á los chicos, y los chicos gritan y lloran y los hombres se abren paso á codazos y empujones.

Algunas veces, un robusto bajá de tres colas atraviesa el puente reclinado en espléndido carruaje, seguido por su porta-pipa, que camina á pié, por su guardia y por un esclavo negro; y entonces todos los turcos saludan tocándose la frente y el pecho, y los mendigos, horribles pordioseros, con el rostro encapuchado y el pecho desnudo, se arrojan á las portezuelas pidiendo limosna.

Los eunucos que tienen asueto, cruzan por grupos de cinco ó seis fumando cigarrillos, y se les reconoce por su gran corpulencia, por la longitud de sus brazos y por las grandes sobrevestas negras que usan. Las niñas turcas, con calzoncitos verdes y chupas encarnadas ó amarillas, corren y saltan con una agilidad verdaderamente felina, abriéndose paso con sus manecitas pintadas de púrpura.

Los limpiabotas con el cajon de los útiles dorado, los barberos ambulantes con la silla y el estuche en la mano, los aguadores y los confiteros ambulantes se deslizan por entre el gentío, gritando en griego ó en turco.

A cada paso, brillan las insignias militares: oficiales con su fez y su pantalon de escarlata, y el pecho costillado de condecoraciones; palafreneros del serrallo semejantes á generales de ejército; gendarmes y guardias civiles con una armería en la cintura; zeibek ó soldados voluntarios con aquellos inmensos calzones de abultadas faltriqueras, que le dan á cada uno aspecto de vénus octogenaria; guardias imperiales con largo penacho en el casco y el pecho cubierto de galones; guardias municipales que giran con esposas y grillos en las manos, preparados para regalarlos al primero que caiga... ¡policía en Constantinopla! ¡Es como si se pretendiera tener á raya al Océano Atlántico!

Es original el contraste de todo aquel oro de que vá cargada la gente como bazares ambulantes, y todos aquellos andrajos que medio cubren las desnudeces de los miserables. El solo espectáculo de la desnudez por sí misma, constituye una maravilla. Se observan todos los tonos de la piel humana, desde el blanco de Albania hasta el negro concentrado del Africa central y el negro azulado y tornasolado del Dafur; pechos que, al tocar-

los, pensamos que deben resonar cual vasos de bronce, ó desmoronarse como pucheros de barro; espaldas oleosas, pétreas, lígneas, velludas ó huesosas como lomos de jabalíes; brazos con arabescos rojos ó azules, dibujos de ramos ó de flores, inscripciones del Coran, toscas imágenes de barcos ó corazones atravesados por flechas.

Pero en una sola vuelta por el puente, no hay manera ni tiempo de observar tales particularidades; mientras se mira á los arabescos de un brazo, el *cicerone* os señala un sérvio, un montenegrino, un valaco, un cosaco de la Ukania, un cosaco del Don, un egipcio, un tunecino, un príncipe de Imerezia. Apenas hay espacio para reparar en las naciones. Recuerda Constantinopla á la Constantinopla de siempre, capital de tres continentes y reina de veinte vireinatos.

Mas ni aun esta idea corresponde á aquel espectáculo y se fantasea constantemente sobre un cruzamiento de emigraciones, producido por algun terrible cataclismo que ha tirado patas arriba al mundo antiguo.

Un ojo experto distingue todavia en aquel *maremagnum* los semblantes y trages de la Carmania, de la Anatolia, de Chipre, de Candía, de Damasco, de Jerusalem; el druso, el kurdo, el máronita, el taleman, el pumaco, el croata, y otras innumerables variedades de las innumerables confederaciones anárquicas que se extienden desde el

Nilo al Danubio y desde el Eufrates al Adriático.

El que busca lo bello y el que busca lo horroroso, encuentran aquí por igual superados sus más audaces deseos: Rafael permanecería estático y Rembrandt se pasaría la mano por la frente y ocultaría los dedos entre sus cabellos repetidas veces en actitud de asombro.

La más pura belleza griega y caucásica, se ve mezclada con morros y hocicos y cabezas aplastadas.

Rozándose, pasan figuras de reina y caras de fúria; rostros embellecidos y semblantes deformados por las enfermedades y las heridas; piés colorados y piecitos circasianos del tamaño del puño; mozos de cordel jigantescos; enormes pingüedinosos y mantecosos turcos; negros consumidos y raquíticos como esqueletos; larvas de hombre que dan compasion y náuseas al contemplarlos. Todos los aspectos más extraordinarios en los cuales se pueda representar la vida ascética, la vida voluptuosa, la vida trabajada y fatigosa, la opulencia que impera y la miseria que agoniza, todo se encuentra aquí.

Y si es rica la variedad de las personas, no lo es ménos la variedad de los vestidos.

Quien siente el arte del color y se interesa en sus tintas, tiene aquí para volverse loco.

No hay dos individuos ataviados de igual manera.

Es un mar de cosas raras: chales retorcidos en las cabezas, vendajes selváticos, coronas de trapos, camisas y sobretodos remendados á lo arlequin, cinturones erizados de puñales que atraviesan desde la cadera hasta el hombro, pantalones mamelucos, medios calzoncillos, togas, pañuelos hechos girones, cuerpos adornados de armiño, chalecos que remedan corazas de oro, mangas ajustadas y mangas infladas, uniformes monjiles é impúdicos, hombres disfrazados de mujer y mujeres que se confunden con hombres, pordioseros que parecen príncipes; una elegancia de ropavejero, una confusion de colorines, una profusion de fajas, de galas, de harapos, de gallardetes, de restos de muladar, de ornamentacion teatral y de juego de chiquillos, que trae á la mente la idea de un baile de máscaras celebrado en inmenso manicomio, en el cual hayan vaciado las cajas de sus almacenes todos los traperos del universo.

Sobresalen del sordo murmullo de esta multitud, los gritos agudos y estridentes de los muchachos griegos que venden periódicos, en todas las lenguas escritos, los clamores estertóreos de los mandaderos, las carcajadas desentonadas de las turcas, las voces infantiles de los eunucos, los trinos en falsete de los ciegos que cantan versículos del Coran, el rumor hueco del puente que trepida, los silbidos y los esquilonos de los vaporcillos, cuyo humo viene de cuando en cuando á

envolver las gentes, arrastrado por los vientos.

Esta mascarada de pueblos baja á los vapores que parten á cada minuto para Sentari, para las aldeas del Bósforo, para los barrios extremos del Cuerno de Oro; se esparce por Stambul, en las tiendas, en las iglesias, en los cuarteles de Fanar y de Balata, hasta los más lejanos del mar de Mármara, ó bien aparece como en irrupcion sobre la orilla franca, á la derecha, encaminándose hácia los palacios del Sultan, y á la izquierda, hácia las altas calles de Pera, de donde despues viene luego á caer en el puente por las callejas sin número, que serpean á lo largo de los costados de las colinas; y así se enlaza Asia á Europa, por medio de diez ciudades, de cien barriadas suburbanas, en una red de negocios, de intrigas y de misterios, ante los cuales la imaginacion se desconcierta.

Cualquiera diría que semejante espectáculo debe causar alegría, y no es así ciertamente.

Pasado el momento de las primeras impresiones de asombro y admiracion, se desvanecen los fastuosos colores; no es ya una gran procesion carnavalesca, sino la humanidad entera que desfila con sus miserias, con sus demencias, sus infinitas discordias, sus antitéticas religiones y sus opuestas leyes; es una peregrinacion de pueblos decadentes y de razas envilecidas; una infinidad de desventuras por socorrer, de vergüenzas que lavar, de cadenas que romper; cúmulo de tremendos

problemas escritos con caracteres de sangre y que no se resolverán sino con torrentes de sangre también: y tan inmenso desorden, ¿cómo ha de producir la alegría?

No, lo que promueve en el alma es la tristeza.

Y además, el sentimiento de la curiosidad mejor crece que se satisface en medio de tan indeterminada balumba de cosas extrañas.

¡Qué misteriosas revoluciones se operan en el alma humana! No había trascurrido un cuarto de hora desde mi llegada al puente, cuando apoyado en el pretil haciendo rasguños con el lápiz sobre un pedazo de madera, dibujando arabescos, ya me repetía á mí mismo aquella sentencia de Mad. Stael:

Viajar es el más triste de los placeres.

STAMBUL.

Para sacudir este aturdimiento, nada mejor que tomar una de las mil sendas que serpentean por los flancos de la colina de Stambul. Allí reina una paz profunda y puede contemplarse tranquilamente en todo su aspecto aquel Oriente celoso y lleno de misterio que, sobre la otra ribera del Cuerno de Oro, no se ve sino á rasgos fugaces, en medio á la rumorosa confusion de la vida europea.

Aquí todo es sinceramente oriental.

Durante un cuarto de hora de camino, no se ve á nadie ni se siente rumor alguno. Aquí y allá aparecen casitas de madera pintadas de mil colores, en las cuales el primer piso sobresale del bajo y el segundo del primero y cuyas ventanas tienen una especie de tribuna acristalada por todas partes y cerrada por celosías de madera y pequeños agujeros, semejando casillas adheridas á la principal y dando al camino un aspecto singularísimo de tristeza y de misterio.

problemas escritos con caracteres de sangre y que no se resolverán sino con torrentes de sangre también: y tan inmenso desorden, ¿cómo ha de producir la alegría?

No, lo que promueve en el alma es la tristeza.

Y además, el sentimiento de la curiosidad mejor crece que se satisface en medio de tan indeterminada balumba de cosas extrañas.

¡Qué misteriosas revoluciones se operan en el alma humana! No había trascurrido un cuarto de hora desde mi llegada al puente, cuando apoyado en el pretil haciendo rasguños con el lápiz sobre un pedazo de madera, dibujando arabescos, ya me repetía á mí mismo aquella sentencia de Mad. Stael:

Viajar es el más triste de los placeres.

STAMBUL.

Para sacudir este aturdimiento, nada mejor que tomar una de las mil sendas que serpentean por los flancos de la colina de Stambul. Allí reina una paz profunda y puede contemplarse tranquilamente en todo su aspecto aquel Oriente celoso y lleno de misterio que, sobre la otra ribera del Cuerno de Oro, no se ve sino á rasgos fugaces, en medio á la rumorosa confusion de la vida europea.

Aquí todo es sinceramente oriental.

Durante un cuarto de hora de camino, no se ve á nadie ni se siente rumor alguno. Aquí y allá aparecen casitas de madera pintadas de mil colores, en las cuales el primer piso sobresale del bajo y el segundo del primero y cuyas ventanas tienen una especie de tribuna acristalada por todas partes y cerrada por celosías de madera y pequeños agujeros, semejando casillas adheridas á la principal y dando al camino un aspecto singularísimo de tristeza y de misterio.

En algunos parajes, estréchanse tanto las calles, que los techos volados de las casas opuestas casi se tocan, y á veces se camina largo trecho á la sombra de aquellas jaulas humanas, verdaderamente bajo los piés de las mujeres turcas, que se pasan una gran parte del día no viendo sino una tira ó franja de cielo.

Las puertas están todas cerradas; cerradas las ventanas del piso bajo; todo respira celos ó temor; parece que se atraviesa una ciudad de monasterios.

De repente, se escucha una carcajada, y alzando la cabeza, vése por algún resquicio un nudo de trenza ó un ojo centelleante que desaparece súbitamente.

En algunos sitios, sorprendeis una conversacion viva y animada, sostenida desde una á la otra parte de la calle; pero cesa repentinamente al rumor de vuestro paso. Al cruzar, turbais por un instante quién sabe qué red misteriosa de tramas y de intrigas.

No veis á nadie y mil ojos os miran; creéis estar solo y os sentís en medio de una muchedumbre; quereis pasar inadvertido, aligerais el paso, caminais con cuidado midiendo las miradas... una puerta que se abre ó una ventana que se cierra, os sacuden bruscamente como un gran rumor.

Parece que aquel camino ha de volver á que-

dar en la oscuridad. Pero sucede todo lo contrario.

Una mancha verde de la que surge un minarete blanco; un turco vestido de rojo que baja hácia vosotros; una sierva negra en pié, parada delante de una puerta; un tapiz persa colgado ante una ventana, bastan á formar un cuadro tan lleno de vida y de armonía, que estaríais una hora contemplándolo.

La poca gente que pasa junto á vosotros, ni siquiera os mira.

Sin embargo, alguna vez oís gritar á vuestra espalda:—¡*Giaur!* (infiel)—y volviéndoos, veis desaparecer tras el quicio de una puerta la cabeza de un muchacho. Otras veces, se abre la puertecilla de una de aquellas casitas; os deteneis esperando la aparicion de la bella de un haren, y quedais sorprendidos ante una señora europea con sombrerillo y cola de seda, que murmura un *adieu* ó un *au revoir*, y se aleja rápidamente dejándoos con la boca abierta.

En otra calle enteramente turca y enteramente silenciosa, sentís cerca de vosotros ronco sonido de cuerno y el trotar de un caballo; os volveis para inquirir lo que pasa. Apenas dais crédito á vuestra vista. Es un ómnibus enorme que se adelanta sobre dos ruedas sin que le hayais visto, lleno de turcos y de francos, con su conductor uniformado y su tablilla de tarifa, como un tranvía de Viena ó de París.

La desafinación que causa esta aparición en medio de aquellas calles, no puede pintarla la palabra; parece una burla ó un error; os dan tentaciones de reír, y mirais aquel pesado vehículo como si jamás hubierais presenciado cosa semejante. Pasado el ómnibus, parece que pasa la imágen viva de Europa y os encontrais en Asia, de nuevo, por medio de un cambio de decoración.

Estas calles solitarias desembocan en una plazoleta despejada, casi totalmente sombreada por un plátano gigantesco. A un lado de la plaza, hay ancha fuente donde abrevan los camellos; al otro, gran café con una fila de colchones extendida ante la puerta, y algun turco echado que fuma. Junto á la misma puerta, extensa parra abrazada á una higuera, cuyos pámpanos llegan hasta el suelo, dejando ver, entre hoja y hoja, el azul lejano del mar de Mármara y algunas velas blancas.

Una luz blanquísima y un silencio mortal, dan á todos estos lugares carácter así entre solemne y melancólico, que les hace inolvidables, aunque se hayan visto una sola vez.

Se vá adelante, adelante, casi seducido por aquella dulce quietud misteriosa que penetra paulatinamente en el alma como ligera somnolencia, y á poco se pierde todo sentimiento de la distancia y del tiempo. Encuéntranse vastos espacios con huellas de incendios recientes, en los que no existen más que algunas casas desparramadas,

entre las cuales crece la yerba y serpentean los senderos del ganado; puntos elevados, desde los cuales se abarca con la mirada calles, callejuelas, jardines, centenares de casas, y no se ve por ninguna parte ni criaturas humanas, ni nubes de humo, ni puertas abiertas, ni el menor indicio de habitacion y de vida; tanto, que podia uno muy bien creerse solo en aquella inmensa ciudad, y al reflexionar un instante, verse casi presa del pánico.

Pero descended la cuesta y llegad al fondo de cualquiera de aquellos senderos: todo ha cambiado.

Os encontrais en una de las grandes vías de Stambul, flanqueadas de monumentos, ante los cuales no bastan vuestros ojos para la admiración.

Caminais en medio de las mezquitas, de los kioscos, de los alminares, de las galerías cubiertas, de las fuentes de mármol y de lápiz-lázuli, de los mausoleos de los sultanes, cubiertos de arabescos y de inscripciones de oro, de los muros recubiertos de mosaicos, bajo techos de cedro con incrustaciones, á la sombra de una vegetación exuberante que supera las paredes del circuito y las verjas doradas de los jardines, llenando la vía de perfumes.

Por estas vías se encuentran á cada paso carrozas de bajás, oficiales, capitanes, ayudantes de campo, eunucos de las grandes casas, procesiones

de criados y parásitos que van y vienen de ministerio á ministerio.

Allí se reconoce la metrópoli del gran Imperio y se admira en toda su magnificencia. Por todas partes una blancura, una delicadeza arquitectónica, un murmullo de agua, una frescura de sombra que acaricia los sentidos como música lejana y que llena la mente de imágenes risueñas.

Por estas calles se llega á las grandes plazas en que se levantan las mezquitas imperiales, y ante aquellas moles inmensas se queda uno asombrado. Cada cual de ellas forma como el núcleo de pequeña ciudad de colegios, de hospitales, de escuelas, de bibliotecas, de almacenes, de baños, que pasan casi inadvertidos, arrojados como están alrededor de la cúpula enorme á que sirven de corona.

La arquitectura, que en un principio se tuvo por sencillísima, presenta luego una variedad de detalles, que atraen la mirada de mil partes distintas. Hay pequeñas cúpulas revestidas de plomo; techos de formas extrañas que se levantan unos sobre otros; galerías aéreas; grandes pórticos; ventanas de parteluz; arcos festoneados; minaretes acanalados, rodeados por pequeñas terrazas descubiertas, con capiteles de estalactitas; puertas y fuentes monumentales que parecen revestidas de festones; muros resplandecientes de oro y de mil colores; todo recamado, cincelado, ligero, atrevi-

do, sombreado por las encinas, por los cipreses y los sauces, en que anidan nubes de pájaros que vagan en lento vuelo alrededor de la cúpula y llenan de armonía todos los ámbitos del inmenso edificio.

Allí empieza á experimentarse cierta cosa que es más profunda y más fuerte que el sentimiento de la belleza.

Aquellos monumentos, que son como colossal afirmación marmórea de un orden de ideas y de sentimientos diversos de aquellos en que hemos nacido y crecido, forman casi el esqueleto de una raza y de una fé hostil, que manifiesta en mudo lenguaje de líneas soberbias y de temeraria altura la gloria de un Dios que no es el nuestro y de un pueblo que ha hecho temblar á nuestros padres, é infunde un respeto mixto de desconfianza y de temor, que sobrepuja á la curiosidad y que nos lleva lejos con el pensamiento.

Véanse en los umbrosos patios, turcos que hacen sus abluciones en las fuentes, mendigos agazapados al pié de las columnas, mujeres cubiertas que pasean á la sombra de las arcadas; todo tranquilo y como animado por una tinta de tristeza y de voluptuosidad, que no se sabe á punto fijo de dónde procede, y sobre la cual la imaginación se detiene y trabaja como sobre un enigma. Galata, Pera, ¡qué lejos estais!

Os sentís solos en otro mundo y en otro tiem-

po, en la Stambul de Soliman el Grande y de Bayaceto II, y experimentais un vivo sentimiento de estupor, cuando saliendo de una plaza y perdido de vista aquel desmesurado monumento de la potencia de los Osmanlíes, os encontrais en medio de la Constantinopla de madera, mezquina, decadente, llena de suciedad y de miseria.

A medida que caminais hácia adelante, las casas pierden sus colores, las tazas de las fuentes se cubren de musgo, encontrais mezquitas enanas con los muros hendidos y los alminares de madera circundados de zarzas y de ortigas; mausoleos arruinados, escaleras rotas; sendas cubiertas de escombros, barrios decrepitos de una tristeza infinita, donde no se siente otro rumor que el aleteo de los gavilanes y de las cigüeñas ó la voz gutural del *muezzin* solitario que dice la palabra de Dios desde lo alto de un alminar oculto.

Ninguna ciudad representa mejor que Stambul la naturaleza y la filosofía de su pueblo. Todo lo que allí existe grande ó bello, es de Dios ó del Sultan, imágen de Dios sobre la tierra: todo lo demás es pasajero y lleva la huella de una profunda negligencia de las cosas mundanas.

La tribu de pastores se ha convertido en Nacion; mas su amor instintivo á la Naturaleza campestre, á la contemplacion y al ócio; han conservado á la Metròpoli su aspecto de campamento.

Stambul no es una ciudad: no trabaja, no pien-

sa, no crea. La civilizacion derriba sus puertas y asalta sus calles; mientras ella sueña y fantasea á la sombra de sus mezquitas y deja hacer.

Es una ciudad desligada, dispersa, deforme, que representa más bien el residuo de una raza errante, que la pujanza de un Estado constituido: un bosquejo inmenso de Metròpoli: un gran espectáculo, mejor que una gran ciudad.

No puede de ella formarse una acabada imágen si no se la recorre por completo.

Es preciso partir de la primera colina, la que forma la punta del triángulo y baña con sus aguas el mar de Mármara. Esta es, por decirlo así, la cabeza de Stambul: un barrio monumental, lleno de recuerdos, de majestad y de luz.

Aquí está el antiguo Serrallo, donde antes surgió la primitiva Bizancio, con su acrópolis y el templo de Júpiter, con el palacio de la Emperatriz Placidia y las termas de Arcadio; aquí, la mezquita de Santa Sofía, la mezquita de Ahmed y el At-meidan, que ocupa el espacio del hipódromo antiguo, donde, en medio de un olimpo de bronce y de mármoles, entre los gritos de una muchedumbre vestida de seda y de púrpura, corrian las carrozas ante los Emperadores, resplandecientes de perlas.

Desde esta colina se descende á un valle poco profundo por el que se extienden los muros occidentales del Serrallo, señalando el confin de la Bi-

zancio antigua, y se levanta la Sublime Puerta, por la cual se entra en el palacio del Gran Visir y en el Ministerio del Exterior: ¡barrio austero y silencioso, en el que parece recogerse toda la tristeza de la suerte del Imperio!

De este valle se sube á la segunda colina, en la que se levanta la mezquita marmórea de Nutrí-Osmaníé, luz de Osman, y la columna quemada de Constantino, que sostenia un Apolo de bronce con la cabeza del gran Emperador, colocada en medio del foro antiguo y circundada de pórticos, de arcos de triunfo y de estatuas.

Más allá de esta colina, se extiende el valle del bazar que, desde la mezquita de Bayaceto, vá hasta la de la Sultana Validé, y abarca un laberinto inmenso de caminos cubiertos, llenos de gente y de rumores, del cual se sale con la vista turbada y ensordecidos los oídos.

Sobre la tercer colina, que domina á un tiempo el mar de Mármara y el Cuerno de Oro, descuella la mezquita de Soliman, rival de Santa Sofía, *joya y esplendor de Stambul*, como la llaman los poetas tureos, y la maravillosa torre del Ministerio de la Guerra, que se levanta sobre las ruinas del antiguo palacio de Constantino, habitado en un tiempo por Mahomet el Conquistador, y convertido despues en Serrallo de los Sultanes jubilados.

Entre la tercera y la cuarta altura, se extien-

de como puente aéreo el enorme acueducto del Emperador Valente, formado por dos órdenes de arcos ligerísimos, revestidos de verdura que baja en guirnaldas sobre el valle poblado de casas.

Pasando por bajo del acueducto, se sube á la cuarta colina.

Allí, sobre las ruinas de la famosa iglesia de los Santos Apóstoles, fundada por la Emperatriz Elena y restaurada por Teodora, se levanta la mezquita de Mahomet II, rodeada de escuelas, de hospitales y de albergues de caravanas. Al lado de la mezquita, el bazar de los esclavos, los baños de Mahomet y la columna granítica de Marciano, que conserva todavía su cipo (1) de mármol, ornado con las águilas imperiales; junto á la columna, el lugar donde estuvo la plaza del Et-Meidan, en la que se consumó el famoso estrago de los genízaros.

Atraviésase otro valle cubierto por otra ciudad y se sube á la quinta colina, sobre la cual está colocada la mezquita de Selim, junto á la antigua cisterna de San Pedro, convertida en jardín.

Debajo, y á lo largo del Cuerno de Oro, se extiende el Fanar, barrio griego, residencia del Patriarca, en el cual se ha refugiado la antigua Bizancio con los descendientes de los Paleólogos y

(1) Lápida romana para las inscripciones.

de los Commenos, y donde tuvo efecto la horrible carnicería de 1821.

Se desciende á un quinto valle y se sube sobre la sexta colina. Aquí se está ya sobre el terreno que ocupaban las ocho cohortes de los cuarenta mil godos de Constantino, fuera del ámbito de la primera muralla, las cuales no abrazaban sino la cuarta colina, y en el punto mismo ocupado por la sétima cohorte, que ha legado al sitio el nombre de Hebdomon.

Sobre la sexta colina, permanecen las murallas del palacio de Constantino Porfirogeneto, en donde se coronaba á los Emperadores, y llamada hoy por los turcos Tekir-Serai, es decir, palacio de los Príncipes.

Al pié de la colina Balata, *el gueto* (barrio de los judíos) de Constantinopla, cuartel inmundo que se extiende sobre la ribera del Cuerno hasta los muros de la ciudad; y al lado de allá de Balata, el barrio suburbano antiguo de las Blaquernas, en otro tiempo adornado con palacios de techos dorados, residencia predilecta de los Emperadores, famoso por la gran iglesia de la Emperatriz Pulqueria y por el Santuario de las reliquias, y hoy cubierto de ruinas y de tristezas.

En la Blaquerna empiezan los muros almenados que desde el Cuerno de Oro corren hasta el mar de Mármara, abarcando la sétima colina, donde existió el foro boario y se conserva aún el

pedestal de la columna de Arcadio. Es la colina más oriental y más grande de Stambul, entre la cual y las otras seis corre el riachuelo Lykus, que penetra en la ciudad cerca de la Puerta de Carisio, y se precipita en el mar junto al antiguo puerto de Teodosio.

Desde las murallas de la Blaquerna, se distingue todavía el barrio de Ortaksiler que desciende dulcemente hácia la rada, coronado de jardines. Más allá de Ortaksiler, el barrio de Eyub, tierra santa de los Osmanlís, con su gentil mezquita y su vasto cementerio sombreado por un bosque de cipreses y blanqueado por los mausoleos y los sepulcros. Despues de Eyub, el llano del antiguo campo militar, donde las legiones levantaban sobre sus escudos á los nuevos Emperadores. Mas allá del campo militar, otro pueblo, en el que los colores más vivos se destacan en medio del verde de los bosques, bañados por las últimas aguas del Cuerno de Oro. Hé aquí Stambul. ¡Es divina!

Pero el corazon se admira al pensar que este pueblo asiático, exterminado, se extiende sobre las ruinas de aquella segunda Roma, de aquel museo inmenso de tesoros, arrebatados á Italia, á Grecia, á Egipto, al Asia Menor, ante cuyo solo recuerdo la mente se abate como presa de divino sueño.

¿Dónde están los grandes pórticos que atravesaban la ciudad, del mar á la muralla, las cúpulas

doradas, los colosos ecuestres que se alzaban sobre pilastras titánicas, ante los anfiteatros y las termas, las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido, los templos y los palacios que levantaban sus frontispicios de granito en medio de un pueblo aéreo de divinidades de mármol y de Emperadores de plata?

Todo ha desaparecido ó ha sido transformado.

Las estatuas ecuestres de bronce han sido fundidas para cañones; los adornos de cobre de los obeliscos, reducidos á moneda; los sarcófagos de las Emperatrices, cambiados en fuentes; la iglesia de Santa Irene, es un arsenal; la cisterna de Constantino, una oficina; el pedestal de la columna de Arcadio, una tienda de veterinario; la yedra y los pedruscos cubren los cimientos de los alcázares; sobre el suelo de los anfiteatros, crece la yerba de los cementerios; y algunas escasas inscripciones, calcinadas por los incendios ó mutiladas por las cimitarras de los invasores, recuerdan aún que sobre aquella colina estuvo la Metrópoli maravillosa del Imperio de Oriente.

Sobre aquella ruina cruel, se asienta Stambul, como una odalisca sobre un sepulcro, aguardando su hora.

EN LA FONDA.

Y ahora, el lector acompáñeme al hotel á tomar un poco de aliento.

Una gran parte de lo que hasta aquí he descrito, lo visitamos mi amigo y yo el día mismo de nuestra llegada; imagínese el que lee, cómo debíamos tener la cabeza al volver á la fonda, cuando caía la noche.

Durante el camino, no digimos una palabra; y apenas hubimos entrado en el cuarto, nos dejamos caer sobre el sofá, mirándonos cara á cara, y preguntándonos los dos á un mismo tiempo:

—¿Qué te parece?

—¿Qué me dices?

—¡Y pensar que he venido aquí para pintar!

—¡Y yo para escribir!

Y ambos nos sonreimos en señal de fraternal compasión.

Aquella tarde, en efecto, y aun durante algunos días despues, si Su Majestad Abdul-Aziz me

doradas, los colosos ecuestres que se alzaban sobre pilastras titánicas, ante los anfiteatros y las termas, las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido, los templos y los palacios que levantaban sus frontispicios de granito en medio de un pueblo aéreo de divinidades de mármol y de Emperadores de plata?

Todo ha desaparecido ó ha sido transformado.

Las estatuas ecuestres de bronce han sido fundidas para cañones; los adornos de cobre de los obeliscos, reducidos á moneda; los sarcófagos de las Emperatrices, cambiados en fuentes; la iglesia de Santa Irene, es un arsenal; la cisterna de Constantino, una oficina; el pedestal de la columna de Arcadio, una tienda de veterinario; la yedra y los pedruscos cubren los cimientos de los alcázares; sobre el suelo de los anfiteatros, crece la yerba de los cementerios; y algunas escasas inscripciones, calcinadas por los incendios ó mutiladas por las cimitarras de los invasores, recuerdan aún que sobre aquella colina estuvo la Metrópoli maravillosa del Imperio de Oriente.

Sobre aquella ruina cruel, se asienta Stambul, como una odalisca sobre un sepulcro, aguardando su hora.

EN LA FONDA.

Y ahora, el lector acompáñeme al hotel á tomar un poco de aliento.

Una gran parte de lo que hasta aquí he descrito, lo visitamos mi amigo y yo el día mismo de nuestra llegada; imagínese el que lee, cómo debíamos tener la cabeza al volver á la fonda, cuando caía la noche.

Durante el camino, no digimos una palabra; y apenas hubimos entrado en el cuarto, nos dejamos caer sobre el sofá, mirándonos cara á cara, y preguntándonos los dos á un mismo tiempo:

—¿Qué te parece?

—¿Qué me dices?

—¡Y pensar que he venido aquí para pintar!

—¡Y yo para escribir!

Y ambos nos sonreimos en señal de fraternal compasion.

Aquella tarde, en efecto, y aun durante algunos días despues, si Su Majestad Abdul-Aziz me

hubiera ofrecido en premio una provincia del Asia Menor, no me hubiera atrevido á escribir diez líneas seguidas acerca de la capital de sus Estados; tan cierto es, que para describir las grandes cosas, es preciso hacerlo de lejos, y para acordarse bien, haberlas olvidado un poco.

¿Y cómo hubiera podido escribir en un cuarto, desde el cual se contempla el Bósforo, Scutari y la cima del Olimpo?

La fonda misma era un espectáculo. A todas horas del día, por escaleras y corredores, iban y venían gentes de todos los países. A la mesa redonda sentábanse diariamente veinte naciones. Comiendo, no me podía quitar de la cabeza que era un delegado del gobierno italiano y que debía tomar la palabra á los postres sobre cualquier gran cuestion internacional.

Allí había caras sonrosadas de *lady's*, cabezas enmarañadas de artistas, testuces de yunque, de aventureros, propios para troquelar moneda sobre ellos, cabecitas de vírgenes bizantinas, á las que no faltaba más que el nimbo de oro, caras hermosas y caras siniestras..... ¡Y todos los días cambiaban!

A los postres, cuando todos hablaban, parecía aquello la torre de Babel. Allí conocí, desde el primer día, á varios rusos infatuados con la idea de la posesion de Constantinopla.

Todas las tardes se encontraban de regreso

de los puntos extremos de la ciudad, y cada uno tenía un viaje que contar. Quién, había subido á lo más alto de la torre del Serasquier; quién, había visitado el cementerio de Eyub; quién, venía de Scutari; quién, había hecho una correría por el Bósforo.

La conversacion estaba sembrada de descripciones llenas de color y de luz; y cuando las palabras faltaban, el vino dulce y perfumado del Archipiélago servía de locuaz consejero.

Había tambien algunos de mis conciudadanos, gente rica é ignorante, que me obligaban á tragar mucha bñlis, porque desde el principio al fin de la comida todo se le volvía decir:—¡Ira de Dios con Constantinopla! ¡En las calles no hay aceras, los teatros son oscuros, y aquí, en suma, no sabe uno cómo pasar la velada! Sin duda, habían ido á Constantinopla á pasar las noches! Uno de aquellos charlaba de su viaje por el Danubio. Le pregunté si le había gustado el gran rio; me contestó que en ninguna parte del mundo se condimentaba el pescado como á bordo de los piróscafos de la real é imperial Compañía austriaca.

Otro, era un tipo amenísimo de viajero amoroso; de esos que viajan para seducir bellas, formando la agenda de sus conquistas. Era un sujeto alto y rubio, espléndidamente dotado del octavo don del Espíritu Santo, que cuando la conversacion recaía sobre las mujeres turcas, bajaba la ca-

beza con sonrisa misteriosa y no tomaba parte en la conversacion sino con medias palabras, truncadas siempre artificiosamente por un sorbo de vino. Llegaba todos los dias á comer un poco más tarde que los demás, jadeante, con el aire de haber jugado al Sultán una mala partida, y entre plato y plato pasaba cautelosamente de un bolsillo á otro billetitos cerrados que quería hacer aparecer como cartas de odaliscas, y no eran seguramente sino.... cuentas de la fonda.

Pues ¿y los valientes que se revelan en estos hoteles de ciudad cosmopolita? Preciso es verlos para creer en su existencia.

Era un jóven húngaro de una treintena de años, alto, nervioso, con dos ojos diabólicos y una conversacion febril, el cual, despues de haber sido secretario de un rico señor estrafalario en París, alistóse entre los zuavos franceses de Argelia; habia sido herido y hecho prisionero de los árabes; despues escapó hasta Marruecos; luego, volviendo á Europa, habia ido al Haya á pedir el grado de oficial para ir á combatir contra los Atchines; vuelto á Holanda, decidió alistarse en el ejército turco, pero al pasar por Viena de camino para Constantinopla, habia recibido un pistoletazo en el cuello en un duelo por una mujer (y hacia ver la cicatriz); y llegado á este punto, —¿qué hacer?— se preguntaba —*yo soy hijo de la aventura*; es preciso que me bata; ya he encontra-

do quien me conduzca á la India—y enseñaba el billete de embarque;—me haré soldado inglés; cabalmente siempre queda alguna cosa que hacer; yo no busco más que batirme; ¿qué me importa morir?— ¡Despues de todo, tengo consumido un pulmon!»

Otro bello original era un francés, cuya vida la constituía perpétua guerra con el correo. Tenia una cuestion pendiente con el correo austriaco, otra con el francés, otra con el inglés. Mandaba artículos de protesta á la *Nueva Presse Libre*. Lanzaba impertinencias telegráficas á todas las estaciones postales del continente; sufría todos los dias un disgusto con cualquier oficina de correos. No recibia una carta á tiempo, no escribia una que llegase á su destino y contaba en la mesa todas sus desgracias y todos sus disgustos, terminando siempre por asegurar que el servicio postal acortaba su vida.

Me acuerdo tambien de una señora griega, con cara azorada, ridículamente vestida y eternamente sola, que todas las tardes se levantaba de la mesa á la mitad de la comida, y se marchaba despues de haber hecho sobre el plato un signo cabalístico, cuyo significado nadie llegó á saber nunca.

Tampoco he podido olvidar una pareja valaca, un guapo mozo de veinticinco años y una tierna jovencilla que aparecieron solo una tarde, y

que eran indudablemente dos fugitivos: él raptor y cómplice ella; porque bastaba fijarse un momento para hacerles enrojecer, y cada vez que se abría la puerta saltaban como dos resortes.

¿De qué otro me acuerdo? ¡Oh, de cien más, si lo pensara! Aquello era una linterna mágica.

Nos distraíamos mi amigo y yo el día de la llegada de un piróscafo, en ver entrar la gente por la puerta de la calle. Algunas caras parecían decir:—¿Qué mundo es este? ¿Dónde hemos venido á parar?

Un día entró un jovencito recién llegado, que parecía muy satisfecho de encontrarse por fin en Constantinopla, sueño de su infancia, y estrechaba con sus dos manos la de su padre. Este le decía con voz conmovida:—*Je suis hereux de te voir heureux, mon cher enfant.*

Las horas de calor las pasábamos en la ventana mirando la Torre de la Muchacha, que se levanta, blanca como la nieve, sobre un solitario escollo del Bósforo, frente á Scutari; y mientras fantaseábamos sobre la leyenda del príncipe de Pérsia, que iba á aspirar el veneno del brazo de la bella sultana mordida por el áspid, desde una ventana de la casa de enfrente, todos los días á la misma hora un muchacho de cinco años nos hacía los cuernos.

Todo era curioso en aquel hotel. Entre otras

cosas, delante de la puerta encontrábamos por las tardes uno ó dos sujetos de cara equívoca, que debían ser corredores de modelos para pintores, y que tomando á todos por tales, iban diciendo á todos en voz baja:—¿Una turca? ¿Una griega? ¿Una armenia? ¿Una judía? ¿Una negra?



ANDANDO POR CONSTANTINOPLA.

Pero volvamos á Constantinopla y espaciémosnos como los pájaros en el cielo. Aquí pueden realizarse todos los caprichos: puede encenderse el cigarro en Europa y verter la ceniza en Asia.

Por la mañana al levantarnos, nos podíamos preguntar:

—¿Qué parte del mundo visitaremos hoy?

Hay donde elegir entre dos continentes y entre dos mares.

A nuestra disposición tenemos caballos ensillados en todas las plazoletas, lanchas de vela en todas las bahías, piróscafos en cien escalas; el cáique que se desliza, la *talika* que vuela y un ejército de cicerones que hablan todas las lenguas de Europa.

¿Quereis asistir á la comedia italiana? ¿Ver bailar á los *der-ises*? ¿Escuchar las bufonadas de Caragueuz, el *jolichinela* turco? ¿Oír las canciones licenciosas de los teatrillos de París? ¿Asistir á las representaciones gimnásticas de los zingaros? ¿Haceros cortar por un rapsodista una leyenda árabe? ¿Ir a teatro griego? ¿Escuchar el

sermon de un *imán*? ¿Ver pasar al Sultán? Pedid y os servirán en el acto.

Todas las naciones están á vuestro servicio: el armenio, para haceros la barba; el hebreo, para limpiaros las botas; el turco, para conducir os embarcado; el negro, para sosteneros en el baño; el griego, para servir os el café, y todos ellos para engañaros.

Para refrescar, encontrais al paso helados hechos con la nieve del Olimpo; si sois golosos, podeis beber agua del Nilo, como el Sultán; si sois débiles de estómago, agua del Eufrates; si sois nerviosos, agua del Danubio.

Podeis comer, como el árabe, en el Desierto, ó como los gastrónomos en la *Maison Dorée*.

Para pasar la siesta, teneis los cementerios: para aturdir os, el puente de la Sultana Validé; para soñar, el Bósforo; para ocupar el domingo, el Archipiélago de los príncipes; para mirar al Asia Menor, el monte de Bulgurlú; para contemplar el Cuerno de Oro, la torre de Galat; para verlo todo, la torre del Serasquier.

Pero es una ciudad todavía más extraña que bella. Las cosas que nunca se presentan juntas á nuestra mente, allí se presentan reunidas ante nuestra vista.

Desde Scutari parte la caravana para la Meca y el tren directo para Brusa, la antigua metrópoli. Entre los muros misteriosos del viejo

Serrallo, corre el camino de hierro que vá á Sofía; los soldados turcos dan escolta al clérigo católico, que lleva el Santo Viático; el pueblo celebra fiestas en los cementerios; la vida, la muerte, los placeres, todo se abraza y se confunde.

Veis el movimiento de Lóndres y el letargo del ocio oriental; una inmensa vida pública y un impenetrable misterio en la vida privada; un gobierno absoluto y una libertad sin límites.

Durante los primeros días, no puede pensarse seriamente en nada; parece que á cada instante debe cesar aquel desórden y estallar una revolución.

Todas las noches, al volver á casa, parece que se vuelve de un viaje; todas las mañanas se pregunta uno:—¿Pero es cierto que estoy cerca de Stambul?

No se sabe á dónde ir para que repose la imaginación; una impresion destruye las otras; los deseos se atropellan; el tiempo huye; quisiera uno permanecer allí toda la vida, y al mismo tiempo marcharse al día siguiente.

¿Cuándo hay tiempo para describir este caos? Al momento viene la tentacion de hacer un paquete con todos los libros y todas las cuartillas emborronadas sobre la mesa, y arrojarlo todo por la ventana.

GALATA.

Mi amigo y yo no conseguimos poner en órden el *maremagnum* de nuestras cabezas hasta el cuarto día de la llegada. Estábamos en el puente bien temprano, indecisos todavía sobre lo que habíamos de hacer aquel día, cuando Yunk me propuso dar nuestro primer gran paseo con un objeto determinado y con el ánimo tranquilo para observar y estudiar.

—Recorramos—me dijo—toda la ribera setentrional del Cuerno de Oro, aún á costa de caminar hasta la noche. Almorzaremos en una taberna turca, dormiremos la siesta á la sombra de un plátano, y regresaremos en barca.

Acepté la proposición; nos proveimos de cigarrillos y de moneda suelta, y dando una ojeada al plano de la ciudad, salimos en dirección á Galata.

El lector que quiera conocer bien á Constantinopla, haga el sacrificio de acompañarnos.

Llegamos á Galata. Aquí debe comenzar nuestra excursión. Galata está colocada sobre una co-

lina que forma promontorio entre el Cuerno de Oro y el Bósforo y donde se hallaba el gran cementerio bizantino antiguo. Es la *City* de Constantinopla.

Casi todas sus calles son estrechas y tortuosas, flanqueadas de tabernas, de tiendas y de pastelerías, de barberías y de carnicerías, de cafés griegos y armenios, de escritorios de negociantes, de oficinas y de barracas: todo oscuro, húmedo, fangoso y pedregoso, como en los barrios bajos de Londres.

Una multitud compacta y atareada vá y viene por las calles, abriéndose continuamente para dar paso á los mozos de cuerda, á los carros, á los asnos, á los ómnibus. Casi todo el comercio de Constantinopla cruza por aquel barrio. Allí están la bolsa, la aduana, las oficinas del Lloyd austriaco, las de las mensajerías francesas, iglesias, conventos, hospitales, almacenes.

Gran ferro-carril subterráneo une á Galata con Pera.

Si no se vieran por las calles los turbantes y los fez, no parecería que estaba uno en Oriente. Por todas partes se oye hablar francés, italiano ó genovés.

Los genoveses viven allí como en casa propia, y aun se dan cierto aire de protectores, como cuando cerraban el puerto á su voluntad y respondían con los cañones á las amenazas de los

Emperadores. Pero de su pujanza no queda otro monumento que alguna vetusta casa de gruesos pilares y arcadas pesadas y el antiguo edificio donde residía el Podestá (1).

La Galata antigua ha desaparecido casi por completo. Millares de casuchas han venido al suelo para abrir dos largas calles; una de éstas remonta la colina hácia Pera, y la otra corre paralela á la playa, de un extremo á otro de Galata.

Por esta última echamos mi amigo y yo, refugiándonos á cada paso en las tiendas, para dejar espacio á los grandes ómnibus, precedidos de turcos descamisados, que limpiaban la calle á fuerza de latigazos.

A cada instante sonaba en nuestros oídos un grito. El mozo turco decía:—*¡Sacun há!* (¡Plaza!)—El aguador armenio:—*¡Varme su!*—El aguador griego:—*¡Crio nero!*—El burrero turco:—*¡Bura-dá!*—El vendedor de dulces:—*¡Scerbet!*—El vendedor de periódicos:—*¡Neologos!*—El carretero franco:—*¡Guarda! ¡Guarda!*—A los diez minutos de camino habíamos ensordecido.

En cierto punto, nos fijamos en que la calle no estaba empedrada, y parecía que las aceras se habían quitado recientemente. Nos detuvimos mirando y tratamos de inquirir la causa. Un tendero italiano satisfizo nuestra curiosidad.

(1) Título antiguo del primer magistrado de Génova.

Aquella calle conduce al palacio del Sultan. Pocos meses antes, pasando por allí el cortejo imperial, el caballo de Su Majestad Abdul-Aziz, habia resbalado y caído, y el buen Sultan, irritado, ordenó que fuesen inmediatamente arrancadas las aceras, desde el sitio de su caída hasta el palacio!!!

LA TORRE.

En aquel sitio memorable, fijamos el término oriental de nuestra peregrinacion, y volviendo la espalda al Bósforo, nos dirigimos por una série de callejuelas tétricas y súcias, hácia la *Torre de Galata*.

La ciudad de Galata tiene la forma de un abanico abierto, y la torre, colocada en la cúspide de la colina, forma el pié del abanico.

Es una torre redonda, altísima, de color oscuro, y termina en aguda punta cónica formada por un techo de cobre, bajo el cual corre larga fila de ventanas con vidrieras: especie de azotea cubierta y trasparente, donde dia y noche vigila el centinela para señalar el primer indicio de incendio que aparezca en la inmensa ciudad.

Alrededor de aquella torre se agrupa la Galata de los genoveses y la torre se levanta sobre la línea de las murallas que separaban á Galata de Pera; murallas de las que casi no queda huella. Y aún la torre no es la misma antigua torre de Cristo, erigida en honor de los genoveses que cayeron combatiendo, porque la restauró el Sultán Mahmud II, y ya antes había sido restaurada por Selim III. Pero siempre resulta un monumento coronado por la gloria de los genoveses, y un ita-

liano no puede contemplarlo sin pensar, con cierto sentimiento de vanidad, en aquel puñado de mercaderes, de marineros y de soldados, orgullosamente audaces y heroicamente testarudos, que tuvieron enarbolada por siglos la bandera de la madre República, tratando de igual á igual con los Emperadores de Oriente.

EL CEMENTERIO.

Apenas dejamos la torre, nos encontramos en un cementerio musulman.

Era aquel que se denomina *El Cementerio de Galata*: un gran bosque de cipreses que, desde lo alto de la colina de Pera, desciende rápidamente hasta el Cuerno de Oro, sombreando una miriada de columnitas de piedra y de mármol, inclinadas en todas las direcciones y esparcidas en agradable desorden por la pendiente.

Algunas de estas columnitas terminan en forma de turbante redondo y conservan huellas de colores é inscripciones; otras terminan en punta; muchas están rotas; otras mutiladas; otras desmechadas, cuyos turbantes han sido arrancados de cuajo, y se cree que sean las de los genizaros que el Sultán Mahmud quiso castigar aun después de muertos.

La mayor parte de las tumbas están indicadas por un promontorio de tierra en forma de prisma y por dos piedras en ambos extremos, sobre las cuales, según las supersticiones musulmanas, deben sentarse los dos ángeles Nekir y Menkir, para juzgar el alma del difunto.

Aquí y allá véense pequeños terraplenes circundados por diminutas cercas de piedra ó por hileras, en medio á los cuales se levanta una columnita rematada por grueso turbante, y alrededor, otras columnitas más pequeñas: es un Bajá ó un gran señor sepultado en medio de sus mujeres y de sus hijos.

Estrechos senderos serpentean y entrecruzan en mil puntos, de extremo á extremo del bosque; algun turco fuma su pipa sentado á la sombra; algunos muchachos corren y saltan por entre las tumbas; pacen algunas vacas; centenares de tortolas cantan en las ramas de los cipreses; pasan grupos de mujeres cubiertas; y entre ciprés y ciprés, luce alegre el fondo azul del Cuerno de Oro, salpicado de blanco por los minaretes de Stambul.

PERA.

Salimos del cementerio; volvimos á pasar al pié de la torre de Galata, y tomamos la calle principal de Pera.

Pera está colocada á cien metros sobre el nivel del mar; es aérea y alegre y mira al Cuerno de Oro y al Bósforo.

Es el *West-End* de la colonia europea: la ciudad de la elegancia y de los placeres.

La calle que recorriamos está flanqueada de hoteles ingleses y franceses, de cafés espléndidos, de tiendas deslumbradoras, de teatros, de consulados, de clubs y de palacios de Embajadores, entre los cuales descuella el de la embajada rusa, que domina como una fortaleza á Pera, Galata y el barrio de *Funduklu*, situado sobre la ribera del Bósforo.

Aquí también bulle una muchedumbre atareada, pero enteramente diversa de la de Galata. Vénse sombreros de copa y sombrerillos de señora, con plumas y flores. Vénse petimetres griegos, italianos y franceses; negociantes de alto bordo, empleados de las legaciones, oficiales de naves extranjeras, carruajes de Embajadores y figuras equívocas de todas las naciones.

Los turcos se páran á admirar las cabezas

de cera en las tiendas de los peluqueros; las turcas detienen su paso con la boca abierta, ante los escaparates de las modistas; el europeo habla en voz alta, gesticula y bromea en medio de la calle; el musulman se siente en casa ajena y pasa con la cabeza ménos erguida que en Stambul.

De repente, mi amigo me hizo volver hácia atrás para que mirase á Stambul. Desde aquel elevado punto, se veían lejos, tras un velo azulado, la colina del Serrallo, Santa Sofía y el minarete del Sultan Ahmed; otro mundo de aquel en que estábamos. Despues me dijo:—Mira aquí ahora.— Bajé los ojos y leí en una vidriera: *La dame aux camelias, Madame Bovary, Mademoiselle Giraud ma femme*. Y aun á mí también aquel rápido contraste me impresionó vivamente, obligándome á permanecer un momento reflexionando sobre él.

Otra vez detuve yo á mi compañero, y fué para enseñarle un café maravilloso: ¡un ancho y largo corredor oscuro, en cuyo fondo, por gran ventana abierta de par en par, se veía en un horizonte que parecía inmenso, Scutari iluminada por el sol!

Caminábamos adelante por la calle mayor de Pera y habíamos casi llegado á su fin, cuando oímos decir con voz potente:—«¡Te amo, Adela!

¡Te amo más que á mí vida! ¡Te amo cuanto puede amarse sobre la tierra!»—Nos miramos cara á cara sorprendidos. ¿De dónde venía aquella voz? Al volvernos, vimos por el resquicio de una celosía un jardín lleno de asientos, un escenario y algunos cómicos que ensayaban.

Una señora turca, cerca de nosotros, miraba por las rendijas y reía con toda su alma. Un viejo turco que pasaba, movió la cabeza con aire compasivo.

De improviso, la turca lanza un grito y huye; otras mujeres que la rodean empiezan á gritar, y vuelven la espalda. ¿Qué ha sucedido?

Es un turco, un hombre como de cincuenta años, conocido en toda Constantinopla, que pasea por las calles en el estado á que quería reducir á todos los musulmanes el famoso monge Turk, bajo el reinado de Mahomet IV: desnudo desde la cabeza hasta los piés.

El desgraciado baila sobre las piedras gritando y gesticulando, y un turbion de pilluelos le sigue armando un ruido de todos los demonios.— Es de esperar que lo prenderán, dije al portero del teatro.— Ni por soñacion, repuso; hace meses que vaga por la ciudad libremente. En tanto, se notaba allá abajo por la calle de Pera, gente que salía á las puertas de las tiendas, mujeres que corrían, muchachos que se tapaban la cara, puertas que se cerraban, cabezas que se retiraban de las ventanas....!

¡Y esto sucede todos los dias y nadie se cuida de pensar en ello!

Saliendo de la calle de Pera, nos encontramos ante otro cementerio musulman, sombreado por apretada selva de cipreses y cerrado por alto muro.

Si no nos lo hubieran dicho despues, jamás hubiéramos adivinado la razon de la existencia de aquella gran muralla, levantada recientemente: era que aquel bosque, consagrado al reposo de los muertos..... ¡se había convertido en nido de amores soldadescos!

Siguiendo adelante, encontramos el inmenso cuartel de artillería, levantado por Scialil-Bajá: edificio sólido, de forma rectangular, de estilo morisco del Renacimiento turco, con una puerta flanqueada por columnas ligeras y coronada por la media luna y la estrella de oro de Mahmud, con galerías voladas y ventanas adornadas por escudos y arabescos.

Ante el cuartel arranca la calle de Jiedessy, que no es sino prolongacion de la de Pera; á la otra parte de la calle, se extiende la vasta plaza de armas y despues de ésta, otro barrio.

Aquí, donde en los dias de trabajo reina ordinariamente profundo silencio, la tarde de los

domingos corre un torrente de gente y una procesion de coches; toda la sociedad elegante de Pera que vá á espaciarse en los jardines, en las cervecerías y en los cafés de la otra parte del cuartel.

En uno de estos cafés, hicimos nuestro primer descanso. en el Café de *Bella-vista*, punto de reunion de la *crema* de la sociedad perana, y digno verdaderamente de su nombre. Porque desde su gran jardin, suspendido como una terraza á considerable altura, se ve, bajo el gran barrio musulman de Funducú, el Bósforo cubierto de barcos; la ribera asiática sembrada de huertos y de caseríos; Scutari con sus blancas mezquitas: lindo conjunto de belleza campestre, de verde, de azul y de luz, que parece un sueño.

Nos levantamos de allí con pena, y nos pareció á los dos que éramos unos miserables, dejando ocho sueldos por dos tazas de café, despues de haber gozado aquella vision de paraíso terrenal.

EL GRAN CAMPO DE LOS MUERTOS.

Saliendo de *Bella-vista*, nos encontramos en medio del *Gran Campo de los muertos*, donde en cementerios distintos, se sepulta á gente de todos los cultos, exceptuando al israelita.

Es un bosque cerrado de cipreses, de acacias y de sicomoros, en el cual blanquean millares de piedras sepulcrales, que de lejos semejan la ruina de edificio inmenso. Entre árbol y árbol se contempla el Bósforo y la orilla asiática.

Entre las tumbas serpean anchos caminos, por los que pasean griegos y armenios. Sobre algunas piedras se sientan los turcos con las piernas cruzadas, mirando el Bósforo.

Hay allí una sombra, un fresco y una paz, que al momento de entrar se experimenta deliciosa sensacion, como cuando se entra de repente en las grandes catedrales semi-oscuras.

Nos detuvimos en el cementerio armenio. Las piedras sepulcrales son todas enormes y planas, cubiertas de inscripciones con caracteres regulares y elegantes de la lengua armenia y sobre casi todas grabada una imágen que representa el oficio ó la profesion del muerto.

Hay martillos, sillas, plumas, escritorios, collares; el banquero está representado por un libro

de cuentas; el obispo por una mitra; el barbero por una vacía; el cirujano por una lanceta.

Sobre una piedra vimos una cabeza separada del tronco, y el cuello chorreando sangre; era el sepulcro de un asesinado ó de un ajusticiado. Un armenio dormía á su lado, extendido sobre la yerba con la cara hácia el cielo.

Entramos en el cementerio musulman. También aquí hay una infinidad de columnitas en filas y en grupos desordenados; algunas, con el remate pintado ó dorado. Las de las mujeres, terminadas por un grupo de ornamentos en relieve, que representan flores; muchas, circundadas de arbustos y de florecillas.

Mientras estábamos observando una de estas columnas, dos turcos que tenían por la mano á un niño, pasaron junto á nosotros, anduvieron todavía cincuenta pasos, se detuvieron ante un sepulcro, se sentaron en él, y abriendo un envoltorio que llevaban bajo el brazo, pusieron á comer. Me detuve á observarlos. Cuando hubieron terminado, el de edad más avanzada metió una cosa en un pliego de papel—me parece que pescado y un poco de pan;—y con actitud respetuosa, colocó el pequeño paquete en un agujero junto al sepulcro. Después encendieron sus pipas y fumaron tranquilamente; el muchacho se levantó y se puso á corretear por el cementerio.

Aquel pescado y aquel pan—así me lo expli-

caron luego—era la parte de alimento que los turcos dejan en señal de afecto á su pariente, enterrado probablemente hacía poco; y aquel agujero, era el boquete que se abre en la tierra, junto á la cabeza de todo difunto musulman, para que pueda escuchar los lamentos y los llantos de las personas queridas, y recibir alguna gota de agua de rosa ó sentir el perfume de alguna flor.

Acabada la que podríamos llamar fumada fúnebre, los dos piadosos turcos se levantaron, y tomando de la mano al niño, desaparecieron entre los cipreses.

PANCALDI.

Salimos del cementerio y nos encontramos en otro barrio cristiano, *Pancaldi*, atravesado por calles espaciosas, flanqueadas de edificios nuevos; circundado de caseríos, de jardines, de hospitales y de grandes cuarteles. Es el barrio de Constantinopla más alejado del mar; una vez visitado el cual, volvimos atrás para descender hacia el Cuerno de Oro.

Pero en la última casa del barrio, asistimos á un espectáculo nuevo y solemne: el paso de un entierro griego.

Una muchedumbre silenciosa baja formada por la calle; viene delante compacto grupo de clérigos griegos, con togas recamadas. El *archimandrita* (1), con corona en la cabeza y largo hábito resplandeciente de oro; jóvenes eclesiásticos ataviados de vivos colores; una multitud de parientes y de amigos con sus más ricos vestidos, y en medio de ellos un ataúd con guirnaldas de flores, en el cual vá colocada una jovencita de

(1) Dignidad eclesiástica del estado regular en la Iglesia griega, inferior á la de obispo.—Lleva toga, cruz de oro al cuello y baston incrustado de oro y marfil.

quince años, vestida de raso y resplandeciente de joyas, con la cara descubierta: cara pequeña, blanca como la nieve, boca ligeramente contraída con la expresión del espasmo, y dos bellísimas trenzas negras extendidas por los hombros y hasta el seno. El féretro pasa, la muchedumbre se cierra tras él, el convoy se aleja y nosotros quedamos solos y pensativos en una calle desierta....

SAN DIMITRI.

Descendimos de la colina de Pancaldi, atravesamos el seco lecho de un torrente, subimos luego á otra eminencia, y nos encontramos en otro barrio: *San Dimíttri*. Aquí casi toda la población es griega.

Por todas partes se ven ojos negros y narices aguileñas y afiladas; viejos de aspecto patriarcal; jóvenes esbeltos y ardientes; mujeres con las trenzas caídas á la espalda; niños, de caritas astutas, que juegan entre las gallinas y los pollos en medio de la calle, llenando el aire de gritos argentinos y de palabras armoniosas.

Nos acercamos á un grupo de aquellos niños que jugaban con piedras, gritando todos á un tiempo. Uno de ellos, de unos ocho años y el más endiablado de todos, que á cada momento tiraba al aire su pequeño fez (1), gritando:—*Zito, zito!* (¡Viva, viva!)—se volvió de repente hácia otro pilluelo, sentado delante de una puerta, y gritó:—*Chuchino, buttami la palla!* (¡Joaquín, échame la pelota!)—Yo lo cogí por el brazo con el movimiento de un jitano ladrón de muchachos, y le dije:—*¡Tú eres italiano!*—No señor—repuso;—soy de Constantinopla.—*¿Y quién te ha enseñado á*

(1) Gorro encarnado que usa la mayor parte de los pueblos orientales.

hablar el italiano?—le pregunté;—*¡Valiente cosa!*—repuso—la mamá.—*¿Y dónde está mamá?*

En aquel instante, llegóse á mí una mujer sonriendo, con un muchacho al cuello, y me dijo que era pisana, esposa de un picapedrero de Liorina que se encontraba en Constantinopla desde hacía ocho años, y que aquel muchacho era su hijo.

Si aquella buena mujer hubiera tenido una bella cara de matrona, una corona mural sobre la cabeza y un manto sobre la espalda, no hubiera representado más vivamente á Italia ante mis ojos y mi corazón.

—*¿Cómo os encontrais aquí?*—le pregunté;—*¿qué me decís de Constantinopla?*—*¿Qué he de decir?*—repuso sonriendo ingenuamente.—Es una ciudad que, á decir verdad... me parece que se encuentra siempre en el último día de carnaval.—Y aquí, dando suelta á su charla toscana, me hizo saber que para los *musulmanes*, *su Jesús es Mahoma*; que un turco puede casarse con cuatro mujeres; que de la lengua turca ni los sábios entienden una palabra, y otras noticias del mismo jaez.

Pero todo esto, dicho en aquella lengua, en medio de aquel barrio griego, hacía esas noticias más apreciables; tanto, que antes de alejarnos, dejamos un pequeño recuerdo de plata en la manecita del niño, y nos fuimos exclamando los dos á la vez:—*¡Ah, un bocado de Italia de vez en cuando, qué bien sienta!*

TATAOLA.

Atravesamos otra vez el pequeño valle y nos encontramos de nuevo en otro cuartel griego, *Tataola*, en donde llamando á rebato nuestro estómago, aprovechamos la ocasion para visitar el interior de una de aquellas innumerables tabernas de Constantinopla, que tienen aspecto singularísimo y están todas construidas de la misma manera.

Se reducen á una estancia grande, de la capacidad de un teatro, alumbrada tan solo por la puerta de entrada y recorrida á su alrededor por una galería de madera con balustrada.

Vése á un lado enorme horno, donde un dependiente en mangas de camisa, frie pescado, hace girar el asador, prepara los guisos, y se dispone por otros sistemas á restaurar la vida humana; á otro lado un banco, en donde otro tipo amenazador distribuye vino blanco y tinto en vasos de mango; y por el centro, confusion de sillas enanas sin respaldo y mesitas poco más altas que los asientos, que recuerdan las mesas diminutas de los zapateros remendones.

Entramos un tanto avergonzados, porque vimos un grupo de griegos y armenios de baja estofa y temíamos que nos miraran con curiosidad

burlona, pero ninguno se dignó concedernos una ojeada.

Son los habitantes de Constantinopla, segun yo creo, la gente ménos curiosa de este mundo; es preciso, por lo ménos, ser Sultan, ó pasear desnudos por las calles como el loco de Pera, para que alguien advierta que estais en el mundo.

Tomamos asiento en un ángulo, y esperamos; pero nadie venía. Entonces supimos que es uso, en las tabernas constantinopolitanas, servirse cada uno á sí mismo. Fuimos primero al horno para disponer un asado, sabe Dios de qué cuadrúpedo; despues al mostrador á tomar un jarro de vino resinoso de Tenedo, y llevando todas estas cosas á la mesita, que nos llegaba á la rodilla, y mirándonos con asombro, se consumó el sacrificio.

Pagamos con resignacion y salimos en silencio, por miedo de que escapara de nuestra boca una censura, ó un ladrido, ó un relincho, y volvimos á nuestro viaje hácia el Cuerno de Oro.

KASSIM-BAJÁ.

Después de diez minutos de camino, nos encontramos de repente en plena Turquía, en el gran barrio musulmán de *Kassim-Bajá*, en una verdadera ciudad poblada de mezquitas y de conventos de dervises, llena de huertos y de jardines, que ocupa una colina y un valle y se extiende hasta el Cuerno de Oro, abarcando toda la antigua bahía de Mandraquio, desde el cementerio de Galata hasta el promontorio que mira á lo lejos el barrio de Balata, sobre la ribera opuesta.

Desde lo alto de *Kassim-Bajá* se goza de un espectáculo encantador. Se contempla debajo, en la orilla, el inmenso arsenal de Ters-Kané; un laberinto de fuentes, de talleres, de plazas, de almacenes y de cuarteles, que se extiende en la anchura de una milla sobre toda la parte del Cuerno de Oro y que sirve de puerto de guerra; el palacio del Ministro de Marina, elegante y esbelto, que flota elegante sobre el agua y dibuja su forma blanca en el verde profundo del cementerio de Galata; el puerto, cubierto de vapores y caiques llenos de gente, que se deslizan por entre los inmóviles acorazados y las viejas fragatas de la

guerra de Crimea. Y sobre la opuesta orilla, *Stambul*; el acueducto de Valente que dibuja sus altísimos arcos en el azul del cielo; las grandes mezquitas de Mahomet y de Soliman, y una miriada de casas y de minaretes.

Para gozar mejor de aquel espectáculo, nos sentamos en un café turco y sorbimos la cuarta ó quinta de las doce tazas que, quiérase ó no se quiera, estando en Constantinopla es forzoso tomar todos los días.

Era un café mezquino, pero como todos los cafés turcos, originalísimo; no debían ser muy diferentes los primitivos cafés del tiempo de Soliman el Grande ó aquellos en que entraba con la cimitarra en la mano el cuarto Amurat cuando hacía la ronda nocturna para castigar á los bebedores del licor prohibido.

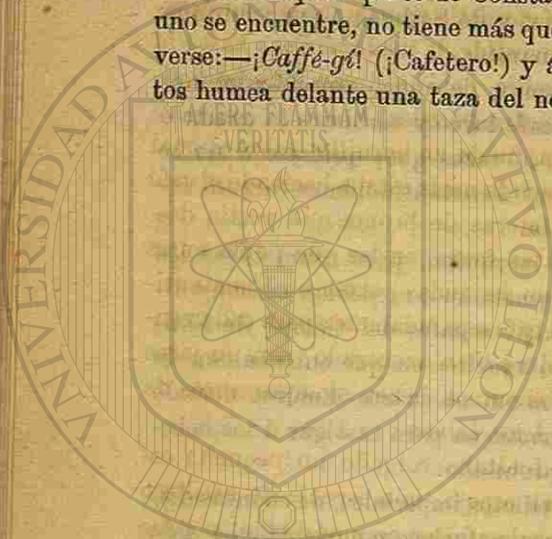
¡De cuántos edictos imperiales, de cuántas disputas de teólogos y luchas sangrientas ha sido ocasion este "enemigo del sueño y de la fecundidad," como le llamaban los ulemas austeros; este "génio del sueño y manantial de la imaginación," como le apellidaban los ulemas de manga ancha, que ahora, con el amor y el tabaco, es el confortante más dulce de los más pobres musulmanes!

Bébase ahora el café sobre la cima de la torre de Galata y de la torre del Serasquier (1); el café,

(1) Serasquier, gobernador de provincia en el Imperio otomano.

en todos los vaporcitos; el café, en el cementerio, en las barberías, en el baño, en el bazar.

En cualquier parte de Constantinopla en que uno se encuentre, no tiene más que gritar sin volverse:—¡*Caffé-gí!* (¡Cafetero!) y á los tres minutos humea delante una taza del néctar.



EL CAFÉ.

Nuestro *Café* consistía en vasta sala completamente blanca, revestida de maderas finas hasta la altura de un hombre, con un divan muy bajo alrededor de las cuatro paredes.

En un rincón, había un hornillo, sobre el cual cierto turco de picuda nariz estaba haciendo el café en pequeñas cafeteras de bronce que vertía después en diminutas tazas, en las que ponía antes el azúcar; porque en todas partes en Constantinopla se hace el café separadamente para cada consumidor y se sirve bien azucarado, con un jarro de agua, que los turcos beben siempre antes de acercar la taza á los labios.

De la pared estaba colgado un pequeño espejo, y junto al espejo, una especie de astillero lleno de navajas de afeitar de mango fijo, porque la mayor parte de los cafés turcos son al propio tiempo barberías, y no es raro que el cafetero, que es al propio tiempo dentista y sangrador, atormente á sus víctimas en la estancia misma en donde los otros están tomando café.

La pared opuesta la adornaba otro estante lleno de *narguiles* de cristal con largos tubos flexibles retorcidos como culebras y de cibuk de tierra cocida con sus tubos de madera de cerezo.

Cinco pensativos turcos estaban sentados en

el sofá, fumando el narguilé; otros tres se hallaban delante de la puerta acurrucados sobre bajísimas banquetas de paja sin respaldo, unos junto á otros, con las espaldas apoyadas en la pared y la pipa en los lábios.

Un dependiente de la tienda rasuraba la cabeza delante de otro espejo á un gordo dervis (1) envuelto en una túnica de pelo de camello.

Nadie miraba cuando nos sentamos; nadie hablaba, y excepto el cafetero y su dependiente, nadie hacía el menor movimiento.

No se percibía más rumor que el murmullo del agua del narguilé, que semeja al ruido del gato cuando hace la carretilla.

Todos miraban hácia adelante, con los ojos fijos y con cara que no expresaba absolutamente nada.

Parecía reducido museo de figuras de cera. ¡Cuántas de estas escenas han quedado impresas en mi memoria!

Una casa de madera, un turco sentado, una bellísima vista en lontananza, una gran luz y un gran silencio: ¡hé aquí Turquía!

Cada vez que este nombre pasa por la mente, cruzan al mismo tiempo aquellas imágenes, como un molino de viento y un canal, al oír nombrar á Holanda.

(1) Religiosos musulmanes é indios que viven en comunidad.

PIALÍ-BAJÁ.

Desde allí, flanqueando un gran cementerio musulman que desde lo alto de la colina de Kasin-Bajá desciende hasta Ters-Kané, remontamos hácia el Setentrion; descendimos al vallecito de *Pialí-Bajá*, pequeño barrio medio escondido entre la verdura de los jardines y de las huertas, y allí nos detuvimos ante la mezquita que le dá el nombre.

Es una mezquita blanca, coronada por seis cúpulas graciosas, con su patio circundado de arcos y de esbeltas columnitas, un alminar ligerísimo y una corona de cipreses gigantescos.

En aquel momento, todas las casitas próximas estaban cerradas; la calle, desierta; el patio mismo de la mezquita, solitario; la luz y la sombra del medio día lo envuelven todo, y no se sentía más que el zumbido del tábano.

Miramos el reloj: marcaba las doce menos tres; una de las cinco horas canónicas de los musulmanes, en la que el *muezin* se asoma á la azotea de los alminares para gritar á los cuatro puntos del horizonte la fórmula sacramental del Islam.

Bien sabíamos que no hay alminar en toda Constantinopla, en el cual, á aquella hora fija, no comparezca puntual como el autómeta de un reloj,

el anunciador del Profeta. Y sin embargo, nos pareció extraño que en aquel extremo de la ciudad inmensa, sobre aquella mezquita solitaria, á aquella hora, en medio de aquel silencio profundo, debiese comparecer aquella figura y sonar aquella voz.

Tenia el reloj en la mano y miraba atentamente la aguja del minuterio y la portezuela de la terraza del minarete, tan alta como el tercer piso de una casa ordinaria, esperando con curiosidad vivísima. La aguja tocó el sexajésimo trazo negro y nadie comparecía.—¡No viene!—dije.—¡Hélo ahí!—repuso Yunk.

Apareció al fin. El parapeto de la terraza lo escondía por completo, excepto la cara, de la cual, por la altura, no se distinguían las facciones.

Estuvo inmóvil durante algunos segundos; despues se tapó los oídos con los dedos pulgares y levantando el rostro al cielo gritó con una voz lenta, trémula y agudísima, con un acento solemne y lastimero las sagradas palabras que resonaban al mismo tiempo sobre todos los minaretes de Africa, Asia y Europa:—“¡Dios es grande! ¡No hay más que un Dios! ¡Mahoma es el Profeta de Dios! ¡Venid á la plegaria! ¡Venid á la salud! ¡Dios es grande! ¡Dios es uno solo! ¡Venid á la oración!”

Despues dió media vuelta en la terraza y re-

pitó las mismas palabras vuelto al Norte; despues á Levante, despues á Occidente, y luego desapareció.

En aquel punto, hería los oídos la última nota de otra voz lejana, que parecía el grito de uno que pidiese socorro. Despues calló todo y permanecimos algunos instantes silenciosos con un sentimiento vago de tristeza, como si aquellas dos voces hubieran aconsejado la plegaria refiriéndose á nosotros; y al desaparecer aquel fantasma, volvimos á quedar solos en el valle como dos abandonados de Dios.

Ningun toque de campana ha resonado jamás en mi corazón tan íntimamente; desde aquel día, comprendí por qué Mahoma para llamar á los fieles á la plegaria, había preferido á la antigua trompa isráelita y á la antigua matraca cristiana, el grito del hombre. Sobre esta eleccion, permaneció largo tiempo indeciso, y poco faltó para que todò el Oriente tomase una faz distinta de aquella que ahora tiene; porque si hubiera sido elegida la matraca, que despues se cambió en campana, ciertamente se hubiera trasformado el alminar, y uno de los rasgos más graciosos y característicos de la ciudad y del paisaje oriental, se habría perdido indudablemente.

OK-MEIDAN.

Volviendo á subir de Piali-Bajá á la colina, nos encontramos en un vastísimo espacio de terreno inculto, desde el cual se veía todo el Cuerno de Oro y todo Stambul, desde el barrio de Eyub hasta la colina del Serrallo; cuatro millas de huertos y de mezquitas, una grandeza y una belleza dignas de contemplarse de rodillas como aparición celestial.

Éra el *Ok-Meidan*, la plaza de las flechas, donde iba el Sultan á tirar el arco segun el uso del Rey de Pérsia. Allí se encuentran todavía, esparcidas á distancias desiguales, algunas columnitas de mármol, llenas de inscripciones, que indicaban los puntos donde caían las flechas imperiales. Allí está aún el elegante kiosco con su tribuna, desde la cual el Sultan tendía el arco. A la derecha, en el campo, se extendía larga fila de Bajás y de Bey, signos vivientes de admiracion, con los cuales el Gran Señor rendía homenaje á su propia destreza. A la izquierda, doce pajes de la familia imperial que corrían á recoger las flechas y á señalar el sitio de la caída; alrededor, entre los árboles y los céspedes, algun turco temerario, venido para contemplar á escondidas el semblante sublime del Gran Bajá. Y sobre la tribu-

na, campeaba con el atalaje de un soberbio atleta, Mahmud, el arquero más vigoroso del Imperio, cuyos ojos centelleantes hacían bajar la frente á los espectadores, y cuya barba famosa, negra como el cuervo del Monte Tauro, destacábase de lejos sobre el gran manto blanco salpicado por la sangre de los genizaros.

Ahora todo ha cambiado y convertídose en prosáico; el Sultan tira á la pistola en los patios de su palacio, y en el *Ok-Meidan*, se ejercita en el tiro de fusil la infantería.

En una parte hay un convento de dervises; en la otra, un café solitario; y toda la campiña está desolada y melancólica como una estepa!

PIRI-BAJÁ.

Descendiendo del Ok-Meidan hácia el Cuerno de Oro, nos hallamos en otro pequeño barrio musulman, llamado *Piri-Bajá*, tal vez por aquel famoso Gran Visir, del primer Selim, que educó á Soliman el Grande.

Piri-Bajá mira de lejos al barrio hebráico de Balata, colocado sobre la otra ribera del Cuerno de Oro.

No encontramos más que algun perro y alguna vieja turca mendigando. Pero aquella soledad permitía estudiar á nuestro sabor la estructura del barrio.

¡Y cosa singular! En aquel barrio, como en cualquiera otra parte de Constantinopla en que uno se detenga despues de haberla visto desde el mar ó desde la altura vecina, se experimenta la misma impresion que mirando un bello espectáculo coreográfico desde el palco escénico, despues de haberlo visto desde el patio: causa maravilla que aquel monton de cosas feas y mezquinas, pueda producir tan bellísima ilusion.

Yo creo que no hay ciudad en el mundo, en la cual la belleza sea tan pura apariencia como en Constantinopla.

Vista desde Balata, desde Pirí-Bajá, es una

ciudad esbelta, toda colores risueños, engalanada de verdor, que se refleja en las aguas del Cuerno de Oro como una ninfa y despierta mil imágenes de amor y de delicia. Entrais, y todo se desvanece. No hay sino mezquinas casuchas derruidas, teñidas de colorines, barracas de féria; patios angostos y súcios que parecen receptáculos de brujerías; grupos de higueras y de cipreses polvorientos; jardines llenos de cascote, callejuelas desiertas, miseria, inmundicia, tristeza.

Pero descénde la pendiente; saltad en un cáique, y despues de cinco golpes de remo, vereis la ciudad fantástica en todo el esplendor de su belleza y de su gracia.

HASSKIOI.

Siguiendo adelante, siempre á lo largo de la ribera del Cuerno de Oro, descendimos á otro barrio, vasto, populoso, de aspecto extraño, donde desde los primeros pasos advertimos que no estábamos ya entre musulmanes.

Por todas partes se veían niños jugando con flechas y hondas, que se revolcaban por el suelo; viejas deformes que trabajaban con las huesudas manos á las puertas de las casas, obstruidas por andrajos y hierro viejo; hombres envueltos en amplios y súcios vestidos, cubierta la cabeza con un pañuelo y que pasaban á lo largo de las paredes con aspecto furtivo; caras macilentas, á las ventanas; harapos colgados entre casa y casa; estiércol y barro en todas partes.

Es *Hasskioi*, el barrio israelita, la judería de la ribera setentrional del Cuerno de Oro, que hace frente al de la otra orilla, al cual lo unía durante la guerra de Crimea, un puente de madera, de que no quedan huellas.

Desde allí comienza otra larga cadena de arsenales, de escuelas militares, de cuarteles y de plazas de armas, que se extiende casi hasta el fondo del Cuerno de Oro.

Pero de aquello no vimos nada, porque no nos

lo permitían ni las piernas ni la cabeza. Ya todas las cosas que habíamos visto se confundían en nuestra mente; parecía que habíamos hecho un viaje de una semana; pensábamos en Pera lejanísima, con un ligero sentimiento de nostalgia, y hubiéramos vuelto atrás si no hubiese mediado el propósito hecho solemnemente sobre el puente viejo, y si Yunk no me hubiese reanimado, según solía, entonando la gran marcha de *Aida*.

HALICHI-OGGLI.

Adelante, pues. Atravesamos otro cementerio musulmán, subimos á otra colina, entramos en otro barrio, en el barrio de *Halichi-Ogglí*, habitado por población mixta; una pequeña ciudad, donde á la esquina de cada callejuela se encuentran nuevas razas y nuevas religiones.

Se sube, se baja, se trepa, se pasa en medio de las tumbas, de las mezquitas, de las iglesias, de las sinagogas; se pasea alrededor de los cementerios y de los jardines; se tropieza con bellas armenias de formas de matrona y turcas ligeras que miran furtivamente al través del velo; se oye hablar griego, armenio y español... el español de los hebreos, y se camina, se camina...

¡Cuánto habrá para bajar al fondo de esta Constantinopla! — decíamos para nosotros. — ¡Todo tiene un límite sobre la tierra!

Ya las casas de Halichi-Ogglí escasean, cuando comienzan á verdear las huertas; no hay más que un grupo de viviendas, pasamos en medio de ellas, y por último, hénos aquí llegados.

SUDLUCHE.

¡Ay! no habíamos llegado sino á otro barrio. Era el barrio cristiano de *Sudluché*, que se levanta sobre una colina, circundado de huertas y de cementerios; sobre la colina de cuyos pies arrancaba el único puente que unía antiguamente las dos riberas del Cuerno de Oro.

Pero este barrio, si Dios quiere, será el último, y nuestra excursión habrá terminado.

Salimos de entre las casas para buscar un lugar de reposo. Subimos á una altura, rápida y desnuda, que se levanta á espaldas de Sudluché, y nos encontramos ante el más grande cementerio israelita de Constantinopla: una vasta llanura, cubierta de millares de piedras truncadas, las cuales presentaban el siniestro aspecto de ciudad destruida por algun terremoto, sin un árbol, sin una flor, sin una mata, sin una huella de sendero: un desierto desolado, que oprime el corazón como el espectáculo de la desventura.

Nos sentamos sobre una tumba, vueltos hácia el Cuerno de Oro, y admiramos, reposando, el panorama inmenso y gentil que se extiende alrededor. Se ve hácia abajo Sudluché, Halichi-Ogglí, Hasskioi, Piri-Bajá, una porción de barrios encerrados entre el azul del mar y el verde de los cementerios y de los jardines.

A la izquierda el Ok-Meidan, solitario, y los
CONSTANTINOPLA.—T. I.

cien minaretes de Kassim-Bajá; más lejos, Stambul, indeterminada y confusa; más allá de Stambul, la interminable línea de las montañas del Asia, casi escondidas en el cielo; delante, enfrente de Sudluché, á la otra parte del Cuerno de Oro, el misterioso barrio de Eyub, del que se distinguen, uno por uno, los ricos mausoleos, las mezquitas de mármol, la umbrosa pendiente salpicada de tumbas, los senderos solitarios y los cercados, lleno de tristeza y de gracia. A la derecha de Eyub, otros pueblos que se reflejan en el agua, y despues, la última curva del Cuerno de Oro, perdiéndose entre las dos altas riberas revestidas de árboles y flores.

Discurriendo con la mirada sobre aquel panorama, cansados, casi en estado de somnolencia, sin darnos cuenta de ello, pusimos en música tanta belleza, tarareando no sé qué cosa; nos preguntamos quién sería el muerto sobre el cual estábamos sentados; escarvamos con un palito en un hormiguero; hablamos de mil tonterías; nos decíamos de vez en cuando:—¡Pero es cierto que estamos en Constantinopla?— Despues pensamos que la vida es breve y que todo es vanidad, y por último, nos acometieron estremecimientos de alegría. Pero en el fondo sentíamos que ninguna belleza de la tierra dá una alegría verdaderamente completa, si al contemplarla no se siente en la mano la manecita de la mujer que se adora.

EN CÁIQUE.

Hacia la caída de la tarde, descendimos al Cuerno de Oro, entramos en un *cáique* de cuatro remos, y no habíamos aún pronunciado la palabra—¡Galata!—cuando la gentil barquichuela estaba ya bien lejana de la orilla.

Y el cáique es, ciertamente, la más graciosa barca que ha surcado jamás el agua; es más largo que la góndola, pero más estrecho y más sutil: está esculpido, pintado y dorado; no tiene timon ni asientos, sino que siéntase uno sobre un almohadon ó un tapiz, de modo que no sobresalen más que las cabezas y los hombros; está terminado en los dos extremos de tal forma que puede bogar en ambas direcciones; pierde el equilibrio al menor movimiento; se separa de la ribera como flecha disparada del arco; parece que vuela á flor de agua como una golondrina, pasa por todas partes y huye, reflejando en las ondas sus mil colores, como delfin perseguido.

Eran nuestros remeros dos guapos jovencuelos turcos, muy simpáticos, de fez encarnado, blusa celeste, grandes calzones blanquísimos y brazos y piernas desnudos. Dos atletas de veinte años, de color de bronce, limpios, alegres y bromistas, que á cada golpe de remo hacían avanzar el

cien minaretes de Kassim-Bajá; más lejos, Stambul, indeterminada y confusa; más allá de Stambul, la interminable línea de las montañas del Asia, casi escondidas en el cielo; delante, enfrente de Sudluché, á la otra parte del Cuerno de Oro, el misterioso barrio de Eyub, del que se distinguen, uno por uno, los ricos mausoleos, las mezquitas de mármol, la umbrosa pendiente salpicada de tumbas, los senderos solitarios y los cercados, lleno de tristeza y de gracia. A la derecha de Eyub, otros pueblos que se reflejan en el agua, y despues, la última curva del Cuerno de Oro, perdiéndose entre las dos altas riberas revestidas de árboles y flores.

Discurriendo con la mirada sobre aquel panorama, cansados, casi en estado de somnolencia, sin darnos cuenta de ello, pusimos en música tanta belleza, tarareando no sé qué cosa; nos preguntamos quién sería el muerto sobre el cual estábamos sentados; escarvamos con un palito en un hormiguero; hablamos de mil tonterías; nos decíamos de vez en cuando:—¡Pero es cierto que estamos en Constantinopla?— Despues pensamos que la vida es breve y que todo es vanidad, y por último, nos acometieron estremecimientos de alegría. Pero en el fondo sentíamos que ninguna belleza de la tierra dá una alegría verdaderamente completa, si al contemplarla no se siente en la mano la manecita de la mujer que se adora.

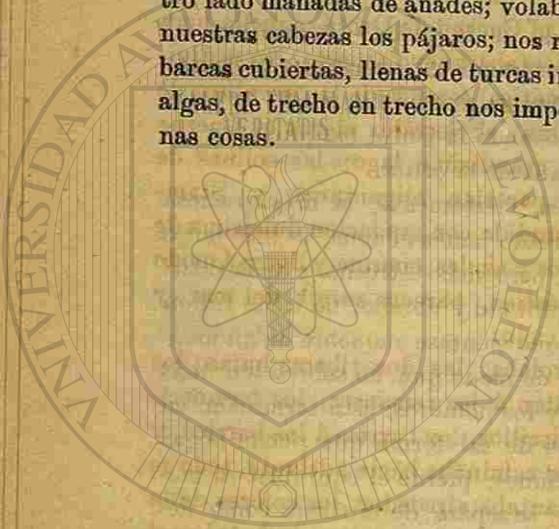
EN CÁIQUE.

Hacia la caída de la tarde, descendimos al Cuerno de Oro, entramos en un *cáique* de cuatro remos, y no habíamos aún pronunciado la palabra—¡Galata!—cuando la gentil barquichuela estaba ya bien lejana de la orilla.

Y el cáique es, ciertamente, la más graciosa barca que ha surcado jamás el agua; es más largo que la góndola, pero más estrecho y más sutil: está esculpido, pintado y dorado; no tiene timon ni asientos, sino que siéntase uno sobre un almohadon ó un tapiz, de modo que no sobresalen más que las cabezas y los hombros; está terminado en los dos extremos de tal forma que puede bogar en ambas direcciones; pierde el equilibrio al menor movimiento; se separa de la ribera como flecha disparada del arco; parece que vuela á flor de agua como una golondrina, pasa por todas partes y huye, reflejando en las ondas sus mil colores, como delfin perseguido.

Eran nuestros remeros dos guapos jovencuelos turcos, muy simpáticos, de fez encarnado, blusa celeste, grandes calzones blanquísimos y brazos y piernas desnudos. Dos atletas de veinte años, de color de bronce, limpios, alegres y bromistas, que á cada golpe de remo hacían avanzar el

esquife tanta distancia cuanta era su longitud; otros se cruzaban con el nuestro, con tal velocidad, que apenas se distinguían; pasaban por nuestro lado manadas de ánades; volaban alrededor de nuestras cabezas los pájaros; nos rozaban grandes barcas cubiertas, llenas de turcas incógnitas, y las algas, de trecho en trecho nos impedían ver algunas cosas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

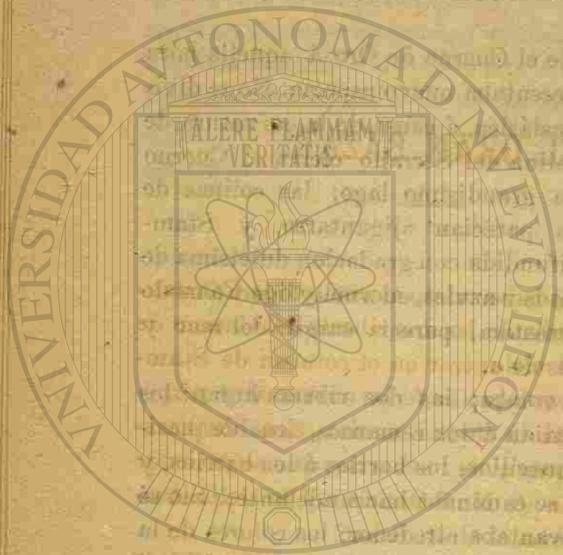
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

NUEVA VISTA.

Vista desde el Cuerno de Oro á aquella hora la ciudad, presentaba nuevo aspecto. No se divisaba la ribera asiática, á causa de la curvatura de la rada. La colina del Serrallo cierra el Cuerno de Oro, como grandísimo lago; las colinas de ambas orillas parecían ajigantarse, y Stambul, lejana, difundida con gradacion dulcísima de tintes cenicientos y azules, enorme y ligera á modo de ciudad fantástica, parecía surgir del mar y perderse en el cielo.

El cáique volaba; las dos riberas huían; los remansos sucedían á los remansos, los bosquecillos á los bosquecillos, los barrios á los barrios, y á medida que se caminaba hácia adelante, todo se movía y se levantaba alrededor; los colores de la ciudad languidecían; el horizonte se inflamaba; el agua enviaba reflejos de púrpura y de oro, y un profundo estupor invadía poco á poco el alma, al mismo tiempo que una dulzura indefinible, que hacía sonreír y no dejaba hablar.

Cuando el cáique se detuvo ante la escalera de Galata, uno de los remeros se creyó en el caso de gritar á nuestros oídos:—*¡Monsú! ¡Arrivar!*—
¡Creímos que despertábamos de un sueño!



EL GRAN BAZAR.

Después de haber visto al vuelo toda Constantinopla, recorriendo las dos riberas del Cuerno de Oro, tiempo es de entrar en el corazón de Stambul, de ir á ver aquella feria universal y perpetua que oculta la ciudad, oscura, llena de maravillas, de tesoros y de memorias, que se extiende entre la colina de Nuri-Osmanié y la del Serasquier, y se llama el Gran Bazar.

Sea la plaza de la mezquita Sultana Validé punto de partida.

Aquí tal vez querrá detenerse más de un lector gastronómico para echar una ojeada al Balik-Bazar, mercado de los peces, famoso desde el tiempo de aquel viejo Andrónico Paleólogo, el cual, como es sabido, del solo producto de la pesca á lo largo de los muros de la ciudad, reunía con que hacer frente á las exigencias culinarias de toda su corte.

La pesca, en la actualidad, es todavía abundantísima en Constantinopla, y el Balık-Bazar, en sus bellos días, podría ofrecer al autor del *Ventre de París* (1) gran asunto de pomposa y apetitosa descripción, como las grandes mesas de los antiguos cuadros holandeses.

Los vendedores son casi todos turcos y están sentados alrededor de la plaza con los pescados amontonados sobre esteras extendidas en el suelo ó sobre largas mesas, en torno á las cuales, se disputan el puesto una turba de compradores y un ejército de perros.

Allí se encuentran los salmonetes esquisitos del Bósforo, cuatro veces más grandes que los de nuestros mares; las ostras de la isla de Mármara, que los griegos y los armenios saben solos asar á punto sobre las áscuas; los rodaballos y los atunes, que están salados exclusivamente por hebreos; las anchoas, que los turcos aprendieron á salar de los marselleses; las sardinas, de que Constantinopla provee al Archipiélago; los pescados más sabrosos del Bósforo, que se pagan á exajerados precios; la morralla del Mar Negro, que hace siete invasiones sucesivas en las aguas de la ciudad, armando un estrépito que se siente desde las dos riberas; los isdaurid colosales, peces-espá-

(1) Emilio Zola.

das enormes, otra especie de rodaballos, ó como les llaman los turcos, *kalkan-baluk*, peces escudos y otras mil clases menores que nadan entre los mares, seguidos de delfines y buscados por innumerables alciones (1), á los cuales arrancan la presa del pico los perdigones.

Cocineros de bajás, viejos glotones musulmanes, esclavas, criadas de taberna, se acercan á las mesas, mirando los pescados en actitud mediatubunda; contratan por medio de monosílabos y se van con sus compras suspendidas de una vara, todos graves y taciturnos, como si llevaran la cabeza de un enemigo.

A medio día, la plaza se queda sin gente; los vendedores se han esparcido ya por los cafés vecinos, donde están hasta la caída de la tarde soñando despiertos, con la espalda pegada á la pared y la boquilla del narguilé entre los labios.

Para ir al Gran Bazar, se toma por una calle que desemboca en el mercado de los peces, tan estrecha que los aleros de las casas opuestas casi se tocan, y se sigue adelante un buen trecho, en medio de dos filas de tiendas bajas y oscuras, donde se vende el tabaco, «la cuarta columna de la tienda de la voluptuosidad», después el café, el

(1) Alcion, ave de mar, llamada también *martin-pescador*.

ópio y el vino ó «el cuarto sofá del placer» aunque, como el café, fulminado un tiempo por edictos de sultanes y por sentencias de muftis (1) y ocasion de disturbios y de suplicios que lo hicieron más sabroso.

Toda la calle está llena de tabaquerías. El tabaco se coloca de muestra en los quicios, en pirámides y en montones redondos coronados por sendos limones.

Hay pirámides de *latakíe* de Antioquía, de *tabaco del Serrallo*, rubio y finísimo, que parece seda de la más sutil, de tabaco de cigarrillo ó de cibuk, de todas las gradaciones de sabor y de fuerza, desde el que fuma el mozo gigantesco de Galata, hasta el que concilia el sueño á la odalisca aburrida en los kioscos de los jardines imperiales.

El *tombeki*, tabaco fortísimo capaz de marear hasta á un fumador antiguo, si el humo no penetrase en la boca purificado por el agua del narguilé, está guardado en botes de vidrio como una medicina.

Los tabaqueros son casi todos griegos ó armenios ceremoniosos, que afectan cierto aire señorial; los compradores forman círculo; allí se detienen los empleados del Ministerio del Exterior

(1) Muftí, sacerdotes musulmanes, letrados, intérpretes de la ley, cuyas sentencias son firmes.

y del Serasquierato, sin que deje de hacer á veces su escapada hasta algun pez gordo; allí se hace política, se vá á recojer noticias y á contar hechos menudos; es un pequeño mercado apartado y aristocrático que convida al reposo y produce, con solo pasar, tambien la voluptuosidad de la cháchara y del humo.

Y siguiendo adelante, se cruza bajo el arco de vieja puerta engalanada de pámpanos, y se sale ante un vasto edificio de piedra atravesado por larga calle recta y cubierta, flanqueado de tiendas oscuras y ocupado por gente, cajas, sacos y montones de mercancías.

Al entrar, se percibe marcado olor de agudísimo aroma que casi impide continuar. Es el bazar egipcio, donde se recojen todas las drogas de India, de Siria, del Egipto y de Arabia, que convertidas despues en esencias, en pastillas, en polvos, en ungüentos, van á colorar las caras y las manos de las odaliscas, á perfumar estancias, y baños, y bocas, y barbas, á vigorizar bajás anémicos, á adormecer esposas infelices, á hacer estúpidos á los fumadores, á repartir el sueño, la borrachera y el olvido en la ciudad exterminada.

A poco de discurrir por este bazar, siéntese la cabeza pesada y se huye; pero la sensación de aquel aire caliente y denso y de aquel perfume embriagador, os acompaña todavía buen trecho al aire libre y se conserva viva en la memoria como

una de las más íntimas y significativas impresiones del Oriente.

Saliendo del bazar egipcio, se pasa por enmedio de ruidosos talleres de caldereros, de tabernas turcas que llenan la calle de miasmas nauseabundos, de mil tiendecillas y cajones de estrecha entrada, donde se fabrica y vende multitud infinita de objetos sin nombre, y se llega finalmente al Gran Bazar.

Pero mucho antes de llegar, os asaltan y tenéis que defenderos.

A cien pasos de la gran puerta de entrada, están apostados, como valientes, los corredores de los mercaderes y los corredores de los corredores, que á la primer mirada os han reconocido como forastero, han comprendido que vais al bazar por vez primera, y adivinado poco más ó menos de qué país sois, tanto, que rara vez se equivocan de lengua al dirigiros la palabra.

Se acercan con el fez en la mano y la sonrisa en la boca, y os ofrecen sus servicios.

Entonces viene casi siempre un diálogo como este:

—No compro nada—respondeis.

—¿Qué importa, señor? Yo no quiero más que enseñaros el bazar.

—No quiero ver el bazar.

—¡Pero si yo le acompaño gratis!

—No quiero que me acompañen de balde,

—Pues bien; no le acompañaré sino hasta el extremo de la calle, para darle algunos informes que le serán útiles para otro día, cuando venga de compras.

—Pero si no quiero siquiera oír hablar de compras.

—Pues hablaremos de otra cosa, señor. ¿Estais hace mucho en Constantinopla? ¿Estais satisfecho del hotel? ¿Habeis obtenido el permiso para ver la mezquita?

—¡Pero si os digo que no quiero hablar, que quiero estar solo!

—Bueno, os dejaré solo; pero os seguiré á una distancia de diez pasos.

—Pero, ¿por qué me quereis seguir?

—Para impedir que os saqueen en las tiendas.

—¡Pero si no entro en las tiendas!

—Entonces... para impedir que os incomoden en la calle.

En suma, es preciso, ó sacar fuerzas de flaqueza para dejaros acompañar, ó romper de una vez.

El Gran Bazar, por su parte exterior, no tiene nada que atraiga la mirada y haga adivinar su interior.

Es un inmenso edificio de piedra, de estilo bizantino y forma irregular, circundado por alta

murallas grises y coronado por centenares de cúpulas pequeñas, revestidas de plomo y perforadas para dar luz al interior.

La entrada principal es una puerta de arco sin carácter arquitectónico. Por las callejuelas del alrededor no se siente rumor alguno: á cuatro pasos de la puerta puede creerse todavía que tras aquellas murallas de fortaleza no se alberga más que la soledad y el silencio.

Pero apenas se entra, queda uno aturrido. No estais dentro de un edificio, sino de un laberinto de calles cubiertas, de bóvedas arqueadas y sostenidas por columnas y pilastras esculpidas. Estais en una verdadera ciudad, con su mezquita, con sus fuentes, con sus enrejadas, con sus plazuelas, alumbradas por una luz vaga como la de una floresta espesa, en la que no penetra un rayo de sol, y recorrida por infinita muchedumbre.

Cada calle es un bazar, y casi todas desembocan en una calle principal, cubierta por bóvedas de piedra blanca y negra y decorada con arabescos, como la nave de una mezquita.

En aquella calle semi-oscura, en medio á la multitud ondulante, paran carrozas, camellos y ginetes, que producen un ensordecedor ruido.

En todas partes se apostrofan con palabras y con ademanes. El mercader griego llama en alta voz y gesticula en actitud casi imperiosa; el armenio, tan listo como aquel, pero de más modes-

ta apariencia, solicita con maneras obsequiosas; el hebreo murmura al oído sus ofertas; el turco silencioso, reclinado sobre un almohadon en el dintel de la tienda, no invita sino con los ojos y se entrega al destino.

Diez voces á un mismo tiempo os llaman:— ¡Monsieur! ¡Captán! ¡Caballero! ¡Signore! ¡Eccellenza! ¡Kyrie! ¡Milord!...

A cada vuelta, por las puertas laterales, se ven fugas de arcos y pilares, largos corredores, trozos de callejuelas, perspectivas lejanas y confusas del bazar, y por todos lados tiendas, mercancías colgadas al muro ó al techo, comerciantes atareados, mozos cargados, grupos de mujeres veladas, un pararse y separarse continuo de grupos rumorosos, una confusion de gente y de cosas, capaz de producir el vértigo.

La confusion, sin embargo, no es más que aparente. Aquel inmenso mercado está ordenado como un cuartel, y bastan pocas horas para hallarse en situacion de encontrar cualquier cosa que se busque, sin necesidad de guía.

Todo género de mercancías tiene su pequeño barrio, su callejuela, su corredor, su plazuela. Son cien pequeños bazares que conducen unos á otros como las salas de vastísimo departamento, y cada bazar es al mismo tiempo un museo, un paseo, un mercado y un teatro, en el cual puede verse todo sin comprar nada, tomar café, gozar

del fresco, hablar en diez lenguas y dar gusto á los ojos contemplando las más bellas mujeres del Oriente.

Puede tomarse un bazar al acaso y pasar medio día sin advertirlo: por ejemplo, el bazar de las telas y de los vestidos. Es un emporio de belleza y de riqueza, capaz de hacer perder la vista, la cabeza y la bolsa; es preciso estar en guardia, porque el más leve capricho puede tener por consecuencia el pedir socorro á casa por telégrafo.

Se pasea en medio de montones y torres de brocado de Bagdad, de tapices de Caramania, de sedas de Brussa, de telas del Indostan, de muselinas de Bengala, de chales de Madrás, de cachemiras de India y Persia, de tejidos multicolores del Cairo, de almohadones bordados de oro, de velos de seda ribeteados de plata, de mantos, de tocas con listas azules ó encarnadas, ligeras y transparentes cual gasas vaporosas, de telas de todas clases y de todos dibujos, en los cuales el carmesí, el azul prusia, el verde, el amarillo, los colores más rebeldes á las combinaciones simpáticas, se juntan y se enlazan con un atrevimiento y una armonía inventadas *ad hoc* para quedarse uno con la boca abierta. Tapetes de mesa de todos tamaños con el fondo encarnado ó blanco, recamados de arabescos, de flores, de versículos del Corán, de cifras imperiales, que pasaría uno todo un día contemplándolos, como ante las paredes de la Alhambra.

Allí pueden admirarse una á una todas las partes del vestuario turco señorial, como en la alcoba de un haren, desde el manto verde, salpicado de color jacinto que lo cubre todo, hasta la camisa de seda, el pañolito recamado de oro y el cinturón de raso, al que no puede llegar otra mirada de hombre que la del señor ó la del eunuco. Allí el caftan de terciopelo rojo, ribeteado de armiño y cubierto de estrellas; el corpiño de raso amarillo, los calzones de seda color de rosa, la sobrevesta de damasco blanco, salpicada de flores de oro, el velo de desposada, deslumbrante de lentejuelas de plata, el casaquillo de pana verde, orlado de plumon de cisne, la túnica griega, armenia y circasiana de mil cortes caprichosos, recargada de adornos, duras y relucientes como corazas..., y en medio de todos aquellos tesoros, las telas prosáicas de Francia ó Inglaterra, de colores siniestros, que producen el efecto de la nota de un sastre en medio de las páginas de un poema.

Nadie que ame á una mujer, puede pasar por aquel bazar sin considerar como gran desventura no ser millonario y sin sentir por el momento apoderarse de su alma el furor del saqueo.

Para librarse de esta idea, no hay sino volverse hácia el bazar de las pipas. Aquí la imaginación es conducida á más tranquilos deseos. Hay fajos de las de cibuk, de jazmin, de acero y de rosal; boquillas de ámbar amarillo del mar Báltico, lim-

pio y trasparente como el cristal, de innumerable gradacion de colores y transparencia, ornados de rubíes y de diamantes; pipas de Cesárea, con el tubo forrado con hilos de oro y seda; bolsas de tabaco del Líbano, de raras hechuras y de varios colores y con arabescos y recamados lujosos; narguilés de cristal de Bohemia, de acero y de plata, de bellas formas antiguas, damasquinadas, niqueladas y salpicadas de piedras preciosas, con resplandecientes tubos dorados, y sortijas colocadas sobre algodón y perpétuamente custodiadas por dos pupilas fijas, que al acercarse algun curioso se dilatan como ojos de lechuza y hacen morir en los labios la pregunta del precio á todo el que no sea, al ménos Visir ó Bajá y no haya desangrado por algunos años una provincia del Asia Menor.

Aquí no viene á comprar sino el mensajero de la Sultana, que quiere regalar prendas de gratitud al gran Visir para ponerlo propicio ó el alto dignatario de la córte que al tomar posesion de su nuevo destino se ve obligado por decoro á derrochar cincuenta mil pesetas en rica coleccion de pipas, ó el Embajador del Sultán, que pretende llevar al Monarca europeo espléndidos recuerdos de Stambul.

El turco modesto echa una mirada melancólica y pasa adelante, parafraseando para consolarse la sentencia del Profeta:—"El fuego del infierno bramará como el mugido del camello en el

vientre de aquellos que *fumen en una pipa* de oro ó de plata."

Desde allí se vuelve á caer en la tentacion, entrando en el bazar de los perfumistas, que es uno de los más genuinamente orientales, y de los más queridos del Profeta, el cual decia:—"Mujeres, niños y perfumes"—para dar á entender sus tres más dulces placeres. Aquí se encuentran las famosas pastillas del Serrallo, que perfuman los besos; las cápsulas de goma olorosa, que extraen de la almáciga las fuertes muchachas de Chio, para enviarla á reforzar las encías de las muelles musulmanas; las exquisitas esencias de bergamota y de jazmin, ó aquellas potentísimas de rosa, encerradas en frascos y estuches recamados de oro, de tal precio, que pone los pelos de punta; aquí el colirio para las cejas, el antimonio para los ojos, el *henné* para las uñas, el jabon que hace mórbido el cutis de las bellas sirianas, el depilatorio para destruir el vello del rostro de las hombrunas circasianas, el agua de cedro y de naranjo, los saquitos de musgo, el aceite de sándalo, el ámbar gris, el áloe para perfumar las jícaras y las pipas, miles de miles de polvos, de aguas y de pomadas, bautizadas con nombres fantásticos y destinadas á usos indecibles, que representan cada una un capricho amoroso, un propósito de seducción, un refinamiento de voluptuosidad, y esparcen todas juntas aguda y sensual fragancia que hace ver como en sueños

grandes ojos lánguidos y manos acariciadoras y deja percibir un rumor mezcla de suspiros y de besos.

Toda esta fantasía se desvanece entrando en el bazar de los joyeros y plateros: callejuela oscura y desierta, á cuyos lados hay tenduchas de aspecto mezquino, en las que nadie diría nunca están escondidos, como lo están, fabulosos tesoros.

Las joyas se encierran en cofrecillos de madera de encina, claveteados y acorazados de hierro y puestos delante de la tienda bajo la inspección de los comerciantes: viejos turcos ó viejos judíos de larga barba y mirada aguda, que parece penetra en los bolsillos y se apodera del portamonedas. Alguno está de pié ante su puerta, y cuando pasais cerca, primero clava en vuestros ojos su mirada; despues con un rápido movimiento, os pone delante un diamante de Golconda, ó un zafiro de Ormus ó un rubí de Giamseid, que al menor signo negativo lo retira con la misma rapidez con que lo ha sacado. Otros pasean con paso lento, os detienen en medio del camino, y despues de echar una recelosa mirada alrededor, sacan del pecho un paño súcio, lo extienden y os hacen ver un bello topacio del Brasil ó una hermosa turquesa de Macedonia, mirándoos con ojos de demonio tentador. Otros no hacen más que echar una mirada escrutadora, y no concediándoos traza... de piedra preciosa, no se dignan ofreceros ninguna.

Nadie hace el movimiento de abrir el cofrecillo, así tengais facha de santo ó aire de Creso.

Los collares de ópalos, las flores y las estrellas de esmeralda, las media-lunas y las diademas rodeadas de perlas de Ofir, los montoncitos desvanecedores de agua-marinas, de venturinas, de ágatas, de granates, de lápiz-lázuli, permanecen inexorablemente ocultos á los ojos de los curiosos sin cuartos, y especialmente á los de un escritor italiano.

Todo lo más á que puede arriesgarse es á pedir el precio de algun *tespi* ó rosario de ámbar, de sándalo ó de coral, para hacer discurrir entre los dedos las cuentas como hacen los turcos, para matar el tiempo en los intervalos de su trabajo forzado.

Para distraerse es preciso entrar en las tiendas de los francos, mercaderes de telas, donde hay géneros para todas las bolsas. Apenas entráis, os rodea un círculo de gente, que no se sabe de dónde ha salido. Nunca es posible hablar con uno solo. Entre el mercader, el sócio del mercader, el corredor y el dependiente, forman siempre una media docena. Si no lo coje uno, lo coje otro; no hay manera de escapar de entre sus manos.

Y no es posible narrar con qué arte, con qué paciencia, con qué obstinacion, con qué diabólicos recursos hacen comprar lo que ellos quieren. Piden por cada cosa una exajeracion; ofreceis la ter-

cera parte; dejan caer los brazos en señal de profundo abatimiento, ó se golpean la frente con actitud desesperada y no contestan; ó bien se deshacen en un torrente de palabras apasionadas para tocaros el corazón. Sois un hombre cruel, quereis obligarles á cerrar la tienda, quereis reducirles á la miseria, no teneis compasion de sus hijos, no comprenden qué mal pueden haberos hecho para tratarles de aquella manera.

Mientras os dicen el precio de un objeto, el corredor de una tienda vecina os murmura al oido: —No compreis; os engañan.—Vosotros creéis que sea sincero, y á veces está de acuerdo con el comerciante: os dice que os engañan con el chal, para ganar vuestra buena fé y haceros dar de bruces un minuto despues, aconsejándoos comprar el tapiz.

Mientras examináis el objeto, ellos se hablan con gestos, con miradas, con codazos, con medias palabras. Si sabeis el griego, hablan el turco; si sabeis el turco, hablan armenio; si sabeis armenio, hablan español; pero de todos modos se entienden y os obligan.

Si os manteneis firme, os dan un buen jabon; os dicen que habláis bien su lengua, que teneis trazas de caballero y que no olvidarán jamás vuestra bella figura; os hablan de vuestro país, en el cual han estado mucho tiempo, porque han estado en todas partes; os hacen café, os ofrecen

acompañaros á la aduana cuando partais para impedir que abusen de vosotros, ó lo que es lo mismo, para saquearos á vos, á la aduana y á vuestro compañero de viaje, si le teneis. Os ofrecen toda la tienda y no os ponen mala cara si os marchais sin comprar: si no es aquel dia será otro; al bazar teneis que volver, y sus perros de caza os reconocerán; si no caeis en sus manos, caereis en las de sus sócios; si no os hablan como mercaderes, os perseguirán como corredores; si no os ajustais en la tienda, os servirán de introductores en la aduana; el golpe no puede faltar. ¿A qué pueblo pertenecen estas gentes? No se sabe. A fuerza de hablar lenguas diversas, han perdido su acento primitivo; á fuerza de representar aquella comedia, han alterado los rasgos fisonómicos de su raza: son del país que se quiere; hacen el oficio que se desea; son intérpretes, guías, mercaderes, usureros; y sobre todo, artistas insuperables en el arte de engañar al universo.

El comerciante musulman ofrece un campo de observacion completamente distinto. Entre ellos se encuentran todavia aquellos viejos turcos, ya muy raros por las calles de Constantinopla, que son como la personificacion del tiempo de Mahoma y de Bayaceto, restos vivientes del caduco edi-

ficio otomano, que tuvo su primer golpe de gracia en la reforma de Mahmud y que de día en día, piedra por piedra, se arruina y se trasforma. Es preciso venir al Gran Bazar y clavar la mirada en el fondo de las tiendecillas más oscuras de la callejuela más apartada, para encontrar los viejos turbantes enormes del tiempo de Soliman, de la forma de cúpula de mezquita; la cara impassible, los ojos de vidrio, la nariz de pico de loro, la larga barba blanca, los antiguos caftanes naranjados y purpúreos, los grandes calzones de mil estrechos pliegues alrededor de la cintura y de los jáiques desmesurados, el continente altanero y triste del antiguo pueblo dominador, la cara embrutecida por el ópio é iluminada por el sentimiento de una fé ardiente.

Allí están, en el fondo de sus covachuelas, con los brazos y las piernas cruzadas, inmóviles y graves como ídolos y esperando, sin abrir la boca, á los compradores predestinados. Si la cosa vá bien, murmuran:—*¡Mach Alláh!*—¡Dios sea loado!—Si van mal:—*¡Olsun!*—¡Cómo ha de ser!—¡Amen!—y doblan resignados la cabeza.

Algunos leen el Coran, otros estrujan entre los dedos las cuentecillas del *tespí*, murmurando distraidamente los cien epítetos de Alá; otros que han hecho buen negocio, *beben su narguilé*, para decirlo con la expresion turca, volviendo lentamente alrededor una mirada voluptuosa y llena

de sueño; otros están inclinados, con los ojos medio cerrados y la frente arrugada, como ocupándose en profundos pensamientos. ¿En qué piensan? Tal vez en su hijo, muerto bajo los muros de Sebastopol, ó en su caravana dispersa, ó en su voluptuosidad perdida, ó en los jardines eternos prometidos por el Profeta, donde á la sombra de las palmeras y de los granados, se desposarán con las vírgenes de los ojos negros, que ni el hombre ni el génio han profanado jamás!

Todos tienen algo de hermoso, todos son pintorescos; cada tienda es el marco de un cuadro lleno de colores y de pensamientos que trae á la mente la historia entera de una vida aventurera y fantástica.

Este hombre seco y bronceado, de contornos salientes, es un árabe que ha guiado él mismo, desde el fondo de su pátria lejana, sus camellos cargados de piedras preciosas y de alabastro, y ha escuchado más de una vez silbar en sus orejas las balas de los ladrones del desierto.

Este otro del turbante amarillo y del aspecto señorial, ha atravesado á caballo las soledades de Siria, llevando la seda de Tiro y de Sidonia.

Este negro, con la cabeza envuelta en un viejo chal de Persia, con la frente surcada de cicatrices que le hicieron los nigromantes para salvarlo de la muerte, que tiene la frente erguida como si mirase todavía la cabeza de los colosos de Te-

bas y las cimas de las Pirámides, ha venido de la Nubia.

Este bello moro de la cara pálida y de los ojos negros, envuelto en blanquísima capa, ha traído sus jáiques y sus tapetes y sus tapices desde la última falda occidental de la cadena del Atlante.

Este turco del turbante verde y del rostro estenuado, ha hecho este mismo año la peregrinación, ha visto á sus parientes y amigos morir de sed en medio de las llanuras interminables del Asia Menor y llegado á la Meca al fin, ha dado siete vueltas arrastrándose alrededor de la Kaaba, y ha caído en deliquio, cubriendo de besos furiosos la Piedra negra.

Este coloso del rostro blanco, de las cejas arqueadas, de los ojos fulgurantes, que mejor parece guerrero que mercader, y respira en toda su figura la ambición y el orgullo, ha traído sus pellicas desde las regiones setentrionales del Cáucaso, donde, en sus buenos tiempos, hizo caer la cabeza á más de un cosaco.

Y este pobre mercader de lana de la cara delgada y de los ojos pequeños y oblicuos, corpulento y rudo como un atleta, no hace mucho tiempo que entonaba sus plegarias á la sombra de la inmensa cúpula que protege el sepulcro de Timur; partió de Samarkanda, atravesó el desierto de la Gran Bucaria, pasó á través de las hordas de los turcomanes, cruzó rápido el Mar Muerto

y huyendo de las balas de los circasianos, ha dado gracias á Alá en la mezquita de Trebisonda y venido á buscar fortuna á Stambul, de donde volverá viejo, al fondo de su Tartaria, cuyo recuerdo conserva siempre en el corazón.

Uno de los bazares más espléndidos, es el bazar del calzado, y aún el que despierta más deseos en la cabeza.

Lo constituyen dos filas de tiendas resplandecientes que dan á la calle el aspecto de salón de palacio, ó de uno de aquellos jardines de la leyenda árabe, en los que los árboles tienen las hojas de oro y las flores de perlas.

Allí podrían calzarse todos los piececitos de todas las córtes de Asia y de Europa.

Las paredes están cubiertas de pantuflas de terciopelo, de piel, de brocado, de raso de los colores más exajerados y de las formas más caprichosas, ornadas de filigrana, brillantes, embellecidos con lazos de seda y de plumas de cisne, con estrellas y flores de plata y oro, cubiertas de intrincados arabescos que no dejan ver el tejido y salpicadas de zafiros y esmeraldas.

Allí las hay para la esposa del barquero y para la bella del Sultán; desde cinco hasta mil pesetas el par; allí están los chapines de tafílete

que pisan el empedrado de Pera, las babuchas que se deslizan sobre los tapices del haren, los zuecos que hacen resonar el mármol de los baños imperiales, los zapatitos de raso blanco sobre los cuales se posaron los ardientes labios del Bajá, y tal vez, algun par de chinelas con perlas que esperan cada mañana el despertar de una bella georgiana, junto al lecho del Gran Señor.

Pero, ¿qué piés podrán entrar en aquellas babuchas? Allí no hay más que calzado cortado á la medida de los piés de las huríes y de las hadas: largos como una hoja de lirio, anchos como una hoja de rosa; de una pequeñez capaz de hacer desesperar á toda Andalucía, y de una gracia que hace delirar. No son babuchas, sino joyas dignas de tenerse sobre el velador; cajas para guardar los dulces ó los billetes de amor. No puede imaginarse que sea un pié lo que allí se coloque, sin desear tenerlo un mes entre las manos, abrumándole á preguntas y caricias.

Este bazar es uno de los más frecuentados por los extranjeros.

En él se ven grupos de jóvenes europeos, que llevan en un pedazo de papel la medida de un pié italiano ó francés de cuya posesion se sienten orgullosos, y que hacen un gesto de estupor ó de despecho reconociendo que excede la longitud de la medida, de la de cierta babucha, sobre la cual pusieron los ojos.

Otros que al pedir el precio y escuchando un trabucazo, echan á correr sin contestar palabra.

Aquí tambien se detienen las grandes señoras musulmanas, las *hanum* de los grandes velos blancos, y ocurre á menudo cojer al vuelo, pasando, algun fragmento de sus largos diálogos con los vendedores, alguna palabra armoniosa de su bella lengua, pronunciada con voz clara y dulce que acaricia el oido como el sonido de un laud.

—*Buni catscia verersin?*—¿Cuánto vale esto?
—*Pahallí dir.*—Es muy caro.—*Ziadé veremém.*
—No doy más. Y despues una carcajada juvenil y sonora que dá gana de tirarle un pellizco en la mejilla y despues acariciarla con una palmadita.

El bazar más rico y más pintoresco es el de las armas. No es un bazar, es un museo exuberante de tesoros, lleno de memorias y de imágenes, que trasportan el pensamiento á las regiones de la historia y de la leyenda y despiertan un sentimiento indescriptible de maravilla y de extrañeza.

Todas las armas más raras, más espantosas y más feroces que han sido blandidas desde la Meca al Danubio en defensa del islamismo, están allí colgadas y cruzadas, como si las hubiesen colocado poco antes las manos de los feroces soldados de Mahomet y de Selim.

Parece que se ven brillar entre las hojas los ojos inyectados en sangre de aquellos formidables sultanes, de aquellos nervudos genizaros, de aquellos *spahís* (1), de aquellos *azab* (2), de aquellos *sildar* (3), sin compasion y sin miedo, que sembraron el Asia Menor y la Europa de cabezas cortadas y de mutilados cuerpos.

Ved allí aquellas cimitarras famosas que cortaban las plumas en el aire y rebanaban las orejas á los embajadores insolentes; ved la pesada gumía, que de un golpe hendía el cráneo y destrozaba el corazon; la maza que trituraba los cascós sérvios y húngaros; los *yatagán* de mango incrustado de marfil y salpicado de amatistas y rubíes, que servían para grabar en la hoja el número de las cabezas cortadas; el puñal, de vaina de terciopelo y raso, con contera de plata, con mango de ágata y marfil, ornado con granates, coral y turquesas, historiado de versículos del Coran en letras de oro, con la hoja corva y retorcida que parece buscar un corazon.

¿Quién sabe si en esta armería terrible y confusa, existe la cimitarra de Orcan ó el sable de

(1) Spahí, soldado de caballería; tropa indisciplinada organizada por Murad I.—Tambien se llama en Argelia *spahí* á los soldados indígenas de á caballo organizados por Francia.

(2) Verdugos organizados en cierta forma militar.

(3) Otra especie de milicias irregulares.

madera, con el cual el poderoso brazo de Abd-el-Murad, el dervis-guerrero, partía de un golpe la cabeza; ó el famoso yatagán, con el que el Sultan Musa dividió de un corte á Hassan, desde el hombro hasta el corazon; ó el sable enorme del gigantesco búlgaro, que apoyó la primera escala en los muros de Constantinopla; ó la maza con la que Mahomet II mató al soldado ladron bajo la bóveda de Santa Sofía; ó el gran sable damasquinado de Scanderberg, que dividió en dos á Firuz-Bajá, bajo los muros de Stetigrad?

Las más formidables destrucciones y las más horrendas muertes de la historia otomana vienen á la mente, y parece en realidad que sobre aquellas hojas debe estar latente aquella sangre y que el viejo turco arrinconado en aquella tienda, haya recojido armas y cadáveres sobre el terreno de la catástrofe y conserve todavía los esqueletos en algun rincón oscuro.

En medio de las armas, hállanse tambien las grandes monturas de terciopelo escarlata y celeste, recamadas de estrellas y medias-lunas de oro y de perlas, los empenachados frontales, los bocados de plata niquelada y las gualdrapas espléndidas, como mantos reales: arreos de caballos de las *Mil y una noches*, hechos para la entrada triunfal de un rey de génios, en una ciudad dorada del mundo de los sueños.

Por encima de estos tesoros están suspendidos

de las paredes, viejos mosquetes de rueda y de mecha, grandes pistolas albanesas, larguísimos fusiles árabes, labrados como joyas, escudos antiguos de concha y de piel de hipopótamo, mallas circasianas, escudos cosacos, celadas mongólicas, arcos turcos, cuchillos de verdugo, machetes de forma siniestra, cada una de las cuales, parece la revelacion de un delito, ó hace pensar en los tormentos de una agonía.

En medio de este aparato amenazador y magnífico, se sientan con las piernas cruzadas, los mercaderes más genuinamente turcos del Gran Bazar, viejos la mayor parte, de aspecto tétrico, delgados como anacoretas y orgullosos como Sultanes; fachas de otros siglos, vestidos á la usanza de los primeros otomanos, resucitados del sepulcro para aconsejar á sus descendientes pervertidos, la austeridad de la raza antigua.

Otro bazar digno de verse, es el de los trajes viejos. Allí se hubiera domiciliado Rembrant y hubiera gastado Goya su última peseta.

Quien no haya visto jamás una tienda de traperío oriental, no puede imaginar qué extravagancia de retazos, qué pompa de colores, qué ironía de contrastes, qué espectáculo al mismo tiempo carnavalesco, lúgubre y asqueroso, presenta esta

tienda, esta cloaca de harapos, en la que todo está recogido del haren, del cuartel, de la córte, de los teatros, y espera que el capricho de un pintor ó la necesidad de un mendigo, lo saque á la luz del sol!

De largas perchas adosadas al muro, penden viejos uniformes turcos, jubones con cola de gondolrina, dormanes de gran Señor, túnicas de der-vises, capas de beduino, todo grasiento, manchado y roto, como si estuviera acribillado á puñaladas, y recuerda los siniestros despojos que van á las mesas de los Tribunales.

Entre aquellas inmundicias, brilla todavía algun resto de oro; penden viejos cinturones de seda, turbantes deshechos, ricos chales rasgados, corpiños de terciopelo, á los que parece que la mano furiosa de un ladron ha arrancado á un tiempo el pelo y las perlas, pantalones y velos, que tal vez pertenecieron á alguna bella infiel, la cual duerme encerrada en un saco, en el fondo de las aguas del Bósforo, y otros trajes y adornos de mujer, de mil risueños colores, aprisionados entre los burdos caftanes circasianos, cartucheras rugosas, largas togas negras de los judíos, la grosera casaca y el pesado manto que habrán escondido quién sabe cuántas veces, la escopeta del bandido ó el puñal del sicario.

Al declinar la tarde, á la luz misteriosa que descende por las claraboyas de la bóveda, todos

aquellos trajes colgados, toman cierta vaga apariencia de cuerpos de ahorcado. Y cuando en el fondo de oscura tienda se ven brillar los ojos astutos de un viejo hebreo, que se rasca la frente con la callosa mano, se diría que aquella es la mano que ha corrido el lazo; y se echa una mirada á la puerta del bazar, por temor de que la hayan cerrado.

No bastaría un día de vueltas y revueltas, si quisieran visitarse todas las callejuelas de aquella extraña ciudad.

Aquí está el bazar de los fez, donde se encuentran fez de todos los países, de Marruecos y de Viena, ornados de inscripciones del Coran que preservan de los espíritus malignos; el fez que la bella griega de Smirna lleva encima de la cabeza sobre el nudo de las trenzas negras, sembradas de monedas; el birrete encarnado de las turcas; fez de soldados, de generales, de sultanes, de petimetres, de todas las gradaciones del rojo y de todas las formas, desde la primitiva del tiempo de Orcan, hasta el gran fez elegante del Sultán Mahamud, emblema de la reforma y juntamente de la abominación de los viejos musulmanes.

Aquí está el bazar de las pieles, donde se encuentra la piel sagrada de zorra negra, que en cierto tiempo podía usar tan solo el Sultán ó el Gran Visir; la marta, con la que se forraban los caftanes de gala; el oso blanco, el oso negro, la zorra azul, el astrakan, el armiño y la cebellina

ó marta ordinaria en los que en cierta ocasión derrochó el Sultán tesoros fabulosos.

También es digno de visitarse el bazar de los cuchilleros, aunque no sea más que para tener en la mano una de aquellas enormes tijeras turcas, con las hojas bronceadas y doradas, adornadas de dibujos fantásticos, de pájaros y flores, que se cerraban ferozmente, dejando en medio un hueco, en el que podría entrar la cabeza de un crítico maligno.

Allí está todavía el bazar de los hiladores de oro, el de los recamadores, el de los cinceladores, el de los sastres, el de los coperos, todos distintos entre sí en la forma y en la gradación de la luz; pero todos iguales en esto:—¡no se ve vender ni trabajar á una mujer!—Todo lo más que puede suceder es que alguna griega sentada por un momento ante una sastrería, ofrezca tímidamente un pañuelo acabado entonces de bordar.

Los celos orientales prohíben trabajar en las tiendas al bello sexo, por estimarlas escuelas de coquetería y escondrijos de intrigas.

Pero hay todavía otras partes del Gran Bazar en las que el extranjero no puede aventurarse,

si no le acompaña un comerciante ó un corredor: son las partes interiores de los pequeños cuarteles en los que está dividida esta singular ciudad, dentro de los rinconcillos, en torno á los que giran las callejuelas recorridas por la multitud.

Si en las callejuelas hay el peligro de extraviarse, allí dentro es imposible no perderse.

Por los corredores, poco más anchos que un hombre, en los que es preciso inclinarse para no tropezar con el techo, se sale á patios, grandes como una celda, obstruidos por cajas y fardos y apenas iluminados por un rayo de luz; se desciende á tientas por escalerillas de madera, vuelven á atravesarse otros patios, alumbrados con linternas, se vuelve á bajar al subsuelo, se sale á la luz del día, se camina con la cabeza baja por largos pasillos tortuosos, bajo techos húmedos, en medio de paredes negras y tabiques peguntosos, que conducen á puertecillas secretas, de las cuales se vuelve inesperadamente al sitio de que se partió. Y por todos lados, sombras que van y vienen, espectros inmóviles en los ángulos, gente que maneja mercancías y cuenta dinero, lucecillas que aparecen y desaparecen, voces y pasos precipitados, que resuenan no se sabe dónde, y encuentros inesperados de obstáculos negros, que no se sabe lo que son, y juegos de luces nunca vistos, y contactos sospechosos, y olores extraños, que hacen creer que se discurre por las sinuosidades

de una caverna encantada, de la que no se ve llegada la hora de encontrarse fuera.

Solo por lo extraño hacen pasar por este sitio á los extranjeros para conducirles á aquellas tiendas más apartadas, en las cuales se vende un poco de todo: especie de Gran Bazar en miniatura, tiendas de traperos señoriales, dignas de visitarse por lo curiosas, pero en extremo peligrosas, porque contienen tantas, y tan extrañas y tan raras cosas, que hacen vaciar la bolsa, aun á la avaricia personificada.

Estos mercaderes de todo, bribones matriculados, se sobreentiende, y políglotas como sus compañeros de profesion, usan en tentar á la gente cierto procedimiento dramático, que divierte y que raras veces frustra los intentos de su autor.

Sus tiendas son casi todas cuartuchos oscuros llenos de cajas y armarios, donde es preciso encender luz y dejan espacio apenas para moverse.

Despues de haber enseñado algun viejo mueble incrustado de marfil y de concha, alguna porcelana china, algun vaso de Japon, el comerciante os dice que tiene cualquier cosa especial para vosotros; saca un cajon y forma sobre la mesa un monton de chucherías: un abanico de plumas de pavo, por ejemplo, un brazalete de monedas turcas antiguas, una almohadilla de crin de camello con la cifra del Sultan bordada en oro, un espejito persa, con pintura de una escena del

libro del paraíso, una espátula de tortuga con la que los turcos comen la compota de cerezas, un viejo gran cordon de la orden del Osmanié. ¿No está allí lo que os place? Revuelve otro cajon, y este cajon es precisamente el destinado á vosotros solos. Y aparece un colmillo roto de elefante, un brazalete de Trebisonda que parece una trenza de hilos de plata, un pequeño ídolo japonés, un peine de sándalo de la Meca, una cuchara turca labrada con arabescos y calados, un antiguo nariguilé de plata dorada é historiado, piedruchas del mosaico de Santa Sofia, una pluma que ha ornado el turbante de Selim III, el comerciante lo asegura bajo su palabra de honor. ¿No encontráis nada de vuestro gusto? Y revuelve otro cajon del que saca un huevo de avestruz del Sennahar, un tintero persa, un anillo damasquino, un arco de Mingrelia, con su carcaj de piel de ciervo, un casquete circasiano con dos puntas, un *tespi* de jaspe, una perfumera de oro esmaltado, un talisman turco y un cuchillo de camellero. ¿Nada de aquello os tienta? ¡Por Dios! ¿No teneis que hacer regalos? ¿No pensais en vuestra familia? ¿No teneis corazon para vuestros amigos?

Pero sin duda teneis la pasion por las telas y por los tapices y aún en esto puedo servirlos de amigo.—Hé aquí un manto rayado del Kurdistán, milord; hé aquí una piel de leon, un tapiz de Alepo con clavitos de acero, un tapiz de Casa-

Blanca, de tres dedos de espesor, que dura para cuatro generaciones, yo lo garantizo; hé aquí excelencia, el viejo almohadon, el cinturon antiguo de brocado y el viejo cubrepiés de seda un poco descolorido y usado, pero recamado como ahora no se recama, á ménos de pagar un tesoro. Solo á vos, *caballero*, que habeis sido conducido por un amigo, daría este viejo cinturon por cinco napoleones, y me resigno á comer pan y ajos durante una semana.

Si no os dejais tentar por nada de esto, os dirá al oido que puede venderos la cuerda con que el terrible mudo del Serrallo, estranguló á Nassuh-Bajá, el gran visir de Mahomet III; y si os reís en su cara diciéndole que no os la tragais, se la dá de hombre de ingénio y hace la última tentativa, poniéndoos delante una cola de caballo de las que se llevaban delante y junto á los Bajás; una marmita de genízaro que robó su padre, todavía manchada de sangre, el dia mismo del famoso estrago; un pedazo de bandera de Crimea, con la media-luna y las estrellas de plata; una jofaina salpicada de ágatas; un brasero de cobre cincelado; un collar de dromedario con las conchitas y las campanillas; una fusta de eunuco, de cuero de hipopótamo; un Coran encuadernado en oro; una charpa (1) del Korassan;

(1) Tahalí de cuero.

un par de babuchas de Cadina; un candelero hecho con una uña de águila; tanto, que al fin la fantasía se acalora, os asaltan los caprichos y os acomete el deseo de verter el porta-moneda, el reloj, el gaban, y gritar:—¡Tomadlo todo! ¡Cargadme!—Es preciso ser muchacho acomodado ó padre de juicio para resistir á la tentacion.

¡Cuántos artistas han salido de allí arruinados y cuántos ricachos han disipado su patrimonio!

Pero antes que el Gran Bazar se cierre, es preciso aún dar la última vuelta, para ver su aspecto de última hora.

El movimiento de la muchedumbre se acelera; los comerciantes llaman con gestos más imperiosos; griegos y armenios corren gritando por la calle con un chal ó un tapiz sobre el brazo, se forman grupos, se contrata al vuelo, los grupos se disipan y se reunen más lejos; los caballos, los carros, las bestias de carga, pasan en largas filas buscando la salida.

A aquella hora, todos los tenderos con los que habeis hablado sin ponerlos de acuerdo, os rodean en aquella semi-oscuidad como murciélagos; pónense en acecho tras las columnas, los encontráis á las vueltas, os cortan el camino y os tropiezan mirando en alto para recordaros con su presencia

tal cual tejido; y hacer nacer de nuevo vuestros deseos.

Al volveros, veis un ejército detrás: si os deteneis, se paran; si doblais una esquina, os siguen; si os revolveis alrededor, encontráis diez ojos dilatados y fijos que os comen vivo.

Mas ya la luz falta y la muchedumbre desaparece. Bajo la ancha bóveda resuena la voz de algun *muezin* invisible que anuncia el crepúsculo desde un alminar de madera; algun turco extiende el tapiz ante la tienda y murmura la oracion de la tarde; otros hacen las abluciones en las fuentes. Ya los viejos centenarios del bazar de las armas han cerrado las grandes puertas de hierro: los bazares pequeños están desiertos, los corredores se pierden en las tinieblas, las embocaduras de la calle parecen bocas de caverna, los camellos se os echan encima de improviso, la voz de los vendedores de agua mueren bajo las lejanas arcadas, las turcas aprietan el paso, los eunucos aguzan los ojos, los extranjeros escapan, la puerta se cierra: ¡el día ha terminado!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



Y ahora, oigo que se me pregunta por todas partes:—¿Y Santa Sofía? ¿Y el antiguo Serrallo? ¿Y el palacio del Sultan? ¿Y el castillo de las Siete Torres? ¿Y Abdul-Aziz? ¿Y el Bósforo? Todo lo describiré y con toda el alma; pero antes es preciso vagar todavía un poco por Constantinopla, cambiando de argumento á cada página, como se cambia aquí de pensamiento á cada paso.

LA LUZ.

Y antes que nada, ¡la luz! Uno de mis placeres más vivos en Constantinopla, era ver levantarse y ponerse el sol, hallándome sobre el puente de la Sultana Validé.

Al alba, en otoño, el Cuerno de Oro está casi siempre cubierto de ligera niebla, á través de la cual se ve la ciudad confusamente, como á través de aquel velo blanco que se corre en el palco escénico para ocultar las burdas tramas de una escena de magia y de gran espectáculo.

Scutari está completamente cubierta: no se distinguen sino los contornos oscuros é inciertos de sus colinas. El puente y la ribera, desiertos... Constantinopla duerme: la soledad y el silencio forman el espectáculo más solemne. El cielo comienza á dorarse junto á las colinas de Scutari. Sobre aquella línea luminosa se dibujan una á una, precisas y negrísimas, las puntas de los cipreses del vastísimo cementerio como ejército

Y ahora, oigo que se me pregunta por todas partes:—¿Y Santa Sofía? ¿Y el antiguo Serrallo? ¿Y el palacio del Sultan? ¿Y el castillo de las Siete Torres? ¿Y Abdul-Aziz? ¿Y el Bósforo? Todo lo describiré y con toda el alma; pero antes es preciso vagar todavía un poco por Constantinopla, cambiando de argumento á cada página, como se cambia aquí de pensamiento á cada paso.

LA LUZ.

Y antes que nada, ¡la luz! Uno de mis placeres más vivos en Constantinopla, era ver levantarse y ponerse el sol, hallándome sobre el puente de la Sultana Validé.

Al alba, en otoño, el Cuerno de Oro está casi siempre cubierto de ligera niebla, á través de la cual se ve la ciudad confusamente, como á través de aquel velo blanco que se corre en el palco escénico para ocultar las burdas tramas de una escena de magia y de gran espectáculo.

Scutari está completamente cubierta: no se distinguen sino los contornos oscuros é inciertos de sus colinas. El puente y la ribera, desiertos... Constantinopla duerme: la soledad y el silencio forman el espectáculo más solemne. El cielo comienza á dorarse junto á las colinas de Scutari. Sobre aquella línea luminosa se dibujan una á una, precisas y negrísimas, las puntas de los cipreses del vastísimo cementerio como ejército

de gigantes diseminado sobre la altura; y desde un extremo á otro del Cuerno de Oro corre ténue claridad, que es como el primer extremecimiento de la gran ciudad que vuelve á sentir la vida.

Después, junto á los cipreses de la orilla asiática, asoma un ojo de fuego, y de pronto las alturas blancas de los cuatro minaretes de Santa Sofía se tiñen de rosa.

En pocos momentos, de colina en colina, de mezquita en mezquita, hasta el fondo del Cuerno de Oro, todos los minaretes, uno tras otro, enrojecen; todas las cúpulas, una tras otra, se platean; la luz rosada descende de azotea en azotea, la claridad se ensancha, el gran velo cae, y toda Stambul aparece sonrosada y sonriente sobre la altura, azulada y violácea á lo largo de la ribera, fresca y lozana como si saliera del agua.

A medida que el sol se levanta, la delicadeza de las primeras tintas se desvanece en una claridad inmensa, y todo aparece envuelto por la blancura de la luz hasta la tarde.

Entonces empieza de nuevo el espectáculo divino. El ambiente está puro; tanto, que desde Galata se divisan claramente uno á uno los árboles lejanísimos de la última punta de Kadi-Kioi. Todo el inmenso perfil de Stambul, se destaca en

el cielo con una nitidez de líneas y un vigor de colores, que podrian contarse punto por punto todos los minaretes, todos los cipreses, todas las agujas que coronan las alturas del cabo del Serrallo hasta el cementerio de Eyub.

El Cuerno de Oro y el Bósforo toman un hermoso color azul ultramar; el cielo, color de amatista hácia Oriente, se inflama junto á Stambul, teniendo el horizonte de infinitos cambiantes de rosa y de carbunco, que hacen pensar en el primer día de la creacion. Stambul se oscurece, Galata se dora, y Scutari, herida por el sol poniente, toda centelleante de vidrios, parece una ciudad presa de las llamas.

Este es el mejor momento para contemplar Constantinopla. Es una rápida sucesion de tonos suavísimos, de oro pálido, de rosa y de lila, que tiemblan y huyen sobre los flancos de la colina y sobre el agua, dando y quitando, ora á ésta, ora á aquella parte de la ciudad el primado de la belleza y revelando mil pequeñas gracias púdicas de paisaje que no se atreven á manifestarse en plena luz.

Véanse grandes barrios melancólicos perdidos en la sombra de los valles; pequeñas ciudades purpúreas que sonríen en las alturas; caseríos y pueblos que languidecen como si les faltase la vida; otros que mueren de repente como incendios sofocados; otros que se creerían ya muertos, re-

sucitan inesperadamente y brillan todavía por algunos momentos bajo el último rayo de sol.

Después no se descubren más que dos cimas resplandecientes sobre la ribera asiática: la altura del monte Bulgurlú y la punta del cabo que mira á la entrada de la Propóntide; son primero dos coronas de oro, dos birretes de púrpura; después, dos rubíes; luego, toda Constantinopla queda en la sombra, y diez mil voces anuncian el crepúsculo desde lo alto de diez mil alminares.

LOS PÁJAROS.

Constantinopla tiene una especialidad y una gracia suya propia, que le viene de una infinidad de pájaros de toda especie, por los cuales los turcos muestran vivo sentimiento de respeto y simpatía. Mezquitas, bosques, murallas antiguas, jardines, palacios, todo canta, todo gorjea, todo parlanchinea, todo pía; por todas partes se percibe rozar de alas, en todo hay vida y armonía.

Los pájaros entran resueltamente en las casas y comen en las manos de los niños ó de las mujeres; las golondrinas hacen el nido sobre la puerta de los cafés y bajo las bóvedas de los bazares; los pichones, en bandas innumerables, mantenidos con las sobras del Sultán y de sus privados, forman guirnaldas blancas y negras á lo largo de las cornisas de las cúpulas y alrededor de las terrazas de los minaretes; las gaviotas vuelan alegremente en torno de la comida, y millares de tórtolas se enamoran entre los cipreses de los cementerios.

sucitan inesperadamente y brillan todavía por algunos momentos bajo el último rayo de sol.

Después no se descubren más que dos cimas resplandecientes sobre la ribera asiática: la altura del monte Bulgurlú y la punta del cabo que mira á la entrada de la Propóntide; son primero dos coronas de oro, dos birretes de púrpura; después, dos rubíes; luego, toda Constantinopla queda en la sombra, y diez mil voces anuncian el crepúsculo desde lo alto de diez mil alminares.

LOS PÁJAROS.

Constantinopla tiene una especialidad y una gracia suya propia, que le viene de una infinidad de pájaros de toda especie, por los cuales los turcos muestran vivo sentimiento de respeto y simpatía. Mezquitas, bosques, murallas antiguas, jardines, palacios, todo canta, todo gorjea, todo parlanchinea, todo pía; por todas partes se percibe rozar de alas, en todo hay vida y armonía.

Los pájaros entran resueltamente en las casas y comen en las manos de los niños ó de las mujeres; las golondrinas hacen el nido sobre la puerta de los cafés y bajo las bóvedas de los bazares; los pichones, en bandas innumerables, mantenidos con las sobras del Sultán y de sus privados, forman guirnaldas blancas y negras á lo largo de las cornisas de las cúpulas y alrededor de las terrazas de los minaretes; las gaviotas vuelan alegremente en torno de la comida, y millares de tórtolas se enamoran entre los cipreses de los cementerios.

En torno al castillo de las Siete Torres, cruzan los cuervos y giran los espantosos buitres; los alciones van y vienen en largas filas entre el mar Negro y el mar de Mármara, y las cigüeñas revolotean sobre las cúpulas de los mausoleos solitarios.

Para el turco, cada uno de estos pájaros tiene un sentido raro ó una virtud benigna; las tórtolas protejen los amores; las golondrinas conjuran los incendios de las casas donde cuelgan su nido; las cigüeñas hacen cada año una peregrinacion á la Meca; los halcones llevan al paraíso el alma de los fieles. Casi se les protege y alimenta por gratitud y religion, y se les festeja dentro de las casas, en el mar y entre los sepulcros. Por todás partes de Stambul se ve uno circundado por gritos sonoros, que esparcen por la ciudad la alegría del campo y refrescan continuamente en el alma el sentimiento de la Naturaleza.

LOS RECUERDOS.

En ninguna otra ciudad de Europa, los sitios y monumentos legendarios ó históricos conmueven tan vivamente la fantasía como en Stambul, porque en ninguna otra ciudad se recuerdan acontecimientos tan recientes, y al propio tiempo tan fantásticos.

En otro sitio, para encontrar la poesía de pasadas memorias, es preciso volver atrás con el pensamiento algunos siglos; en Stambul, basta retroceder bien pocos años. La leyenda, ó lo que tiene naturaleza y eficacia de leyenda, data de ayer.

Hace pocos años que en la plaza del Et-Meidan fué consumada la fabulosa hecatombe de los genizaros; no hace muchos que el mar de Mármara arrojó sobre la ribera de los jardines imperiales los veinte sacos que encerraban las bellas de Mustafá; que en el castillo de las Siete Torres fué degollada la familia de Brancovano; que dos *capigi-basci* cogían por los brazos á los Embajado-

res europeos, con suma alegría del Gran Señor, del cual no aparecía sino la mitad del rostro, alumbrado por una luz misteriosa; y que entre los muros del antiguo Serrallo, cesó aquella vida tan extrañamente intercalada de amores, de horrores y de locura, que parece inmensamente alejada de nosotros.

Paseando por Stambul con estos pensamientos, se experimenta cierto sentimiento de estupor al ver la ciudad casi quieta, casi sonriendo de vegetación y de colores.

—¡Ah, pérfida!—se diría—¿qué has hecho de aquellos montes de cabezas y de aquellos lagos de sangre? ¿Es posible que todo esté tan bien escondido y lavado que no se encuentre la huella? Sobre el Bósforo, frente á la Torre de Leandro, que surge del agua cual monumento de amor, bajo los muros de los jardines del Serrallo, se ve todavía el plano inclinado por el cual se hacia rodar hasta el mar á las odaliscas infieles; en medio del *At-meidan* (1), la columna serpentina conserva todavía la huella del sablazo famoso de Mahomet el Conquistador; sobre el puente de Mahomet se señala todavía el lugar donde el fogoso Sultan mató con un hacha al dervis temerario que le arrojó en cara el anatema; en la cisterna de la anti-

(1) *At-meidan* ó *Et-meidan*, por ser la *a* y la *e* la misma vocal en árabe.

gua iglesia de Balukli, existen todavía los milagrosos peces que vaticinaron la caída de la ciudad de los Paleólogos; bajo los árboles de las Aguas Dulces del Asia, se señalan todavía las cuevas donde una Sultana disoluta imponía á los favoritos de un instante, un amor que terminaba con la muerte.

Todas las puertas, todas las torres, todas las mezquitas, todas las plazas, recuerdan un prodigio, un estrago, un misterio, una proeza del Gran Sultan ó un capricho de la Sultana; todo tiene su leyenda, y casi por todas partes los objetos vecinos, las vistas lejanas, el olor del aire y el silencio, concurren á llevar la imaginación del extranjero que se sumerge en aquellos recuerdos, fuera de su siglo, de la ciudad de hoy y de sí mismo: tanto, que ocurre á menudo en Stambul acudir de improviso una idea extraña, la de volver al hotel... ¿Cómo—piensa uno—hay aquí hoteles?



SEMEJANZAS Y ANALOGÍAS.

Durante los primeros días, recientes como tenía las lecturas orientales, hallaba en todas partes personajes famosos de la historia y de la leyenda; y la figura que me los recordaba, se parecía algunas veces tan fielmente á la que me había representado en la imaginacion, que me veía obligado á detenerme para contemplarla.

En cuántas ocasiones he cogido por el brazo á mi amigo, y señalándole una persona que pasaba, le decia:—¡Es él! ¡Vive Dios! ¡No lo reconoces?

En la plazuela de la Sultana Validé, he visto muchas veces al turco gigante que desde los muros de Nicea, echaba los ladrillos sobre las cabezas de los soldados de Bullon; reconocí delante de una mezquita á Umu-Chiemil, la vieja de la Meca, que arrancaba las ortigas delante de la casa de Mahoma; he encontrado en el bazar de los librerros, con un volúmen bajo el brazo, á Digiemal-Eddin, el gran docto de Brussa, que sabia de memoria todo el diccionario árabe; he pasado al lado de Aiscié, la esposa predilecta del Profeta, que clavó en mi cara sus ojos, lucentes y húmedos

como la estrella en el pozo; he contemplado en el At-Meidan la famosa belleza de la pobre griega, muerta al pié de la columna serpentina por una bala de los cañones de Orban; me he tropezado cara á cara, á la vuelta de una callejuela del Fanar, con Kara-Abderraman, el más bello jóven turco de los tiempos de Orkan; he reconocido á Coswa, la camella de Mahoma; he hallado á *Karabulut*, el caballo negro de Selím; he visto al pobre poeta, Figani, condenado á pasear por Stambul atado á un asno, por haber herido con un dístico insolente al Gran Visir de Ibrahim; he encontrado en un café á Soliman el Gordo, el almirante monstruoso que cuatro esclavos robustos podian apenas levantar del divan; á Alí, el Gran Visir, que no encontró en toda Arabia un caballo que le sostuviera; á Mahmud-Bajá, el Hércules feroz que destrozó al hijo de Soliman, y al estúpido Amed II, que repetia continuamente:— ¡Kosc, kosc!— ¡Vá bien, vá bien!—acurrucado ante la puerta del bazar de los coperos, junto á la plaza de Bayaceto.

Todos los personajes de *Las mil y una noches*, los Aladinos, las Zobeidas, los Sindbad, las Gulnaras, los viejos mercaderes judíos poseedores de los tapices hechizados y de las lámparas maravillosas, desfilaban ante mí como una procesion de fantasmas.

LA MANERA DE VESTIR.

Este es verdaderamente el período de tiempo mejor para ver la poblacion musulmana de Constantinopla, porque en el siglo pasado era demasiado uniforme y será probablemente más uniforme en el siglo venidero.

Ahora se coje aquel pueblo en el acto de su trasformacion y por esto presenta una variedad maravillosa. El progreso de los reformadores, la resistencia de los viejos turcos y la incertidumbre y transicion de la gran masa que ondea entre ambos extremos: ¡toda la fase, en suma, de la lucha entre la nueva y la vieja Turquía; están fielmente representadas por la variedad de los trajes!

El viejo turco, inflexible, lleva todavía el turbante, el caftan y el calzado tradicional de taflete amarillo; y los más obstinados entre los viejos, un turbante voluminoso.

El turco reformado usa una amplia levita ne-

gra abrochada bajo la barba, y pantalones oscuros con sus franjas, no conservando de turco más que el fez.

Conviene notar, empero, que los jóvenes más atrevidos se desabrochan ya la ancha levita negra, llevan chaleco abierto, calzones claros, corbata elegante, joyas, baston y flores en el ojal. Entre aquellos y éstos, entre el que lleva caftan (1) y el que usa levita, média un abismo; nada entre ellos hay de comun más que el nombre: son dos pueblos enteramente distintos.

El turco de turbante cree todavía, firmemente, que el puente Sirath pasa sobre el infierno, más sutil que un cabello y más afilado que una cimitarra; hace sus abluciones á la hora debida, y se retira al ponerse el sol. El turco de levita se rie del Profeta, se hace fotografiar, habla francés y pasa la noche en el teatro. Entre uno y otro, vienen los que titubean, de los cuales, algunos gastan todavía el turbante, pero pequeñísimo, de modo que podrían sustituirlo por el fez sin escándalo; otros llevan todavía el caftan, pero han inaugurado ya el fez; otros visten aún á la antigua, pero no llevan ni cinturon, ni babuchas, ni colores vistosos, y poco á poco iran cambiando el resto.

(1) Túnica ó ropon. El caftan es prenda de amistad que regalan los monarcas orientales.

Las mujeres, entretanto, conservan todas el antiguo velo y el manto que oculta las formas; pero el velo se ha hecho trasparente y deja entrever el sombrerillo con plumas, y el manto cubre un vestido cortado segun el último figurin llegado de París.

Cada año caen millares de caftanes y surgen millares de levitas; cada dia muere un viejo turco y nace un turco *reformado*. El periódico sucede al *tespi*; el cigarro, á la *chibuka* (1); el vino, á los cocimientos; la carretela, al *arabá*; la gramática francesa, á la gramática árabe; el piano, al *timbur* ó *timbal*; la casa de piedra, á la casa de madera.

Todo se altera, todo se trasforma.

Tal vez antes de un siglo, será preciso ir á buscar los restos de la antigua Turquía en el fondo de las más lejanas provincias del Asia Menor, como se vá á buscar los de la vieja España en los más remotos pueblos de Andalucía.

(1) Pipa oriental de larguísimo tubo.



CONSTANTINOPLA FUTURA.

Este pensamiento me asaltaba á menudo, contemplando á Constantinopla desde el puente de la Sultana Validé. ¿Qué será de esta ciudad dentro de uno ó dos siglos, aunque los turcos no hayan sido arrojados de Europa? ¡Ay de mí! El gran holocausto de la belleza á la civilizacion se habrá consumado ya.

Yo veo esta Constantinopla futura, esta Londres de Oriente, que levantará su amenazadora y triple majestad sobre las ruinas de la más risueña ciudad de la tierra. Las colinas serán desmontadas, los bosques talados, las casillas multicolores demolidas. El horizonte será cortado por todas partes por las extensas líneas rígidas de los palacios, de las casas de obreros y de los talleres, en medio á los cuales se erguirán millares de chimeneas altísimas, de oficinas y de piramidales remates de campanarios; largas calles, rectas y uniformes dividirán á Stambul en diez mil enormes parale-

lepípedos; los hilos del telégrafo se cruzarán como inmensa tela de araña sobre la cabeza de la ciudad rumorosa; sobre el puente de la Sultana Validé, no se verá más que un torrente negro de sombreros de copa y de hongos; la colina misteriosa del Serrallo se convertirá en jardín zoológico; el castillo de las Siete Torres, en presidio; el Ebdomón, en museo de historia natural; todo será sólido, geométrico, útil, gris y oscuro, é inmensa nube confusa velará perpétuamente el bello cielo de Tracia, al que no se levantarán ni ardientes oraciones, ni ojos enamorados, ni cantos de poeta...

Cuando esta imagen se me presenta, siento un estremecimiento en el corazón, pero después me consuelo pensando:—Quién sabe si alguna esposa italiana del siglo XXI, viniendo aquí durante su viaje de novia, exclamará alguna vez:— «¡Qué lástima! ¡Qué lástima que Constantinopla no sea ahora como la describe aquel viejo libro ajado, del año mil ochocientos ochenta y tres, que encontré por casualidad en el fondo del armario de mi abuela!»

LOS PERROS.

Y entonces habrá desaparecido también de Constantinopla una de sus curiosidades más curiosas: los perros.

Aquí quiero dejar correr un poco la pluma, porque el argumento lo merece.

Constantinopla es una inmensa perrera: todos se penetran de ello apenas llegan.

Los perros constituyen una segunda población de la ciudad, ménos numerosa, pero no ménos extraña que la primera.

Todos saben cuánto los aman y les protegen los turcos. No he podido averiguar si lo hacen por el sentimiento de caridad que recomienda el Corán, aún hacia las bestias, ó porque les creen como á ciertos pájaros, mensajeros de la fortuna, ó porque los amaba el Profeta, ó porque, según lo consignan sus sagradas leyendas, Mahomet el Conquistador venia seguido de un crecido estado mayor canino, que entró triunfante con él por la brecha de la puerta de San Roman.

El hecho es que les tienen simpatía, que muchos turcos dejan en su testamento sumas de consideración para su alimento, y que cuando el Sultan Abdul-Mejid les hizo llevar todos á la isla de Mármara, el pueblo murmuró, y cuando volvieron, los recibió con fiestas, y el gobierno, por no provocar conflictos, los dejó en paz para siempre.

Pero como el perro, según el Coran, es un animal inmundado, y todo turco hospedándolo creería contaminar la casa, ninguno de los innumerables perros de Constantinopla tiene dueño.

Forman todos juntos una gran república de vagabundos liberales, sin collar, sin nombre, sin oficio, sin casa y sin leyes. Todo lo hacen en la calle; allí escavan pequeños hoyos, allí duermen, allí comen, allí se esconden, allí crían á sus hijos y allí mueren; y nadie, al ménos en Stambul, les estorba en sus ocupaciones y en su reposo. Son los dueños de la vía pública.

En nuestras poblaciones, es el perro el que se aparta para dejar pasar á los caballos y á la gente. Aquí es la gente, son los caballos, los camellos, los asnos, los que dan una gran vuelta para no pisar á los perros.

En los sitios más frecuentados de Stambul, cuatro ó cinco perros echados y dormidos en el centro de la calle, hacen girar á su alrededor, por espacio de medio día, á toda la población de un barrio. Y lo propio sucede en Pera y Galata, aun-

que aquí ya no se les deja en paz por respeto, sino porque son tantos, que á quererlos separar de debajo de los piés, era preciso no hacer otra cosa que ir dando puntapiés y repartiendo palos desde que uno sale hasta que vuelve á casa.

A duras penas se mueven, cuando en medio de la calle ven llegar en dirección á ellos una carroza que vá como el viento y no tiene tiempo para desviarse. Entonces se levantan, pero no antes del último momento, cuando tienen los cascos del caballo á un dedo de la cabeza, y trasportan pausadamente su pereza, cuatro dedos más lejos; lo estrictamente necesario para salvar la vida.

La pereza es el rasgo canino característico de estos animales en Constantinopla. Se acurrucan en medio de la calle, cinco, seis, diez, en fila ó en círculo, amontonados de manera que no parecen bestias, sino montón de estiércol, y allí pasan durmiendo el día entero, entre un vaiven continuo y un estrépito ensordecedor, y ni el agua, ni el sol, ni el frío, les despierta.

Cuando nieva, continúan bajo la nieve; cuando llueve, quedan sumergidos en el barro, hasta que les cubre la cabeza; tanto, que después al levantarse parecen perros rebozados en fango y no se les distingue, ni ojos, ni orejas, ni hocico.

En Pera y en Galata son, sin embargo, ménos indolentes que en Stambul, porque encuentran con ménos facilidad la comida. En Stambul

están á pension, en Pera y Galata comen á la *carta*. Son las escobas vivientes de la calle.

Lo que rechazan los cerdos, para ellos es golosina; fuera de las piedras, comen todo y apenas tienen el cuerpo repleto lo bastante para no morir, vuelven á hacer la rosca en el suelo y á dormirse hasta tanto que el hambre los despierta nuevamente.

Duermen casi siempre en el mismo sitio. La poblacion canina de Constantinopla está dividida por cuarteles como la poblacion humana. Cada barrio, cada calle, está habitada, ó mejor, es poseida por cierto número de perros, parientes y amigos que no se alejan nunca y no dejan penetrar á los forasteros. Ejercen una especie de servicio de policía. Tienen su cuerpo de guardia, sus puestos avanzados, sus centinelas; hacen rondas y exploraciones. ¡Ay, si un perro de otro barrio se arriesga en los dominios de sus vecinos! Una turba de perrazos incomodados cae sobre él, y si lo coje, dá fin á su vida: si no puede cojerlo, le sigue rabiosamente hasta el confin del barrio. Hasta el confin tan solo, pero nunca más allá: el país enemigo es casi siempre temido y respetado.

No puede formarse una idea de las batallas y de los desórdenes á que dá lugar un hueso, una *bella* ó una violacion del territorio. A cada paso se ve un tropel de perros liarse furiosamente en intrincado y confuso grupo y desaparecer entre

nubes de polvo, lanzando ladridos capaces de lastimar los oidos á un sordo; despues, el grupo se disuelve, y á través de la polvareda, se ven extendidas sobre el terreno las víctimas de la colision.

Amores, celos, duelos, sangre, piernas rotas y orejas heridas, son la ocupacion de cada instante. A veces se revuelven tanto y hacen tales diabluras ante una tienda, que el comerciante y los dependientes se ven obligados á armarse de trancas y de sillas y á hacer una salida militar en toda regla para limpiar la calle, construyendo una barricada; y entonces se sienten resonar cabezas, espaldas y barrigas y ladridos que lleva el viento á largas distancias.

En Pera y en Galata en especial, aquellas pobres bestias son tan desgraciadas, están tan habituadas á recibir golpes, que cada vez que ven un palo, solo al sentir chocar sobre el empedrado un baston ó una sombrilla, escapan ó se preparan para escapar; y aun cuando parezca que duermen, tienen casi siempre un ojo entreabierto, un punto imperceptible de pupila con el cual siguen atentamente durante un cuarto de hora, y á cualquier distancia, todos los más ligeros movimientos de cualquier objeto que tenga apariencias de baston. Y están tan poco acostumbrados á tratamientos humanos, que basta, al pasar, acariciar á uno, para que otros diez acendan saltando, gruñendo y

moviendo la cola, y acompañen al protector generoso al extremo de la calle con los ojos resplandecientes de gozo y de gratitud.

La condicion de un perro de Pera ó Galata es peor, sin duda, que la de una araña en Holanda, que es el sér más perseguido de todo el reino animal. No se puede, al verlas, dejar de creer que existan para ellas compensaciones despues de la muerte.

Esto, como tantas otras cosas en Constantinopla, me trae una reminiscencia histórica que encierra amarga ironía: ¡ah, los perros de las cacerías famosas de Bayaceto, corrían por las florestas imperiales del Olimpo, con gualdrapas de púrpura y collares de perlas! ¡Qué diversidad de condiciones sociales! Su suerte infeliz depende en parte de su fealdad.

Son casi todos perros de la raza del mastin ó de los perros-lobos, y tienen algo del lobo y de la zorra; ó mejor dicho, no tienen nada de ellos. Son productos horribles de cruzamientos fortuitos, pintados de colores chillones, de la altura del perro llamado perro de carnicero, y tan flacos, que se pueden contar sus costillas á veinte pasos.

La mayor parte, además de su delgadez, están reducidos por las luchas á tal estado, que si no se les viese caminar, se tomarían por carcamales de perros martirizados.

Véanse algunos rabones, con las orejas corta-

das, con el lomo pelado, con el cuello lleno de cicatrices, tuertos, ciegos, zambos de dos patas, cubiertos de usagre y devorados por las moscas; reducidos al último término á que puede verse reducido un perro viviente: ¡vera efigie del hambre, de la guerra y de la Vénus vagabunda!

La cola puede decirse que es prenda de lujo; rarísimos perros de Constantinopla la conservan entera más de dos meses de vida pública. ¡Pobres bestias! despertarían compasion en un corazón de piedra; sin embargo, se ven algunas veces cortados y dibujados de tan extraña manera, caminar con ciertos movimientos oscilantes, tan abandonados, con cierta vacilacion tan grotesca, que no se puede contener la risa.

Y no es el hambre, ni la guerra, ni los golpes su peor castigo; estriba en el uso cruel, inventado de algún tiempo á esta parte en Galata y Pera. A menudo por la noche los pacíficos peranos se despiertan en su lecho por endiablados ladridos, y asomándose á las ventanas, ven en la calle espantosa danza de perros que dan saltos altísimos y se revuelven furiosamente y se pegan cabezadas contra las paredes; por la mañana, la calle está cubierta de cadáveres. Es el doctor ó el boticario del barrio, que teniendo la costumbre de estudiar de noche, y no queriendo ser estorbado por los perros, se procuran una semana de silencio con una distribucion de estriecinina.

Esta y otras razones hacen que el número de los perros disminuya continuamente en Pera y Galata. Pero ¿qué importa? En tanto, en Stambul crecen y se multiplican, hasta que no encontrando bastante alimento en la ciudad turca, emigran poco á poco á la otra ribera y reemplazan en la familia exterminada todas las bajas que han hecho las batallas, la carestía y el veneno.

LOS EUNUCOS.

Pero hay otros seres en Constantinopla más dignos de compasion que los perros: los eunucos.

Los eunucos, introducidos entre los turcos, á pesar de los terminantes preceptos del Coran que condena esta infame degradacion de la naturaleza, subsisten aún contra leyes recientes prohibitivas de su tráfico, por ser más fuerte que la ley la inícuca avidez de dinero que hace cometer el delito y el despiadado egoismo que se aprovecha de la inícuca obra.

Estos-desgraciados se encuentran á cada paso en las calles, de igual suerte que se les halla en cada página de la historia. En el fondo de cada cuadro histórico de Turquía, campea una de estas figuras siniestras con la hoja de un puñal en la mano, durante las conjuraciones, ó cubierto de oro, ó bañado en sangre, víctima ó favorito ó verdugo oculto y formidable, de pié, á la sombra del trono como un espectro, ó asomado á las rendijas de puertas misteriosas.

Esta y otras razones hacen que el número de los perros disminuya continuamente en Pera y Galata. Pero ¿qué importa? En tanto, en Stambul crecen y se multiplican, hasta que no encontrando bastante alimento en la ciudad turca, emigran poco á poco á la otra ribera y reemplazan en la familia exterminada todas las bajas que han hecho las batallas, la carestía y el veneno.

LOS EUNUCOS.

Pero hay otros seres en Constantinopla más dignos de compasion que los perros: los eunucos.

Los eunucos, introducidos entre los turcos, á pesar de los terminantes preceptos del Coran que condena esta infame degradacion de la naturaleza, subsisten aún contra leyes recientes prohibitivas de su tráfico, por ser más fuerte que la ley la inícuca avidez de dinero que hace cometer el delito y el despiadado egoismo que se aprovecha de la inícuca obra.

Estos-desgraciados se encuentran á cada paso en las calles, de igual suerte que se les halla en cada página de la historia. En el fondo de cada cuadro histórico de Turquía, campea una de estas figuras siniestras con la hoja de un puñal en la mano, durante las conjuraciones, ó cubierto de oro, ó bañado en sangre, víctima ó favorito ó verdugo oculto y formidable, de pié, á la sombra del trono como un espectro, ó asomado á las rendijas de puertas misteriosas.

Así por Constantinopla, en medio de la afanosa multitud de los bazares ó entre la muchedumbre alegre de las Aguas Dulces, entre las columnas de las mezquitas, al lado de los carruajes, en los piróscafos, en los cáiques, en todas las fiestas, se ven estas larvas de hombre, estas figuras dolorosas que proyectan lúgubre mancha en los risueños cuadros de la vida oriental.

Menguada la omnipotencia de la córte, ha disminuido la importancia política de los eunucos; de igual manera que relajándose los celos orientales, se ha amenguado su importancia privada en las casas particulares. Las ventajas de su estado han decaído mucho por tanto. No encuentran ya sino difícilmente compensación á su desventura, con las riquezas y el predominio de otros tiempos.

Ya no se encuentran aquellos Gaznefer Agá que consentían en ser mutilados para llegar á la jefatura de los eunucos blancos: todos ahora son ciertamente víctimas sin consuelo: comprados ó robados de niño en Abisinia ó en Siria, sobreviven de cada tres uno á la infame cuchilla, y vendidos para escarnio y vergüenza de la ley, vienen burlándola á Turquía, con una hipocresía secreta, infinitamente más odiosa que el mercado público.

No hay necesidad de que se nos señale á estos infelices: se les reconoce á la simple vista.

Son casi todos altos, gordos, flojos, con la cara imberbe y envejecida, cortos de busto, largos de piernas y de brazos. Llevan fez en la cabeza, largo leviton oscuro, calzones á la europea y un zurriago de cuero de hipopótamo, que es la insignia de su oficio.

Andan echando el paso largo y balanceándose como niños grandes que empiezan á aprender á andar.

Acompañan á las señoras, á pié ó á caballo, delante ó detrás de los coches, bien solos ó bien por parejas, revolviendo la vista de uno á otro lado, siempre alerta y mirando con ojo vigilante la más insignificante mirada ó el más insignificante acto irreverente del que pasa, inyectándose de sangre por la cólera aquellos globos sin expresión por lo regular de su fisonomía, y que produce en el mirado un efecto de pavor y repugnancia indecibles.

Excepcion hecha de estos casos, el semblante del eunuco no dice absolutamente nada ó no expresa otra cosa que infinito tedio. No me acuerdo haber visto reír á ninguno.

Los hay muy jóvenes que parecen tener cincuenta años; viejos que pueden pasar por adolescentes envejecidos en un día; muchos redondos, lúcidos, que semejan bestias cebadas adrede; todos vestidos de paño fino, limpios y perfumados como damiselas vanidosas: ¡y hay desalmados que al

pasar al lado de estos infelices los miran y se ríen! Creen, sin duda, que siendo lo que son desde la infancia, ignoran el alcance de su desventura; cuando por el contrario, demasiado la comprenden, la sienten y la lamentan: aunque no la supiesen, ¿cómo podrían dudar de ella?

Pues qué, no pertenecer á ningun sexo, no ser más que una imagen de hombre, vivir en medio de los que lo son y considerarse, sin embargo, separados de los mismos por un abismo infranqueable; sentir estremecerse la vida á su alrededor como un mar, debiendo permanecer en medio de las olas inmóviles y solitarios como escollos; experimentar los propios pensamientos y los sentimientos propios apretados en círculo de hierro, que jamás virtud humana podrá romper; tener perpétuamente ante la vista el espectáculo de felicidad al cual todo tiende, en rededor del cual todo gira, con cuyo color se ilumina todo, y tener conciencia de que se está inmensamente alejado de aquella felicidad misma, arrastrando la mísera existencia en la oscuridad, en el vacío, como criaturas maldecidas por Dios; aún más, ser los custodios de esa felicidad irritante, los guardianes y la barrera que el hombre celoso coloca entre el mundo y sus placeres, cerrojo con que el dueño asegura su puerta, manto, ó mejor dicho, andrajó con que cubre sus tesoros; vivir entre perfumes, en medio de las seducciones, de la juventud, de la

belleza, con la vergüenza en la frente, la rabia en el alma, despreciados, escarnecidos, sin nombre, sin familia, sin madre, sin recuerdos afectuosos, segregados de la humanidad y de la naturaleza!!!...

¡Ah! ¡Debe ser un tormento que la mente humana no puede comprender, semejante al de tener un puñal eternamente clavado en el corazón!

¡Y esta infamia se soporta todavía, paseando por las calles de una ciudad europea estos infelices que viven en medio de los hombres sin aullar, sin morder y sin matar á la cobarde humanidad que los mira sin avergonzarse y sin llorar al propio tiempo, mientras que mantiene ó funda asociaciones internacionales para la protección de los gatos y de los perros!

La vida de los eunucos se reduce á continuado suplicio.

Cuando las mujeres no los encuentran propicios para sus intrigas, los ódian como á espías y carceleros, y los torturan con crueles coqueterías, hasta hacerles perder el juicio ó ponerlos locos furiosos, como sucedía con el eunuco negro de las *Cartas Persas*, cuando colocaba en el baño á su señora.

El sarcasmo los rodea: llevan nombres de perfumes y de flores, aludiendo á las mujeres que custodian, y así se llaman *poseedores de jacintos, guardianes de lirios, custodios de rosas y de violetas*. Y á veces, ¡pobres! aman los desventurados!

Porque en ellos lo que se ha logrado extinguir con la horrible mutilacion, no son las causas, sino los efectos de las pasiones. Tanto, que experimentan los celos y lloran lágrimas de sangre. Y á veces, cuando una mirada provocativa ó una palabra procáz se les dirige por cualquiera de sus dueñas, apercibiéndose de que son correspondidos en su monstruoso amor, pierden la razon y se hieren y golpean cruelmente.

En tiempo de la guerra de Crimea, un eunuco dió un latigazo en la cara á cierto oficial francés, y éste le partió el cráneo de un sablazo. El motivo de la cuestion fueron los celos. ¿Quién puede explicar sus sufrimientos, la desolacion que les produce la belleza, los extragos que les causa la alegría del prógimo, los estremecimientos nerviosos originados por una sonrisa de mujer... y ¡cuántas veces al sonar en sus oidos el chasquido de un beso, la mano del eunuco aferra instintivamente el mango del puñal!

¿Qué extraño, pues, que en el vacío inmenso en que late el corazón de estos infelices surjan las frías y negras pasiones del odio, la ambicion y la venganza? ¿Qué ha de ser extraño verlos crecer y desarrollarse, áeres de carácter, duros de condicion, mordaces de palabra, pusilánimes, feroces y mezquinos? ¿Cómo podrán sentir la adhesion sino bestialmente, la traicion sin astúcia, el poderío sin despotismo, vengándose por todos los modos

imaginables de la afrenta que en sus personas se hizo á la naturaleza?

Y por más que la tristeza sea estado habitual, acaso por lo mismo, perpétramente sienten la necesidad de la mujer; y ya que no les es dable satisfacer este deseo de su corazón en calidad de amantes, la buscan en calidad de amiga. Y se casan, y eligen mujeres en cinta, como Sunbullú, el gran eunuco de Ibraim-I, con objeto de tener un niño á quien amar; y establecen un haren de vírgenes, como el gran eunuco de Ahmed II, á fin de gozar al ménos del espectáculo de la belleza y de la gracia, la acogida afectuosa y la ilusion del amor; adoptan una hija para contar con el seno cariñoso de mujer sobre el cual reclinar la frente en los angustiosos días de su vejez; por no morir ignorando en qué consiste la caricia femenil, buscando el eco de voz amorosa en los últimos años de la existencia, despues de haber comprendido durante tanto tiempo el acerado filo del desprecio y de la burla en mitad del corazón. Y no son raros los ejemplos de los que enriquecidos en la córte ó en casas importantes donde ejercen, al par que su oficio, el de intendentes, adquieren una bella quinta en el Bósforo, procurándose en la ancianidad el olvido de la propia desventura entre los placeres de las fiestas y de los banquetes...

Entre las muchas cosas que me relataron concernientes á estos infelices, una se me quedó impresa con huellas indelebles en la memoria: me la contó cierto médico de Pera.

Refutando los argumentos relativos á que los eunucos nada sienten, me refirió lo siguiente:

—Una tarde salía de la casa de Tal, rico musulman, adonde habia ido para visitar por tercera vez á una de sus cuatro mujeres, enferma del corazon.—Al salir, como al entrar, me habia acompañado un eunuco, gritando las palabras de ordenanza: «¡Mujeres, retiraos!»—advirtiendo á esclavos y señoras que un hombre penetraba en el haren, del cual no debían dejarse ver.—Cuando estuve en el patio, el eunuco me dejó, y me dirigí solo hácia la puerta. En el momento de ir á abrir, sentí que me tocaban en el hombro, y al volverme me encontré frente á frente de otro eunuco, cuya hermosa é interesantísima figura se dibujaba con toda perfeccion entre el claro oscuro del crepúsculo. Era un real mozo, de diez y ocho á veinte años, de simpático y atractivo aspecto, y que me miraba fijo, con el rostro abismado en profundísima tristeza y con los ojos preñados de lágrimas. Despues de un instante de contemplacion, en el que pude leer el poema de la eterna melancolía de un alma enferma, le pregunté en tono insinuante y dulce, qué queria. Titubeó, se repuso,

volvió á vacilar, y luego, apoderándose de una mano mía, con inexplicable afliccion, exclamó apretándome la diestra entre sus dedos, convulsivamente:—«¡Doctor, doctor! Tú, que sabes remedios para todos y cada uno de los males, ¿no sabrías uno para el mio?»

Soy incapaz de describir—añadió el médico—lo que por mí pasó, ni el efecto que produjeron aquellas palabras en el fondo de mi conciencia; quise responder algo; me faltó la voz, apagándose en mi garganta, y no sabiendo qué partido tomar, lo rechacé con la mayor dulzura y suavidad que pude, y me precipité bruscamente abriendo la puerta de la habitacion adonde me dirigía... Pero toda aquella noche y muchas más, y luego más dias y otros y otros, no pensé sino en el llanto del eunuco, debiendo violentarme á cada instante para que las lágrimas no se derramaran de mis ojos con igual amargura que asomaron á los del lindo jóven de los diez y ocho ó veinte años...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



¡Oh, filántropos, publicistas, ministros, embajadores, y vosotros, señores diputados en el Parlamento de Stambul, senadores de la mediana luna, todos alzad la voz en nombre de Dios y de la humanidad, á fin de que esta sangrienta ignominia, esta horrenda mancha del honor, este borron infame del género humano desaparezca, y que en el siglo XX no quede de él sino la memoria de su iniquidad, más dolorosa que la de la terrible carnicería de Bulgaria!

EL EJÉRCITO.

Aunque ya sabia yo antes de llegar á Constantinopla que no encontraría ni rastros siquiera de los magníficos ejércitos de tiempos antiguos, sin embargo, apenas llegué, busqué con vivísima curiosidad los soldados: ¡mi perpétua simpatía!

Mas encontré la realidad mucho peor de lo que me figuraba.

En lugar de los antiguos uniformes, amplos, pintorescos y guerreros, hallé otros negros y ajustados, los encarnados pantalones, chaquetillas estrechas, galones de portero, cinturones de colegiala, y sobre todas las cabezas, desde la del Sultan á la de el último soldado, aquel deplorable fez que además de ser mezquino y pueril, especialmente sobre las testas de aquellos corpulentos musulmanes, es causa de infinitas oftalmías y hemiplejias.

El ejército turco no tiene la belleza, no ya propia de un ejército turco, sino ni aun la de un

¡Oh, filántropos, publicistas, ministros, embajadores, y vosotros, señores diputados en el Parlamento de Stambul, senadores de la mediana luna, todos alzad la voz en nombre de Dios y de la humanidad, á fin de que esta sangrienta ignominia, esta horrenda mancha del honor, este borron infame del género humano desaparezca, y que en el siglo XX no quede de él sino la memoria de su iniquidad, más dolorosa que la de la terrible carnicería de Bulgaria!

EL EJÉRCITO.

Aunque ya sabia yo antes de llegar á Constantinopla que no encontraría ni rastros siquiera de los magníficos ejércitos de tiempos antiguos, sin embargo, apenas llegué, busqué con vivísima curiosidad los soldados: ¡mi perpétua simpatía!

Mas encontré la realidad mucho peor de lo que me figuraba.

En lugar de los antiguos uniformes, amplos, pintorescos y guerreros, hallé otros negros y ajustados, los encarnados pantalones, chaquetillas estrechas, galones de portero, cinturones de colegiala, y sobre todas las cabezas, desde la del Sultan á la de el último soldado, aquel deplorable fez que además de ser mezquino y pueril, especialmente sobre las testas de aquellos corpulentos musulmanes, es causa de infinitas oftalmías y hemiplejias.

El ejército turco no tiene la belleza, no ya propia de un ejército turco, sino ni aun la de un

ejército europeo. Los soldados me parecieron tristes, disgustados de la profesion, y súcios; serán valientes, pero no son simpáticos. He visto sargentos y hasta oficiales sonarse las narices con los dedos en medio de la calle; guardias en el puente, donde está prohibido fumar, arrancar á un vice-cónsul el cigarro de la boca; á otro soldado le ví quitar á tres caballeros europeos el sombrero para darles á entender que en la mezquita de los dervís de Pera no se puede estar con el sombrero puesto. He sabido que basta alzar la voz en casos análogos para que cuando ménos se piense se le lleve á uno en brazos al cuerpo de guardia. Por todo lo cual comprenderán mis lectores que todo el tiempo que he permanecido en Constantinopla guardé profundísimo respeto á los soldados.

Pero dejé de maravillarme de sus maneras, cuando ví por mis propios ojos lo que son aquellas gentes antes de vestir el uniforme.

Observé, por ejemplo, pasando un dia por una calle de Scutari, un centenar de reclutas procedentes probablemente del interior del Asia Menor, que me dieron compasion y asco. Produjéronme el efecto de aquellos espantosos bandidos de Hassan el loco, que atravesaron Constantinopla hácia fines del siglo XVI para ir á morir bajo la metralla austriaca de la llanura de Pesth. Veo todavía aquellas caras siniestras, aquellos largos

tufos saliendo del fez, aquellos cuerpos semi-desnudos y pintados de arabescos, aquellos adornos salvajes, y huelo aún aquel hedor á serrallo de fieras que dejaron tras sí en la calle.

Cuando llegaron las primeras noticias de los estragos de Bulgaria, pensé inmediatamente en ellos.—Deben ser mis amigos de Scutari—dije para mi colete. Ellos, sin embargo, son la única imágen pintoresca que ha quedado en mi mente, de los soldados musulmanes.

¡Oh bellos ejércitos de Bayaceto, Soliman y Mahomet; quién os pudiese volver á admirar por un minuto desde lo alto de las murallas de Stambul, extendidos sobre las llanuras de Daud-Bajá!

Cada vez que pasaba ante la puerta triunfal de Adrianópolis, aquellas hermosas legiones se agolpaban á mi imaginacion cual vision luminosa y me detenía á contemplar la puerta esperando de un momento á otro ver aparecer al Bajá maestre de los cuarteles, heraldo de las huestes imperiales.

El Bajá (1) gran maestre de los cuarteles, en

(1) Bajá, antiguamente era el título de los altos dignatarios y generales de mar y tierra; hoy, solo designa simplemente autoridad.

efecto, marchaba á la cabeza del ejército con dos colas de caballo, insignia de su dignidad. Detrás de él se veía á lo lejos vivísimos resplandores. Eran ocho mil cucharas de cobre colocadas en los turbantes de ocho mil genizaros, en medio de las cuales ondeaban las plumas y brillaban las armaduras de los coroneles, seguidos de un tropel de siervos cargados de armas y vituallas. Tras los genizaros, iba un pequeño ejército de voluntarios y de pajes, con las vestas de seda, con las mallas de hierro, con los cascos resplandecientes, acompañados por una banda militar. Luego los artilleros, con los cañones uncidos por cadenas de hierro, y despues otro reducido ejército de Agás, chambelanes, soldados feudatarios, ginetes todos acorazados y empenachados, luciendo sus ricas vestiduras y sus figuras interesantes. Todo esto no constituía sino la vanguardia.

Sobre las cerradas huestes, tremolan estandartes de mil colores, ondean colas de caballo, entrechócanse lanzas, espadas, arcos, flechas, arcabuces, hasta el punto, que con dificultad se distinguen los rostros de los soldados, ennegrecidos por el sol de Pérsia y de Candía. Los discordantes sones de las trompas, los clarines, los tambores y atabales, la voz de los cantores que acompaña á los genizaros, el continuado retintin de las piezas y de las armaduras, el estrépito de los hierros y cadenas, los gritos de ¡Alá! se confunden en ale-

gre y al par estridente ruido, que desde el campo de Daud-Bajá viene hasta la otra orilla del Cuerno de Oro.

¡Ah, pintores y poetas que estudiásteis amorosamente el mundo oriental, para siempre jamás borrado, venid en mi auxilio á fin de resucitar bajo los viejos muros de Stambul el ejército entero fabuloso de Mahomet III!

La vanguardia ha pasado.

Avanza otro peloton fulgurante.

¿Es el Sultan? No, el Númen no ha salido aún probablemente del templo.

No es sino el cortejo del Visir favorito.

Son cuarenta Agás (1) vestidos de pieles de marta, que cabalgan cuarenta corceles con gualdrapas de terciopelo y freno de plata, seguidos de gran número de pajes y palafreneros pomposos, que conducen de la rienda otros cuarenta brutos enjaezados de oro y cargados de escudos, mazas y alfanges.

Se adelanta otro cortejo.

Todavía no es el Sultan. Son los miembros de la Cancillería del Estado, los grandes dignata-

(1) Agá, jefe superior de un cuerpo, ó con un mando especial.—Tratamiento tambien de distincion.

rios del Serrallo, el Gran Tesorero, á quienes acompaña gran banda militar y un torbellino de voluntarios con gorros encarnados que adornan alas de pintadas aves, vestidos de pieles de kolpak húngaros, y armados de largas lanzas, envueltas las astas en seda y guirnaldas de flores.

Otra oleada de caballos brota luego de la puerta de Adrinópolis. Tampoco es el Sultan todavía. Es el acompañamiento del gran Visir.

Le precede multitud de arcabuceros á caballo y de agás beneméritos del Gran Señor. Despues siguen cuarenta ginetes en medio de una floresta de mil y doscientas lanzas de bambú, empuñadas por sendos pages vestidos de color de naranja, y armados de arcos y flechas recamados de oro. Doscientos jóvenes divididos en seis escuadrones de otros tantos colores, en el centro de los cuales cabalgan gobernadores y parientes del primer ministro, á quienes siguen turbas de palafreneros, empleados, siervos, pages, agás y porta-estandartes, y el último el Kiaya, ministro del Interior, en medio de doce Sciaú, ejecutores de la justicia, cuyas huellas pisa la banda militar del gran Visir.

Otra muchedumbre desemboca nuevamente. ¿El Sultan? Aún no.

Es un torbellino de otros empleados espléndidamente vestidos y que constituyen la corte de

los jurisconsultos, de los molláh (1), de los mudderrí (2), y luego el montero mayor de las cacerías de halcon y de buitre, seguido de larga fila de caballeros que conducen en la silla los gatos pardos amaestrados para la caza, é interminable procesion de halconeros, escuderos, guardias, trompeteros y jaurías de perros con gualdrapas y collares llenos de piedras preciosas.

Aparece nuevo tropel de gentes.

Los espectadores hincan la rodilla.

¡Es el Sultan!

¡Todavía no es en realidad la cabeza del ejército, sino el corazón! El volcan del valor bélico, el area santa, el carro triunfal de los musulmanes, alrededor del cual se amontonarán los cadáveres y correrán torrentes de sangre, la bandera verde del Profeta, la enseña de las enseñas, arrancada de la mezquita del Sultan Ahmet, que tremola entre turba multa de dervises cubiertos de pieles de leon y de oso, en medio á gran corona de predicadores de aspecto inspirado, envueltos en mantos de piel de camello, y entre gentío de emires (3), descendientes de Mahoma,

(1) Doctor, sacerdote en las mezquitas. Ejercen cierta magistratura en Turquía.

(2) Doctor de rango entre los ulemas, encargado de enseñar el dogma y las leyes en las escuelas públicas otomanas.

(3) Emir, título que se dá aún hoy en Turquía, á los descendientes de Mahoma.

coronados por verdes turbantes, y que todos juntos levantan á su presencia un amenazador y siniestro *viva* y rugidos, plegarias, alaridos, oraciones y cantos!

Sale inmensa oleada de hombres y caballos.

Esperad... el Sultán no se deja ver.

Es un batallón de Sciaú que agitan sus plateados bastones para abrir paso al juez de Constantinopla, y al gran juez de Europa y Asia. Sus turbantes campean por encima de las más altas cabezas. Y hé ahí el Visir favorito, y el Visir Caimacan (1), cuyos turbantes sobrecargados de joyas y galoneados de oro, sobresalen también; luego siguen sus pasos todos los Visires del diván, ante los cuales ondean las colas de caballo, tintas de hennéh (2), colgadas de las puntas de las lanzas encarnadas y azules; y por último los jueces del ejército, é interminable cola de servidores vestidos de piel de leopardo, armados de varia manera, y pajes, armeros y vivanderos.

Otro mar de esplendor y colores anuncia nuevo cortejo.

¿Es ya el Sultán?

Todavía no; es otro gran Visir vestido con

(1) Alto funcionario turco, sustituto del Gran Visir.

(2) Género de plantas de la familia de las letrarieas que se cultiva especialmente en Egipto y que produce un tinte con que se pintan las uñas las turcas.

purpúreo caftán forrado de cebellina, rigiendo un caballo cubierto de acero y oro, y rodeado de un centenar de criados envueltos en jáiques rojos, y de un montón de altos dignatarios y de lugar-tenientes generales de los genízaros, distinguiéndose el muftí como cisne entre pavos reales, y detrás dos hileras de lanceros con coseletes dorados, otras dos de arqueros con penachos en forma de media luna, y palafrenes y palafreneros del Serrallo, árabes, turcomanes, persas, caramanianos con sillas de terciopelo, mantas de rico canutillo, riendas y galones dorados, planchas adamasquinadas, escudos, armas y atalajes resplandecientes de rubíes y esmeraldas, cerrando el paso dos camellos sagrados, que llevan uno el Corán y otro una reliquia de la Kaaba (1).

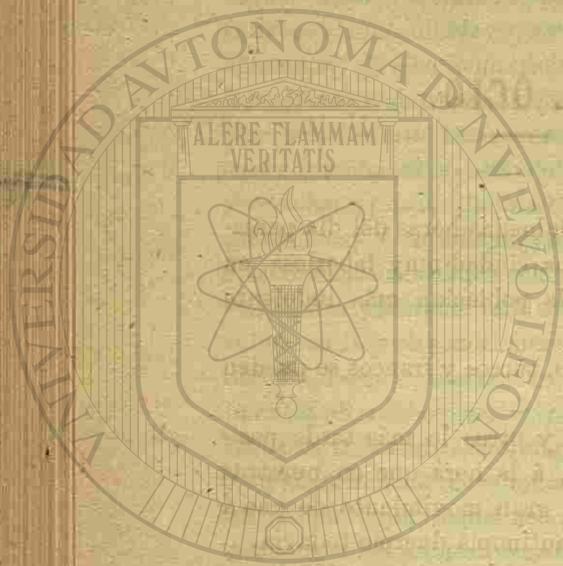
Terminado este acompañamiento, hiende los aires fragorosa música de trompas, clarines y atabales, huyen los espectadores, truena el cañón, y se precipita fuera de la puerta un regimiento de ginetes, cuyas cimitarras se agitan en molinete rápido, y hé aquí que en medio de espesa selva de lanzas, espadas y penachos, entre cascocs de plata y oro, sobre nubes de banderas y pendones y gallardetes de raso, adelanta el Sultán de los Sultanes, el rey de los reyes, el distribuidor de las

(1) Edificio venerando de los musulmanes y que se encuentra en la principal mezquita de la Meca.

coronas á los príncipes del mundo, la sombra de Dios en la tierra, el emperador y señor soberano del Mar Blanco y del Mar Negro, de la Rumelia y de la Anatolia, de las provincias de Sulkadr, del Diarbekir, del Kurdistan, de la Aderbigian, del Agiem, del Sciam, de Haleb, de Egipto, de la Meca, de Medina, de Jerusalem, de todas las comarcas de Arabia y del Yemen, y de todas las demás regiones conquistadas por sus gloriosos predecesores y augustos antepasados ó sometidas á su imperial majestad por la espada flamígera triunfadora. El cortejo solemne lentamente avanza, abriendo de cuando en cuando pequeños huecos, por entre los cuales se entreven los tres penachos llenos de brillantes y perlas del turbante del Dios, su cara pálida y grave, y el peto que relampaguea de rubíes, perlas, topacios, granates, zafiros, ópalos, diamantes y cuantas piedras preciosas existen en el mundo; el círculo se cierra, se estrecha, se oprime y se prolonga alargándose gran trecho, abatiéndose al suelo armas y cabezas á su paso, hasta que los aterrados espectadores alcanzan el frente cuando la vision se ha desvanecido.

Siguen al cortejo imperial á cierta distancia, oficiales de la corte, portadores del escabel ó alzapicés del Sultan, del sable, del turbante, del manto, de la cafetera de plata, de la cafetera de oro, y tras ellos otras hileras de pajes, y despues

otros pelotones de eunucos blancos, trescientos chambelanes á caballo, cien carrozas del haren con ruedas claveteadas de plata, parejas de bueyes con guirnaldas de flores, y caballos y más caballos que rodean legiones de eunucos negros, trescientas mulas con los bagajes y el tesoro de la corte, mil camellos cargados de agua, mil dromedarios cargados de víveres, un ejército de zapadores, armeros y operarios de Stambul, acompañados por grupos de bufones y de jugadores. Y por último, pasa el grueso del ejército combatiente; hordas de genizaros, huestes de silidar amarillos, compañías de azab encarnados, escuadrones de spahís con insignias rojas; ginetes extranjeros con estandartes blancos, cañones que vomitan pedazos de mármol y plomo, milicias feudatarias de los tres continentes, voluntarios salvajes de las extremas provincias del imperio...: en suma, nubes de banderas, selvas de penachos, torrentes de turbantes, avalanchas de hierro que van á lanzarse sobre Europa como una maldición de Dios, dejando tras sí un desierto salpicado de horrible carnicería, de humeantes restos y de pirámides de troncos destrozados.



DIRECCIÓN GENERAL

EL ÓCIO.

Aunque en determinadas horas del día parezca Constantinopla una ciudad muy laboriosa, en realidad es tal vez la población más indolente que darse puede.

Bajo este respecto, turcos y francos se pueden dar la mano.

Se levantan unos y otros lo más tarde posible. Aun en verano, á la hora que en nuestras ciudades se nota ya gran movimiento de uno á otro extremo, Constantinopla duerme todavía.

Antes que el sol esté muy alto, es difícil encontrar tiendas abiertas donde beber una taza de café. Albergues, oficinas, fondas, bazares, casas de banca, todo ronca alegremente y no se despertaría ni aun á cañonazos.

Júntese á esto los días de fiesta: el viernes de los turcos, el sábado de los hebreos, el domingo de los cristianos, los santos innumerables de los calendarios griegos y armenios observados escrupulosamente; fiestas todas que, si bien son par-

ciales, obligan á la ociosidad hasta á una parte de la poblacion extranjera. Y sumado lo anterior, se puede formar una idea aproximada de lo que es el trabajo en Constantinopla durante el trascurso de los siete dias de la semana.

Por esta ley hay establecimientos que no se encuentran abiertos más de noventa y seis horas al mes; es decir, veinticuatro horas á la semana, y unos cincuenta y dos dias al año.

Cada dia se ve á uno de los cinco pueblos de la gran ciudad, errante por las calles, vestido de fiesta, sin más idea que la de matar el tiempo; arte en el cual los turcos son maestros de primera fuerza.

Son capaces de hacer durar medio dia una taza de café de *un perro grande* y estar cinco horas inmóviles á los piés de un ciprés en un cementerio. Su ócio es verdaderamente el ócio absoluto, hermano de la muerte, como el sueño, reposo profundo de todas las facultades, suspension de todos los cuidados, modo de existencia enteramente desconocido para los europeos.

No quieren ni aun tener el pensamiento de pasear.

En Stambul, no hay paseos hechos expresamente al efecto, y si los hubiese, el turco jamás iría á ellos, porque el ir de propósito á determinado lugar para moverse, le parecería algo semejante al trabajo. Entra en el primer cementerio que en-

cuentra al paso, enfila la primera calle que tropieza, y sigue sin objeto hasta donde le llevan las piernas ó hasta donde le conducen los zig-zag de las sendas, ó donde lo arrastra el gentío.

Rara vez vá á un sitio para ver este sitio mismo. Así, por ejemplo, se dan casos de turcos que jamás fueron más allá de Kassim-Bajá; señores musulmanes que nunca llegaron á pasar las islas de los Príncipes donde vive un amigo, ni han atravesado el Bósforo donde poseen una quinta de su propiedad. El colmo de su felicidad lo hacen consistir en la inercia del cuerpo y del alma; por cuya razon, dejan á los inquietos cristianos las grandes industrias que reclaman asiduidad, actividad y viajes, limitándose ellos al comercio al pormenor, que puede ejercerse sentado y casi más con los ojos que con el pensamiento.

El trabajo, que entre nosotros es lo que regula y determina todas las demás ocupaciones de la vida, aquí está subordinado y relegado á ocupacion secundaria á las comodidades y á los placeres. Entre nosotros, el descanso no es sino una interrupcion del trabajo; aquí el trabajo no es sino una suspension del reposo. Lo principal estriba en conseguir á toda costa dormir, soñar, fumar el mayor número de horas posible; y despues en los retales de tiempo, en los retazos del dia, en el desperdicio de los minutos, hacer algo para ganar la vida.

El tiempo para los turcos, significa una cosa enteramente diversa de lo que significa para nosotros. La moneda denominada día, mes, año, según la opinión de los ingleses, carece de otro valor que el de la centésima parte del valor europeo. El menor tiempo que pide cualquier empleado de un ministerio turco para contestar una pregunta por insignificante que sea, es un par de semanas. La premura de acabar un asunto por el mero placer de acabarlo, no la comprenden los turcos. Desde los mozos de cordel, hasta las últimas categorías sociales, nunca se ve por las calles de Stambul, un turco caminando de prisa como quien vá á asuntos urgentes. Todos andan con la misma cadencia, como si mesurasen el paso al toque de un mismo tambor.

Para nosotros, la vida es torrente que se precipita; para ellos, agua estancada.

LA NOCHE.

Constantinopla es de día la ciudad más espléndida de Europa, y de noche la ciudad más tenebrosa del mundo.

Pocos faroles y á gran distancia los unos de los otros, rompen á duras penas la sombra en las calles principales; las otras están oscuras como boca de lobo, y no hay quien se arriesgue á cruzarlas sin una linterna en la mano. Por tal motivo, al cerrar la noche, la ciudad queda desierta y no se ven más que guardias nocturnas, grupos de pèrros, pecadoras furtivas, pelotones de jóvenes que desembocan en las calles saliendo de las cervecerías subterráneas, y linternas misteriosas que aparecen y desaparecen como fuegos fá-tuos por callejuelas y cementerios.

Entonces es preciso contemplar á Stambul desde los sitios altos de Pera y Galata.

Las innumerables ventanuchas iluminadas, los faroles de los barcos, los reflejos del Cuerno de Oro

y de las estrellas, forman á lo largo de un horizonte de cuatro millas, inmenso panorama de puntos de fuego, en el cual se confunden puerto, cielo y ciudad, con el aspecto de un solo vasto y único firmamento.

Y cuando el cielo se nubla y en reducido espacio luce espléndida la luna en el azul sereno, se observa sobre Stambul, que yace en la oscuridad, salpicada de manchas del negro intenso de bosques y jardines, blanquear las mezquitas imperiales á manera de infinitas tumbas de mármol, ofreciendo la ciudad la imagen de gran necrópolis de un pueblo de gigantes.

Pero es más bella y más solemne Constantinopla en las noches sin estrellas y sin luna, y en las horas en las cuales todas las luces están apagadas.

Entonces no se ve sino una ilimitada mancha negruzca desde el cabo del Serrallo al barrio Eyub, un perfil desmesurado en que las colinas semejan montañas, y las siluetas de las infinitas puntas que la coronan, toman aspecto fantástico de bosques, ejércitos, ruinas, castillos, rocas que hacen vagar la mente en la region de los sueños. En estas noches fúnebres, ¡cuán hermosa es la contemplacion de Stambul desde lo alto de un terrado, abandonándose uno á los impulsos de la propia fantasía! ¡Qué poético penetrar con el pensamiento en la ciudad tenebrosa, levantando las techumbres de aquellos millares de harenes iluminados

por luces que languidecen, viendo á las bellas favoritas que tripudian en loca danza, mientras lloran las abandonadas, y los eunucos estremeciéndose al sonido mágico del baile, que escuchan aplicando el oído á las rendijas de las puertas! ¡Cuán bello seguir con la idea á los amantes nocturnos entre las enrucijadas laberínticas de pendientes callejones, ó girar por las galerías silenciosas del Gran Bazar, ó pasearse por los vastos cementerios desiertos, perdiéndose en medio de innumerables columnas de las cisternas subterráneas! ¡O bien fantasear creyéndose uno encerrado en la gigantesca mezquita de Soliman, haciendo repercutir las oscuras naves con gritos horrorosos de pavora, arrancándose los cabellos é invocando la misericordia de Dios.

¡Pero qué locura! si estoy en la azotea de mi amigo Santoro, y me espera en la sala cuyo techo piso, una cena de sibarita, en compañía de la gente más agradable y amena que en Pera existe!



LA VIDA EN CONSTANTINOPLA.

En casa de mi buen amigo Santoro, reuníanse todas las noches muchos italianos, abogados, artistas, médicos, comerciantes, con los cuales pasé alegres horas.

¡Aquello sí que era conversacion!

Si hubiese sido taquígrafo, cada noche habría sacado de la tertulia un libro amenísimo.

El médico que había visitado un haren, el pintor que fué al Bósforo á retratar á un Bajá, el abogado que defendiera una causa ante los tribunales, el desocupado que había visto estrecharse el nudo de un amorcillo internacional... cada uno contaba sus aventuras, y cada cuento equivalía á graciosísimo boceto de costumbres orientales. A cada momento se escuchaban diálogos de esta índole.

Llegaba uno:

—¿Sabeis qué ha ocurrido esta mañana? El Sultan ha arrojado un tintero á la cabeza del ministro de Hacienda!

Llegaba otro:

—¿Habeis oido la gran nueva? El gobierno, despues de tres meses, ha pagado al fin los sueldos á los empleados, y Galata se halla inundada por un torrente de monedas de cobre!

Llegaba un tercero, y contaba que un turco presidente de un tribunal, irritado por las malas razones con las cuales cierto perverso abogado francés defendía una mala causa, le había dirigido el siguiente bello cumplido en presencia de todo el auditorio:

—Querido abogado, es inútil que te afanes tanto para hacer parecer buena tu causa; la... (y aquí había pronunciado con todas sus letras la palabra de Cambronne); por más que vuelvas y revuelvas tus argumentos, siempre será eso una... (y pronunció segunda vez la palabra aludida).

La conversacion, naturalmente, giraba de continuo en un campo geográfico enteramente nuevo para mí.

Con la misma frecuencia que entre nosotros se alude á personas y cosas de París, Viena ó Ginebra, se hablaba de personas y cosas de Tiflis, de Trebisonda, de Teheran, de Damasco, en todos cuyos puntos uno tenía un amigo, otro había estado algun tiempo, un tercero deseaba ir, y yo me encontraba en el centro de otro mundo á cuyo rededor divisaba novísimos horizontes. Y á veces pensaba con cierta amargura en el día en que de-

bía volver á entrar en el estrecho círculo de mi vida ordinaria. ¿Cómo podré acostumbrarme, decía para mí, á aquellos habituales razonamientos y á aquellos casos habituales? Y hé aquí un sentimiento comun á todos los europeos de Constantinopla. Para quien ha vivido aquella vida, cualquiera otra ha de resultar necesariamente descolorida y uniforme y monótona.

Es una vida más ligera, más fácil, más juvenil que la vida de cualquiera ciudad europea.

Pasar la existencia allí como acampado en país extranjero en medio de continua sucesion de acontecimientos extraños é imprevistos, acaba por infundir cierto sentimiento de la inestabilidad y futilidad de las cosas mundanas, que se asemeja mucho á la fé fatalista de los musulmanes y á una especie de serenidad inconsciente de aventurero.

La índole de aquel pueblo que vive, como dice un poeta, en una cierta familiaridad íntima con la muerte, considerando la vida como peregrinacion, durante la cual ni hay tiempo ni mete codicia para prefijarse grandes ideales ni grandes fines que conseguir tras largas fatigas; la índole, repito, de tal pueblo que de tal manera vive, se adhiere poco á poco al europeo mismo, y lo reduce á vivir al día hasta cierto punto, sin sondear los senos de su conciencia, y procurando hasta donde le es posible representar en el mundo el simple y

reposado papel de público. Tener que habérselas con pueblos tan diversos, debiendo pensar y hablar, acomodándose un tanto á la manera de ser de los demás, dá al espíritu tal ligereza y superficialidad en sus actividades, que lo hace revolotear por cima de muchos sentimientos é ideas, segun los cuales nosotros en nuestros países quisiéramos que se informase el mundo; y para obtenerlo, ó por no poderlo obtener, nos afanamos constantemente.

Por otra parte, la presencia del pueblo musulman, objeto contínuo de curiosidad y observacion, es espectáculo cotidiano que alegra la mente y la desvía de muchos pensamientos, de muchos cuidados y hasta de muchas preocupaciones.

Ayuda no poco á esto la forma de la ciudad; para lo cual no bastarían las nuestras, donde la mirada y el pensamiento casi siempre se aprisiona en las calles ó en angosto circuito, mientras que allí, á cada paso, ojos y mente hallan escapatoria, por cuyas salidas se esparcen en inmensas y risueñas lontananzas. Hay, en fin, ilimitada libertad concedida por la variedad grandísima de las costumbres, y de aquí que todo se puede hacer y nada llama la atención. La noticia de la cosa más extraña muere tan pronto como nace á la inmensa anarquía moral. Los europeos viven á la manera de repúblicas confederadas, donde se goza de una libertad análoga á la que se disfrutaría en cual-

quiera capital europea, en los primeros instantes de un cambio radicalísimo en el órden de cosas y de instituciones, ó como en un baile de máscaras interminable, ó en un perpétuo carnaval.

Por esto más que por la belleza, Constantino-pla es una ciudad en que no se puede habitar algun tiempo sin recordarla despues por toda la vida con un sentimiento de casi nostalgia. Por esto tambien los europeos la aman con entusiasmo y echan allí profundas raíces.

Y justo es en este sentido llamarla como la llaman los turcos «La hada de los mil amantes», ó decir con el proverbio *que quien ha bebido el agua de Top-hané, no tiene remedio, queda enamorado para toda la vida.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS ITALIANOS.

La colonia italiana es una de las más numerosas de Constantinopla, pero no de las más prósperas.

Cuenta pocos ricos, muchos miserables, obreros especialmente en su mayoría de la Italia meridional, que faltos de trabajo emigran, y figura á la cabeza (empezando por la cola) de las más mezquinamente representadas en la prensa, porque sus periódicos no hacen sino nacer y morir.

En mi tiempo se esperaba la aparición de *El Levantino*, y había aparecido en el ínterin un prospecto en que anunciaba los títulos académicos y los méritos particulares de su futuro director: setenta y siete en total, sin contar la modestia.

Es preciso pasear por la mañana en la calle de Pera, cuando las familias italianas van á misa,

para oír hablar todos los dialectos de Italia. Yo me divertía con esto, mas no siempre. A veces me inspiraban compasión tantos conciudadanos míos sin patria, muchos de los cuales arribaron allí Dios sabe por qué causas. Y al contemplar aquellos ancianos que acaso no volverían á ver la cara Italia; aquellos niños en cuyo espíritu el nombre amado de la madre patria no debía despertar sino la imagen confusa de un país querido y lejano; aquellas muchachas destinadas acaso á casarse con hombres de otra nación, creando familias en las que no quedaría de italiano despues de algun tiempo más que el nombre y la memoria de la madre, la piedad ocupaba el sitio de la diversion y de la alegría allá en el fondo de la conciencia.

Veía bellas genovesitas, que se me figuraban recién llegadas de los jardines de Acquasola, lindos rostros napolitanos, cabecitas caprichosas que me empeñaba en haber encontrado varias veces bajo los pórticos de Po, ó bajo la galería de Milan. ¡De buena gana las atara á todas con una cinta color de rosa, las embarcara en el primer buque que fuera con rumbo á Italia, y me las habría traído navegando á toda máquina!

Por curiosidad tampoco habría dejado de traerme, á ser posible, un modelo del italiano que se habla en Pera por los nacidos en el país, hijos de la colonia, especialmente de los de la tercera ó

cuarta generacion. ¡El académico de la Crusca (1) que lo oyese, se iba derecho á la cama con tercianas por lo ménos. El idioma que formarían mezclando su italiano un portero piamontés, un cacharrero lombardo y un demandadero romañolo, creo que sería una lengua ménos desdichada que la que se pronuncia á orillas del Cuerno de Oro! Se reduce á un italiano, no ya bastardo, lleno de excrecencias, de apéndices, sino compuesto en sin igual mixtura, de una mescolanza de varias otras lenguas y dialectos bastardeados á su vez de otras varias razas, naciones y pueblos!

Y lo curioso del caso es, que de cuando en cuando, entre los infinitos barbarismos que se oyen, se escuchan frases de los que poseen alguna cultura y educacion, escogidas, vocablos verdaderamente admirables y hasta ilustres, como v. gr. los *puote*, los *imperocche*, los *a ogni piè sospinto*, los *havvi*, los *puossi*, palabras todas que recuerdan la lectura de la Antología y los autores clásicos y selectos, con las cuales buscan y procuran muchos de nuestros compatriotas de los buenos tiempos, de vez en cuando llenarse la boca en el *celestial hablar de los toscanos*.

Y éstos, comparados con el resto, bien deben

(1) Academia de la Crusca, establecida en 1582 en Florencia con el fin de perfeccionar la lengua toscana.— A ella se debe un magnífico diccionario italiano, entre otros servicios literarios prestados á la patria.

reclamar para sí la fama de correctos hablistas, como dice Cesari refiriéndose á los otros. Los hay, de los que nos ocupan, que no se les entiende una sola palabra.

Cierto día me acompañaba el hijo de un amigo mio, jóven de diez y seis ó diez y siete años, el cual noté que se callaba muy buenas cosas por el camino. Íbamos no sé dónde. El caso es que viendo yo su obstinado silencio, y que se empeñaba en no contestar sino á medias palabras, por signos y ademanes y con alguna que otra frase de esas comunes, vulgares, y por decirlo así, estereotipadas, me decidí á preguntarle:

—Pero ¡qué tienes, que bajas la cabeza y se te sube el pavo á cada pregunta que te hago?—porque en efecto se ponía encarnado como la grana á cada interrogacion mia.

—¡Qué he de tener!—me contestó;—¡que hablo tan mal...!—y lanzó un suspiro.

A los pocos minutos me persuadí que rumiaba un italiano raro, original, cuajado de vocablos incomprensibles que guardaban cierta semejanza con el lenguaje denominado franco, que consiste, segun un escritor humorista francés, en un pisto de modismos y palabras italianas, españolas, francesas, griegas, que ni Dios (como dicen en España) las entiende, y que se vomitan rapidísimamente, empedrando con ellas la oracion, hasta que se convence el que habla de que su audito-

rio lo ha comprendido sobre poco más ó menos.

Mas la conviccion penetra en el sujeto bien pronto en Pera, donde casi todo el mundo, incluso los turcos, entienden algo el italiano. Pero esta... coleccion de... cosas, constituye realmente una lengua, si se puede llamar lengua, exclusivamente hablada, si se puede llamar hablada; porque ya advertirán mis lectores que tal jerga no se escribe: esto es, que por fortuna no conoce una *literatura*; no ha alcanzado todavia la madurez de ese período de las lenguas apellidado *literario* por los filólogos, cuando un idioma aborda la escritura, época reflexiva del lenguaje de los pueblos. ¡Oh, no, no existe esa literatura italiana! La lengua comunmente usada cuando se escribe, es el francés.

El único modelo de aquel género de que conservo memoria, se reduce á unos versillos en los cuales aludia el poeta en *italiano* á los céfiros, los suspiros y otras exhalaciones melancólicas en ocho renglones cortos debajo de las noticias de la Bolsa. Y estaba impresa aquella poesía (!) en un periodiquillo mercantil, mitad en francés y mitad en italiano, que se leía mucho en cierto café de Galata, donde concurrían los comerciantes.

¡Pobre númen! Se me antojó que lo veia á él en persona, sepulto entre un monton de fardos, expidiendo de su alma su último aliento!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

LOS TEATROS.

En Constantinopla, los que poseen estómago fuerte, pueden pasar la noche en el teatro, escogiendo el que mejor le plazca entre la canalla de los teatruchos de toda especie y condicion. Muchos son, al par que teatros, cervecerías y jardines, y en alguno que otro se encuentran compañías, ó mejor cuadrillas italianas, los cuales hacen desear al público con frecuencia que se convierta el patio en vasto mercado de frutas y hortalizas con que poder obsequiar á la tropa artística.

Los turcos concurren con preferencia á ciertos coliseos en los que actrices francesas cantan aires descocados y lucen su desfachatez, acompañadas de una orquesta que debiera estar en presidio.

Uno de estos templos del arte, en mi tiempo se apellidaba la Alhambra, sito en la calle Mayor de Pera, forrado de encarnado de arriba abajo, y lleno constantemente. Increíble parece que aquellas señoras se hiciesen comprender de los turcos.

Pero no lo es tanto, cuando se recuerdan los gestos, las actitudes, los ademanes, los modales y las cabriolas de que se servían sin pudor de ningún género y con objeto de acentuar toda la significación de los conceptos artísticos y poéticos (!). Únicamente los que hayan asistido á Capellanes en Madrid por los años de la revolución, durante el efímero reinado de D. Amadeo, podrán formarse una idea aproximada de la índole de estos espectáculos que nos ocupan, en Constantinopla.

A las bromas más procaces, á los guiños más impúdicos, aquellos turcotes, sentados en largas filas, prorrumpían en sonoras carcajadas, y cayendo entonces de sus semblantes la máscara de la habitual dignidad, se revelaba el fondo de su verdadera naturaleza y de los secretos de su existencia groseramente sensual. Y sin embargo, nada hay que el turco esconda con mayor cuidado que el sensualismo de su vida y manera de ser.

Así, por las calles jamás acompaña el hombre á la mujer; rara vez la mira; más rara vez le habla, y casi toma á ofensa que se le pregunte por la salud de su mujer: á juzgar por las apariencias, sería forzoso confesar que aquel pueblo era el más casto y honesto y modesto de la tierra.

Pero son apariencias engañosas.

El mismo turco, que se ruboriza si se le pregunta por su esposa, manda á sus hijos y sus hi-

jas á escuchar las torpes obscenidades de Caragheus, que pervierte y corrompe las tiernas inteligencias antes del despertar de sus sentidos, y aun él mismo olvida á menudo las dulzuras del haren por las voluptuosidades nefandas de las cuales dió el primer ejemplo el famoso Bayaceto *el rayo*, y no el último, probablemente, Mahmud *el reformador*. Y cuando no hubiera otros antecedentes para suministrar datos acerca de la profunda corrupción oculta bajo el velo de la austeridad musulmana, bastaría aquel mismo Caragheus para ofrecer una imágen, y al propio tiempo una prueba fehaciente.

Caragheus es una figurilla grotesca que representa la caricatura del turco de la clase media, especie de sombra chinesca, que mueve los brazos, las piernas y la cabeza tras un velo trasparente, y desempeña el papel de protagonista en ciertas comediuchas desatinadamente bufonescas, cuyo asunto, por lo general, versa sobre un argumento amoroso. Viene á ser el equivalente del polichinela italiano, pero degradado: torpe, necio, cínicó, lujurioso como sátiro, desvergonzado como mujerzuela, y provocante á risa; más aún que risa, provoca clamores entusiastas en el auditorio con todo género de extravagancias que son abierta ú ocultamente obscenidades del peor jaez.

Y de qué calaña sean tales desverguenzas, puede comprenderse sabiendo que, si por su espíritu se

asemeja á *Pulcinella*, por su cuerpo se asemeja á Priapo. Y antes que la censura limitase su libertinaje desenfrenado, se bajaba al patio Carageus á enseñar de cerca á los espectadores sus repugnantes gracias, girando toda la comedia sobre tan interesante perno, á manera de ruleta de vicios sobre punta de obscenidades.

LA COCINA.

Queriendo estudiar un poco, hasta la cocina turca me hice conducir por mis excelentes amigos á un bodegon *ad hoc*, donde se encuentra algun plato oriental, desde la más exquisita glotonería del Serrallo, hasta la carne de camello, preparada á lo árabe, y la carne de caballo á la turcomana.

El amigo Santoro ordenó un almuerzo rigurosamente turco, desde el primero al último plato; yo, animándome con el pensamiento de muchos hombres insignes muertos por su amor á la ciencia y el recuerdo de los inmolados por prestar un servicio importantísimo al género humano... tragué un poco de todo, sin lanzar el menor grito, ni sin que me advirtieran mi inmenso sacrificio.

Se nos sirvió hasta una veintena de platos. Los turcos igualan á los demás pueblos orientales, y todos parecen muchachos: á satisfacerse con una sola cosa, prefieren gustar de muchas. Pastores, v. gr., de ayer mañana, convertidos en ciudadanos, desdeñan ser sóbrios, como si se tratase de ruindad propia de gente plebeya de poco más ó menos.

No atinaré á dar estrecha cuenta de todas las viandas, porque de algunas tan solo me han quedado reminiscencias vagas.

Recuerdo perfectamente el *Rebab*, compuesto de pequeñísimos pedacillos de carnero, asados á fuego vivo, condimentado con gran cantidad de pimienta y clavo, servido sobre dos galletas grasosas y blanduchas: plato indicado para los criminales de poca monta.

Siento todavía de cuando en cuando el sabor del *Pilav*, que consiste en arroz y carnero, cosas indispensables y sacramentales en toda comida turca, como los *macarrones* para los napolitanos, el *cuscusú* para los árabes y el *puchero* para los españoles.

Tambien me acuerdo, y es lo único que recuerdo con gusto y gana, el *Rosh'ab*, que se toma con cuchara y se bebe al concluir de comer, y los componentes ó ingredientes son: pasas, manzanas, ciruelas, cerezas y otras frutas cocidas con agua y mucha azúcar, y perfumadas con esencia de almizcle y agua de rosa y cedro!

Hubo además platos de cordero, cuya carne, reducida á briznas y cocida y recocida, no sabía á nada; pescados nadando en aceite; albóndigas de arroz, envueltas en pámpanos; calabazas con jugo, ensaladas hechas pasta, compotas, conservas y mezclas inescrutables, sazonadas con toda suerte de plantas aromáticas; digna la totalidad

de los preparados, de ser colocados al final de los artículos del código penal más fuertes, dedicados á delincuentes que reinciden en sus crímenes.

Y por último, un gran plato de dulce, obra maestra de algun pastelero árabe, coronado por un pequeño barquichuelo, un leon quimérico y una casita de azúcar con sus rejas.

La suma de tales cosas en conjunto, presentaba el aspecto de esas comiditas de mentirijillas de los niños con muchos platitos de yerbas, pedazos de pan, confites y caramelos, que de lejos no dejan de ofrecer buena vista, pero que de cerca, y tragados sobre todo, le parecen á uno por los aromas, que se ha comido una farmacia completa.

Los platos se sirven de tres en tres ó de cuatro en cuatro y muy deprisa, y los turcos los devoran con el auxilio de *los cinco dátiles*, puesto que no usan sino cuchillo y cuchara, y con la ayuda de sendos tragos de aguas cocidas, que un criado sirve continuamente en una sola copa para todos los comensales!

Sin embargo, noté que ciertas prescripciones clásicas y de tradicion pura, no eran observadas con excesiva escrupulosidad por unos turcos vecinos que comían á nuestro lado. Cada uno libaba en su copa correspondiente, bebían licores, su plato para cada uno, manejaban el tenedor, y... tenían las zapatillas sobre la mesa!

*
*
*

¡Esto de beber licores casi en las barbas de Mahoma, es decir, en público, era terrible! ¡Pero más lo era aún que mirasen con ojos cariñosos y concupiscentes, á nuestras botellas de vino! Y ni besaron el pan antes de empezar á comer, ni cumplieron con otros extremos de rito.

Pero lo de mirar nuestras botellas, sobre todo, era gravísimo. Porque la sentencia de los muftí indica que es pecado. Y una gota sola de este "padre de las abominaciones" hace caer sobre la cabeza de los musulmanes "los anatemas de todos los ángeles del cielo y de la tierra"; á pesar de lo cual, vá ganando devotos y recogiendo prosélitos de día en día entre los turcos, y casi hay que asegurar sin aventurarse gran cosa, que solo un residuo insignificante de pudor, les obliga á no tributar al vino en público, homenaje solemne. Y creo que si un día bajase sobre Constantinopla una niebla espesa hasta el punto de hacer noche el día de repente, y despues volviera á lucir el sol, se sorprendería á cincuenta mil turcos empinando el codo.

En esto, como en otras muchas cosas, fueron los Sultanes piedra de escándalo. Y es curioso consignar que, precisamente la dinastía que reina hoy sobre un pueblo para el cual constituye una ofensa á Dios beber vino, es quizá esa dinastía la que entre todas las de Europa, registrará en la historia mayor número de borrachos: ¡tan dulce ha parecido el prohibido fruto hasta á las Sombras de Dios en la tierra!

Se dice que fué Bayaceto I el que inició la série interminable de la embriaguez imperial, y de igual modo que en el pecado original, fué tambien el primer culpable una mujer: la mujer del mismo Bayaceto, hija del Rey de los Servios, la cual ofreció á su marido la primera copa de Tokay (1). Despues, Bayaceto II se emborrachaba con vino de Chipre y vino de Skyro (2). Luego, el mismísimo Soliman I, que hizo quemar en el puerto de Constantinopla todos los barcos cargados de vino, y hacer beber plomo derretido á los bebedores, murió beodo á manos de un archero. Más tarde, Selim II, llamado *el messth* (el borracho), tomaba *floxeras* que le duraban tres días, y durante su reinado, trincaron de lo lindo públicamente todos los hombres de ley y los de religion. En vano Mahomet III trina contra la "abominacion su-

(1) Tokay, pequeña villa de Hungría en el Condado de Zemplin, famosa por sus vinos exquisitos.

(2) Isla del Archipiélago griego.

gerida por el demonio»; inútilmente Ahmed I manda destruir todas las tabernas y quitar el fondo á todos los toneles de Stambul; estériles fueron los esfuerzos de Murad IV, que recorre la ciudad acompañado del verdugo, para cortar la cabeza á los que encontraba bebidos. Él mismo, feroz hipócrita, se tambalea por los salones del Serrallo como cualquier *curdo* vulgar...

Y despues de él, la botella, pequeño y festivo diablillo negro penetra en los Serrillos, se esconde en las tiendas, se oculta en los bazares, se desliza bajo las almohadas de los soldados, fija su cabeza plateada ó grana bajo el diván de las bellas, y viola hasta los dinteles de las mezquitas y mancha con sus espumas sacrílegas las páginas amarillentas del Coran.

MAHOMA.

En punto á religion, nunca pude, paseando por Constantinopla, arrancar de mi pensamiento la siguiente idea: si no se escuchase la voz del *muezzin* (1) ¿cómo advertiría un cristiano que la religion de este pueblo no es la suya?

La arquitectura bizantina de las mezquitas puede hacerlas pasar cómodamente por iglesias cristianas; del rito islámico no se nota signo alguno exterior; los soldados turcos escoltan el Viático; un cristiano ignorante podría, pues, vivir durante un año en Constantinopla sin darse cuenta de que sobre la mayor parte de la poblacion reina Mahoma en vez de Cristo.

Este pensamiento, me llevaba siempre á aquello de las pequeñas diferencias sustanciales, de la

(1) Sochantre que anuncia las horas de la oracion, á los cuatro vientos, desde los alminares de las mezquitas. Su voz es siempre una glosa de la frase:—*No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.*

gerida por el demonio»; inútilmente Ahmed I manda destruir todas las tabernas y quitar el fondo á todos los toneles de Stambul; estériles fueron los esfuerzos de Murad IV, que recorre la ciudad acompañado del verdugo, para cortar la cabeza á los que encontraba bebidos. Él mismo, feroz hipócrita, se tambalea por los salones del Serrallo como cualquier *curdo* vulgar...

Y despues de él, la botella, pequeño y festivo diablillo negro penetra en los Serrillos, se esconde en las tiendas, se oculta en los bazares, se desliza bajo las almohadas de los soldados, fija su cabeza plateada ó grana bajo el diván de las bellas, y viola hasta los dinteles de las mezquitas y mancha con sus espumas sacrílegas las páginas amarillentas del Coran.

MAHOMA.

En punto á religion, nunca pude, paseando por Constantinopla, arrancar de mi pensamiento la siguiente idea: si no se escuchase la voz del *muezzin* (1) ¿cómo advertiría un cristiano que la religion de este pueblo no es la suya?

La arquitectura bizantina de las mezquitas puede hacerlas pasar cómodamente por iglesias cristianas; del rito islámico no se nota signo alguno exterior; los soldados turcos escoltan el Viático; un cristiano ignorante podría, pues, vivir durante un año en Constantinopla sin darse cuenta de que sobre la mayor parte de la poblacion reina Mahoma en vez de Cristo.

Este pensamiento, me llevaba siempre á aquello de las pequeñas diferencias sustanciales, de la

(1) Sochantre que anuncia las horas de la oracion, á los cuatro vientos, desde los alminares de las mezquitas. Su voz es siempre una glosa de la frase:—*No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.*

brizna de yerba que divide las dos religiones de que hablaban los abisinios cristianos á los primeros secuaces de Mahoma; así como á aquella pequeña causa, origen de la conversion de la Arabia al islamismo, en lugar de abrazar el cristianismo, ó si no el cristianismo propiamente dicho, una religion al ménos tan estrechamente afin, que confundiendo con él posteriormente, ó aun permaneciendo tal cual era, habría cambiado por completo la suerte del mundo oriental. Y aquella pequeña causa consistió en la naturaleza voluntariosa de un hermoso jóven árabe, alto, blanco, de ojos negros, de voz grave, de alma ardiente; el cual, no teniendo la fuerza necesaria para dominar sus propios sentidos, en vez de arrancar de raíz el vicio dominante de su pueblo, se contentó con podarlo; y que en lugar de proclamar la unidad conyugal, como proclamó la unidad de Dios, no hizo sino restringir en un círculo más angosto consagrado por la religion, la disolucion y el egoismo del hombre.

Cierto que se habría visto precisado á vencer una resistencia más fuerte, pero no es inverosímil creer que la habría vencido, él que consiguió echar por tierra un edificio enorme de tradiciones, de supersticiones, de privilegios, de intereses de toda especie estrechísimamente enlazados por los siglos para fundar el culto de un Dios único en un pueblo idólatra, haciendo aceptar entre los

dogmas de su religion, por la cual murieron millones de creyentes, un Paraiso, cuyo primer anuncio levantó en el ánimo de todo su pueblo un sentimiento de indignacion y de verdadero escarnio.

Pero el bello jóven árabe venció por sus ideas sensuales y cambió la faz de la mitad de la tierra, fundando en la poligamia su principal asidero, así como era al propio tiempo el vicio capital de su legislacion y la causa primera de la decadencia de todos los pueblos que abrazaron su fé.

Sin esta degradacion de un sexo en favor de otro; sin la sancion de esta terrible injusticia que turba todos los órdenes de los deberes humanos, que corrompe la riqueza, que oprime la pobreza, que fomenta la inaccion, la ignavia, la indolencia, el ócio, que enerva la familia, y que engendrando la confusion de los derechos de nacimiento en las dinastías reinantes, revuelve y perturba los palacios y los estados; que se opone, en fin, como barrera insuperable á la union de la sociedad musulmana, con la sociedad de otras religiones que pueblan el Oriente; si—volviendo á la primera causa—el hermoso jóven árabe hubiese tenido la desgracia de nacer un poco ménos robusto, ó la fuerza de vivir un poco más casto, ¡quién sabe! acaso ahora existiría un Oriente ordenado y civil, y andando el tiempo, quizá al cabo de un siglo, representaría la civilizacion universal.



DIRECCIÓN GENERAL

EL RAMAZAN.

Encontrándome en Constantinopla en el mes de Ramazan, que es el noveno mes del año turco, en el cual cae la cuaresma musulmana, veía cada noche una escena cómica que merece describirse.

Durante toda la cuaresma, se prohíbe á los turcos comer, beber y fumar, desde que sale el sol hasta que se pone. Casi todos pasan despues la noche de francachela; pero mientras hay sol, respeta la generalidad el precepto religioso, sin atreverse nadie á ninguna trasgresion pública.

Cierta mañana, mi amigo y yo fuimos á visitar á un conocido nuestro, ayudante de campo del Sultan, y jóven militar despreocupado. Lo encontramos en una sala del piso bajo del palacio imperial, con una taza de café en las manos.

—¿Cómo es esto?—le preguntó Yunk.—¿Cómo os atreveis á tomar café habiendo salido el sol?

El oficial se encogió de hombros y nos dijo que se burlaba del Ramazan y del ayuno; pero en

aquel instante se abrió la puerta, é hizo un movimiento tan rápido para esconder la taza, que se la echó encima.

Por este detalle se puede comprender hasta qué punto debe ser rigurosa la observacion de la abstinencia, especialmente en las personas que viven en medio de las gentes, como los barqueros. Dá gusto ir á verlos desde el puente de la Sultana Validé momentos antes de la puesta del sol. Entre los que están parados y los que reman, los próximos y los lejanos, se cuentan miles. Todos en ayunas desde el alba, rabiosos de hambre, y tienen preparada ya su cena en el barquichuelo, mirando alternativamente el trasponer del sol y la cesta de la comida; agitándose inquietos como las fieras enjauladas en los serrallos, durante los momentos de la distribucion de la carne.

La puesta del sol la anuncia un cañonazo. No se dá caso de que antes de aquel suspirado instante, ninguno coma ni un bocado de pan, ni beba un buche de agua, ni le pegue á un cigarro tres chupadas.

Alguna vez en un ángulo del Cuerno de Oro he incitado á comer á los barqueros que me conducían, pero siempre me han respondido: ¡jok, jok, jok! (no, no, no), señalando el sol con ademán timorato. Cuando el sol se ha ocultado, algo más de la mitad detrás de los montes, ya principian á cojer el pan, á palparlo y á mirarlo y á

olerlo con cierta voluptuosidad. Cuando no se ve sino un pequeño arco luminoso, los que están parados, los que reman, los que atraviesan el Cuerno de Oro, los que se deslizan sobre el Bósforo, los que bogan en el mar de Mármara, los que descansan en los senos y valles más solitarios de la orilla asiática, todos se vuelven hácia Poniente y permanecen inmóviles con la mirada en el sol, la boca abierta, el pan en la mano y la alegría en los ojos. Cuando no se ve ya sino un punto de fuego, los mil panes tocan ya las mil bocas.

Finalmente, el punto de fuego desaparece, retumba el cañon, y en el mismo momento treinta y dos mil dientes clavan en los mil panes mil enormes mordiscos; ¿pero qué digo mil? En todas las casas, en todos los cafés, en todas las tabernas, sucede en el mismísimo segundo, la mismísima cosa... y durante algunos minutos, la ciudad turca no es sino un mónstruo de cien mil bocas que muerde y devora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONSTANTINOPLA ANTIGUA.

¡Pero qué debía ser aquella ciudad en los buenos tiempos de la gloria otomana!

No podía quitarme de la imaginación la exclamación precedente.

Entonces sobre el Bósforo, enteramente blanco por innumerables velas, no se levantaba ni una nubecilla de humo negro que manchase el azul del cielo y de las aguas. En el puerto y en las pequeñas radas y bahías del Mármara, entre los viejos navíos de guerra con la alta popa llena de esculturas y mascarones dorados, con las medias-lunas de plata, con los estandartes de púrpura, con los faroles de oro, sobrenadaban, cargadas ó ensangrentadas con cargamentos ó prisioneros de otras galeras genovesas, venecianas ó españolas.

El Cuerno de Oro carecía de puentes: de la una á la otra playa, se deslizaban constantemente turbas de barquichuelos, de esquifes, de fustas, de cáiques, engalanados con pompa; y destacá-

banse las lanchas del Serrallo, en cuyas astas rizaba el viento los banderines escarlata con doradas franjas, tripuladas por remeros vestidos de seda.

Sentari era á la sazón una aldea; Galata se reducía á reunion de casas desparramadas por el campo; ningun palacio alzaba la cabeza sobre la colina de Pera; el aspecto de la ciudad era ménos grandioso que en la actualidad.

La ley que prescribía el uso de los colores, hallándose todavía en vigor, permitía que se distinguiesen por el tono de las paredes exteriores de las casas, la religion de sus habitantes. Stambul lucía el encarnado y el amarillo, excepcion hecha de los establecimientos y edificios públicos, que ostentaban su arquitectura externa blanca como el ampo la nieve; los barrios armenios se hallaban pintados de gris claro; los griegos, de gris oscuro; los hebreos, de morado.

Era universal, lo mismo que en Holanda, la pasión por las flores; y los jardines semejabán ramos de jacintos, de tulipanes y de rosas. La vejetación exuberante de las colinas, no siendo todavía echada á tierra por las construcciones de los barrios extremos, daba á Constantinopla el carácter de una ciudad oculta en la espesura de una floresta. Dentro no existían sino callejuelas, pero la embellecía una perspectiva maravillosa. No se veían más que magníficos turbantes, que otorgaban á la población masculina aire colosal. Las

mujeres, excepto la madre del Sultan, rigurosamente veladas de tal suerte que solo dejaban entrever los ojos, formaban una población femenina, anónima y enigmática, que exparcía por la ciudad cierta misteriosa y poética áura.

Las leyes suntuarias, relativas á la indumentaria, por ejemplo, determinando el vestido, consentían distinguir por la hechura del turbante y el color del caftan, la clase media, los grados del ejército, las jerarquías de los empleos, la edad: cual si Constantinopla fuese inmensa córte.

El caballo, sirviendo aún de «único vehículo para el hombre», llenaba los ámbitos de la ciudad, circulando en todas direcciones, montado ora por elegantes ginetes, ora por pobres mercaderes; y caballeros de una parte, y de otra las largas filas de camellos y dromedarios del ejército, concedían á la ciudad la apariencia salvaje y grandiosa de antigua metrópoli asiática.

Las arabá (1) doradas tiradas por bueyes, se cruzaban con las carrozas forradas exterior é interiormente de paño verde de los ulemas (2), y

(1) Carruaje que toma su nombre probablemente de la region de donde procede, el Arabat, Gobierno de la Tauride, en la concha del mar de Azof, costa de Crimea.

(2) Doctor de la ley, que explica el Coran, preside ejercicios religiosos, vigila la educacion de los príncipes y administra justicia.

con las revestidas de paño grana de los Kadi-Asquieros (1), con las talike (2) ligerísimas de las cortinillas de raso y con el interior adornado de pinturas fantásticas.

Esclavos de todos los países, desde Polonia á Etiopía, pasaban en tropel sonando sus cadenas eslabonadas en los campos de batalla. En las encrucijadas, en las plazas, en los patios de las mezquitas, lucían los soldados vestidos de gloriosos guñapos, sus brazos cortados ó sus cicatrices aún frescas de las heridas que les tocaran en suerte en Viena, en Belgrado, en Rodas, en Damasco. Centenares de rapsodistas y cantores, lanzaban al viento con gesto y ademan inspirado en medio de círculos de soberbios musulmanes, los actos notables de los ejércitos que combatían á distancia de tres meses de marcha de Stambul.

Los Bajás, los Bey (3), los Agá, los Musselim (4), una infinidad de dignatarios y de grandes señores adornados con lujo teatral, acompañados por grupos de siervos, hacían á la muchedumbre que se inclinase ante ellos al pasar, como la mies se

(1) Kadí, magistrado del 4.º orden, encargado de la policía y de empleos análogos á corregidores ó alcaldes.—De *Kadí* ó *Al-Cadí*, viene *alcalde*.

(2) Ligeró carruaje persa.

(3) Gobernador de una ciudad ó provincia; capitán de buque con categoría de Bajá de dos colas.

(4) Lugarteniente de Bajá.

inclina al soplo del viento; pasaban cortejos de príncipes, embajadores de todos los estados de Europa venidos á pedir la paz ó la alianza; desfilaban caravanas cargadas de dones y regalos de los Reyes africanos y asiáticos; pelotones de silidar y de spahí, fastuosos é insolentes, arrastrando por las calles los sables corvos, manchados en sangre de veinte pueblos, y los hermosos pajes griegos y húngaros del Serrallo, con ricos trajes, propios de Reyes, paseando altaneramente sus miradas por la multitud obsequiosa, que respetaba en ellos los caprichos torpes y desnaturalizados de su señor.

Aquí y allá, delante de las puertas, se observaba un trofeo de nudosos bastones de mando; era un cuerpo de guardia de genízaros, que ejercían á la sazón el cargo de policía en el interior de la ciudad.

Tropezábanse por todas partes hebreos que llevaban al Bósforo los cuerpos de los ajusticiados; cada mañana hallábase en el Balik-bazar algún cadáver tendido en el suelo con la cabeza cortada debajo del brazo derecho y la sentencia de la ejecución sobre el pecho, y sobre la sentencia una piedra; nobles colgados del primer gancho ó de la primera viga saliente que habían encontrado los apresurados verdugos que apenas daban abasto; tampoco dejaba de hallarse algún que otro martirizado echado por tierra y sacado á la calle des-

pues de haberle torturado en las mansiones de los calabozos, y ora se le veían los piés hechos pedazos, ora las manos machacadas con una maza; al sol de Mediodía se encontraban comerciantes sorprendidos en algún fraude, clavados por una oreja en la puerta de sus tiendas.

Y como no regía en aquel entonces la ley que más tarde ha restringido la libertad de enterrar en cualquier parte, cavábanse fosas y enterrábanse muertos á cualquier hora del día en los jardines, en los callejones, en las plazas, delante de las puertas de las casas, en cualquier sitio en suma. Mas despues, la ley ha confiando las sepulturas á los cementerios.

Escuchábanse en los patios los gemidos de carneros y corderos sacrificados en holocausto á Alá, por los nacimientos ó las circuncisiones.

De cuando en cuando, cruzaba á galope una escolta de eunucos gritando y amenazando, y se cerraban puertas y ventanas; huían de las calles las gentes, y el barrio quedaba desierto y como dormido: entonces pasaban los carruajes de las bellas del gran Señor, llenando el aire de risas y perfumes.

A veces, un personaje de la córte, al atravesar una calle llena de gente, se ponía pálido de improviso: había visto seis hombres del pueblo, de mezquina apariencia, que entraban en una tienda. Eran el Sultán, cuatro altos funcionarios

cortesanos y un verdugo, é iban de tienda en tienda para contrastar las pesas y medidas.

Por todos lados, el enorme cuerpo de Constantinopla exhalaba una vida pletórica y febril.

El tesoro rebosaba de piedras preciosas y dinero; los arsenales de armas; los cuarteles de soldados; las caravanas de viajeros; el mercado de esclavos; era un hormiguero de bellas, de comerciantes femeninos y de grandes señores; los doctos se atropellaban en los grandes archivos de las mezquitas; los Visires de la luenga vida y extraordinaria paciencia, preparaban á las generaciones futuras los interminables anales del Imperio; los poetas pensionados por el Serrallo, se encerraban en los baños á cantar las guerras y los amores imperiales; turbas de obreros búlgaros y armenios trabajaban en las fábricas de las mezquitas labrando moles inmensas de granito de Egipto y de mármol de Paros, mientras que por mar llegaban las columnas de los templos del Archipiélago y por tierra los despojos de las iglesias de Pest y de Ofen; alistábanse en el puerto las flotas de trescientas velas, que debían ser portadoras del terror á todas las playas del Mediterráneo; entre Stambul y Adrianópolis se extendían cabalgatas de siete mil halconeros y siete mil guardabosques, y en los intervalos que mediaban entre los motines de la soldadesca y las guerras lejanas, el incendio reducía á cenizas veinte mil casas en

una noche, ó se celebraban fiestas de treinta días ante los plenipotenciarios de todos los Estados de Africa, Asia y Europa.

Entonces el entusiasmo musulman llegaba á la locura.

Por cuenta del Sultan y de los cortesanos, en medio de aquellas desmesuradas palmas nupciales, cargadas de pájaros, de frutas y de espejos, se derribaban casas y muros, para que las palmeras quedasen aisladas y pudiesen pasar largas hileras de leones; sirenas de azúcar llevadas por caballos con gualdrapas de damasco y plata; en medio de los montones de donativos reales venidos de todos los extremos del Imperio y de todas las córtes del mundo, alternaban fingidas batallas de genízaros, bailes estrepitosos de los dervís, refriegas sangrientas de los prisioneros cristianos, banquetes populares de cuscusú de diez mil cubiertos; danzaban en el hipódromo gigantes y girafas; se uncían en trahilla osos y zorras, lanzándolos entre la multitud con cohetes atados á la cola; sucedíanse las danzas lascivas á las pantomimas alegóricas, las mascaradas grotescas á las procesiones fantásticas, y carreras, carros simbólicos, juegos, comedias y lides de todas especies alternaban con otras fiestas de verdadera demencia.

La solemnidad degeneraba poco á poco, siempre al caer la noche, en un tumulto desenfrenado,

y quinientas mezquitas centelleantes iluminaban la ciudad, con una extraordinaria aureola de fuego, que anunciaba á los pastores de las montañas de Asia y á los navegantes de la Propóntide, las orgías de la nueva Babilonia.

Así era Stambul, la sultana formidable, voluptuosa y desenfrenada que, comparada con la ciudad de hoy, resulta ésta una vieja reina enferma é hipocondriaca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

LOS ARMENIOS.

Ya pueden comprender mis lectores que, ocupándome casi siempre de los turcos, no tuve bastante tiempo para estudiar las tres naciones, armenia, griega y hebrea, que forman la población de los rajá (1); estudio que, por otra parte, es bastante largo, porque si cada uno de estos pueblos ha conservado desde lo más insignificante hasta lo fundamental en la naturaleza propia, la vida exterior de los tres, ha tomado una veladura de color musulman, la cual vá ahora perdiéndose á su vez bajo el tono general de la civilización europea, con lo que presentan los tres pueblos mencionados dificultades insuperables para la observación: como si se tratase de un cuadro móvil á cada paso, y á cada paso cambiando de condiciones y manera de ser.

Los armenios especialmente, cristianos por

(1) *Rakéz*, hez, populacho, plebe.

el espíritu y la fé, y musulmanes asiáticos por nacimiento y por la carne, no dejan de ser, sin embargo, difíciles, únicamente para el estudio del que pretende analizarlos íntimamente, sí que también para distinguirlos á la simple vista de los turcos; porque aquella parte de entre ellos que todavía no ha adoptado la manera de vestir europea, se viste á la turca, salvo contadísimas excepciones, y no usa casi nunca el antiguo gorro de fieltro, que significaba en otro tiempo el distintivo de la nación por medio de determinados colores especiales. Y no difieren mucho de los turcos, ni aun en el aspecto exterior.

Son, por lo general, algo más altos de estatura que éstos, robustos, corpulentos, de tez clara, de andar y modales graves, y muestran en sus semblantes las dos cualidades peculiares á su naturaleza; el espíritu abierto, decidor, industrioso, pertinaz, por lo cual sirven admirablemente en el comercio, y aquella placidez, que otros quieren llamar suavidad servil, con lo que han llegado á abrirse hueco en todas partes, desde Hungría hasta China; siendo aceptos particularmente á los ojos de los turcos, de los cuales se cautivaron la confianza en calidad de súbditos dóciles y amigos obsequiosos.

Ni por dentro ni por fuera poseen nada de belicoso ni de heróico. Quizá antiguamente no eran así en la región asiática de donde proceden, y

asegúrase sobre el particular, que se diferencian aún hoy bastante de sus hermanos, que habitan la región á que se alude. Pero aquellos que trasplantados más acá del Bósforo se domiciliaron entre los turcos, constituyen un pueblo verdaderamente prudente y de original mansedumbre, modesto en su vida, dedicado á sus tráficos y más sinceramente religioso que ningún otro de los que moran en Constantinopla.

Los turcos los llaman *los camellos del imperio*, y los francos afirman que cada armenio nace calculador á su modo, necesariamente. Ambos apellidos los justifican los armenios, puesto que merced precisamente á la fuerza física de los mismos y á su inteligencia ágil, activa, aguda y penetrante, así como á contar en su seno gran número de arquitectos, ingenieros, médicos, artífices concienzudos y de paciencia, deben, en gran parte, el servir en Constantinopla para un sinnúmero de oficios, desde mozos hasta banqueros: mozos que llevan fardos enormes, y banqueros que amasan tesoros fabulosos.

A primera vista, no obstante, ninguno advertiría que en la ciudad de Constantinopla existe un pueblo armenio: hasta tal punto ha tomado la planta el color del terreno. La mujer misma, por causa de la cual la casa armenia está cerrada al extranjero casi tan severamente como la musulmana, viste á la turca, y solo un ojo muy

experto puede reconocerlas entre sus conciudadanas mahometanas de Constantinopla. Por lo general, son blancas y regordetas, y tienen los perfiles y lineamientos aguileños propios del Oriente, ojos grandes y largas pestañas; existiendo muchas de alta estatura y de formas de matrona, que coronadas por un turbante, parecerían bellísimos ídolos orientales; y casi todas ofrecen un conjunto señorial y modesto al mismo tiempo, en el que, si algo falta, es la luz del alma, que brilla en el rostro de la mujer griega.

LOS GRIEGOS.

Tan difícil como es conocer á la simple vista á los armenios, tan fácil es reconocer á los griegos, aunque no se repare en el traje. ¡Tanto se diferencian de los demás súbditos del Imperio, especialmente de los turcos!

Para darse cuenta de esta diversidad, ó mejor dicho, de este contraste, basta mirar alternativamente un turco y un griego que se hallen sentados uno al lado del otro en un café ó en un barco. Y aunque ambos sean guapos, de idéntica edad, igualmente vestidos á la europea, de la misma clase ó profesion, y hasta parecidos de rostro, no es posible equivocarlos.

El turco es inmóvil; todos sus lineamentos reposan en una especie de quietud sin inteligencia, análoga á la tranquilidad del animal harto; y aun cuando el semblante revele una idea en el pensamiento, sobre la cual medita, es una idea inmóvil como su cuerpo. Ni mira á nadie, ni deno-

experto puede reconocerlas entre sus conciudadanas mahometanas de Constantinopla. Por lo general, son blancas y regordetas, y tienen los perfiles y lineamientos aguileños propios del Oriente, ojos grandes y largas pestañas; existiendo muchas de alta estatura y de formas de matrona, que coronadas por un turbante, parecerían bellísimos ídolos orientales; y casi todas ofrecen un conjunto señorial y modesto al mismo tiempo, en el que, si algo falta, es la luz del alma, que brilla en el rostro de la mujer griega.

LOS GRIEGOS.

Tan difícil como es conocer á la simple vista á los armenios, tan fácil es reconocer á los griegos, aunque no se repare en el traje. ¡Tanto se diferencian de los demás súbditos del Imperio, especialmente de los turcos!

Para darse cuenta de esta diversidad, ó mejor dicho, de este contraste, basta mirar alternativamente un turco y un griego que se hallen sentados uno al lado del otro en un café ó en un barco. Y aunque ambos sean guapos, de idéntica edad, igualmente vestidos á la europea, de la misma clase ó profesion, y hasta parecidos de rostro, no es posible equivocarlos.

El turco es inmóvil; todos sus lineamentos reposan en una especie de quietud sin inteligencia, análoga á la tranquilidad del animal harto; y aun cuando el semblante revele una idea en el pensamiento, sobre la cual medita, es una idea inmóvil como su cuerpo. Ni mira á nadie, ni deno-

ta advertir que se le mira; su actitud demuestra una profunda negligencia de todo aquello y de todos aquellos que lo rodean. Su cara expresa algo como de tristeza resignada, propia del esclavo, y algo al mismo tiempo del orgullo frío del déspota; un no sé qué de duro, de cerrado, de inexplorable, que desesperaría al que tuviese que proponerle cualquier cosa, ó persuadirlo á algun asunto, ó sacudirlo para adoptar una resolución.

Tiene, en suma, el aspecto de aquellos hombres con los cuales no se puede vivir, sino obediéndolos ó mandándolos, y con quienes aun viviendo una eternidad, nunca se llega á adquirir familiaridad ni confianza de ninguna especie.

El griego, por el contrario, es de una movilidad constante y absoluta; revela con todo género de pequeños y grandes gestos, guiños y ademanes, cuanto ocurre en el interior de su conciencia. Sacude la cabeza con movimientos de caballo indómito; expresa su fisonomía altanería juvenil y hasta infantil, y pueril á veces. Si lo miran, y lo repara, se arregla el traje con cierta coquetería artística; si no lo reparan, hace por conseguirlo, poniéndose, como si dijéramos, en exhibición. Parece que desea siempre algo, que fantasea, que busca, que proyecta con el pensamiento, y se decide con la voluntad. Respira por todas partes ambicion y disposición permanente para la realización del propósito, é inspira simpatía y atrae

instintivamente, aunque su cara sea de mala persona, y hasta se inclina uno á extenderle la mano, si bien guardando la bolsa.

Basta ver cerca estos dos hombres, para comprender que el uno debe parecer al otro un bárbaro, un orgulloso, un prepotente, un bruto; que éste debe juzgar á su vez del camarada griego un ente ligero, falso, maligno, turbulento; y por consiguiente, han de despreciarse y detestarse mutuamente, con toda la fuerza del alma, sin hallar la manera de estar de acuerdo en la vida.

Idéntica diferencia se observa entre las mujeres griegas y las demás levantinas.

Entre las turcas y las armenias, bellas y atractivas, pero que hablan mejor á los sentidos que al espíritu, se reconocen inmediatamente las griegas, con un sentimiento de grata admiración, por sus elegantes y finos contornos, por sus ojos que iluminan el correcto y puro semblante, y por la inteligencia que se lee en sus miradas, y por los versos que se adivinan en sus labios, como cantos de oda que deben murmurar:—¡Qué bellos cuerpos, qué formas majestuosas y ligeras al par: inspiran el deseo de oprimirlas entre los brazos, más bien para colocarlas sobre un pedestal, que no para conducir las al haren!

Se ven todavía muchas que llevan el cabello suelto vagando por la espalda, á la antigua usanza, ó en trenzas apretadas, ó formando una sola ceñida alrededor de la cabeza á manera de diadema, tan bellas, tan nobles, tan clásicas en sus figuras, que se tomarían por estatuillas de Praxiteles ó de Lisipo, ó por jovencitas inmortales halladas despues de veinte siglos en cualquier ignoto valle de la Laconia ó en cualquier islote abandonado y olvidado del Egeo.

Son rarísimas, empero, estas bellezas sobrehumanas, estas hermosuras divinas, estas soberanas sublimidades, estas admirables figuras del antiguo, aún entre las griegas; y en la actualidad, apenas si se encuentran ejemplos fuera de las puras y añejas aristocracias del Imperio, en tal cual barrio silencioso y triste de Fanar, donde se refugió el alma de la vieja Bizancio.

Allí se contempla de vez en cuando una de aquellas soberbias mujeres asomada á gran balcon de rica balaustrada ó á la reja de altísima ventana, fijos los ojos en la solitaria calle y en actitud de reina prisionera; y cuando la servidumbre ociosa de los descendientes de los Paleólogos y los Comnenos no se halla delante de la puerta, se puede contemplar detenidamente aquella rara hermosura, creyendo por un momento que se ve por entre los girones de una nube el rostro hechicero de bella diosa del Olimpo.

LOS JUDÍOS.

Tocante á las hebreas, puedo afirmar, despues de haber visitado Marruecos, que las de Constantinopla no tienen punto de comparacion con las de la costa setentrional de Africa; las cuales, segun prolijos observadores, son el prototipo de la belleza purísima de la antigua raza israelita.

Con la esperanza de encontrar esta belleza, me armé de valor y dí vueltas y revueltas por el vasto *gueto* (1) de Balata, que se alarga como inmundia serpiente á orillas del Cuerno de Oro.

Me lancé hasta los más recónditos callejones, en medio de casuchas miserables y atestadas de basura, como los despeñaderos de los fosos dantescos, por encrucijadas que no volveré á atravesar sin zaucos y sin las narices tabicadas. Miré por ventanas cubiertas de andrajos nauseabundos, estancias negras y que chorreaban inmundicia;

(1) Barrio de judíos.

me paré ante las puertas de húmedos patios, de los cuales salía un tufo capaz de asfixiar; crucé por grupos de muchachos escrofulosos comidos de la tiña; me codeé con horribles viejos que parecían muertos víctimas de la peste y que habían resucitado para martirio de las edades presentes; separé á mi paso perros plagados de llagas y úlceras repugnantes, y montones de asquerosos trapajos colgados en cuerdas, sin duda para dar la idea que se lavaban ropas en aquel barrio, y montículos y estercoleros de podredumbre, propios para perder el sentido... pero mi valor no fué recompensado.

Entre las muchas mujeres que encontré rebujadas en su calpak nacional, que parece un turbante prolongado y que cubre cabellos y orejas, ví, no obstante, alguna que otra cara, en la cual se reconocía aquella regularidad delicada de líneas y aquel aire suave y triste de resignación, que se considera como el rasgo distintivo de las judías constantinopolitanas. Ví, asimismo, algun vago perfil de Rebecas y Raqueles, de ojos de almendra llenos de dulzura y gracia, y algunas figuras elegantes, de pié, recostadas en el dintel de una puerta en actitudes rafaescas, apoyando una mano diminuta sobre la cabecita ensortijada de un ángel.

Pero en general, no hallé sino señales indelebles de la degradacion de la raza. ¿Qué diferencia

entre éstas y aquellas figuras esbeltas de ojos de fuego, tez de magníficos matices, formas opulentas, que había admirado hace algun tiempo en Tánger y en Fez!

Lo mismo ocurre con los hombres: no tienen individualidad, personalidad ni carácter singular y propio. Los más son amarillentos, gruesos, y toda su fuerza vital se ha concentrado en los ojos que lanzan relampagueantes miradas de astucia y de codicia, mirando constantemente á su alrededor, como si por todas partes escuchasen el sonido argentino de la moneda.

Y ahora espero que mis buenos amigos israelitas, que criticando los defectos de su raza y la degeneracion actual, achacándola al envilecimiento de los hebreos de Constantinopla, refuercen sus argumentos entonando la misma cancion, variando solo el tema que les sirviera de asunto cuando se ocupaban de sus correligionarios marroquíes. Pero piensen que en las mismas condiciones civiles y políticas de los hebreos, se encontraron otros pueblos súbditos de los musulmanes y de la Puerta que no eran turcos, y los cuales no han degenerado hasta el punto á que han llegado los judíos. Y aunque esto no fuese así, difícil sería probar que la vergonzosa inmundicia, lo prema-

turo de los matrimonios precoces, la abstencion de todos los oficios fatigosos ó duros, considerado como causas eficacísimas de aquella decadencia, sean la causa y consecuencia lógica de la falta de libertad y de independencia. Y si por el contrario, me quisieren defender, que no es la opresion política de los turcos, sino las pequeñas persecuciones y el desprecio de todos, los motivos y el origen de tal envilecimiento, pregunten antes á ellos mismos si por ventura no es esto el resultado y efecto necesario de su degradacion, mejor que la razon determinante del desden con que se les mira. O en otros términos, ¿es la causa del desprecio su degradacion, ó es la degradacion el origen de este desden?

¿Debe buscarse en sus costumbres y en su vida la razon de la decadencia?

Y en vez de esconder la llaga, ¿no sería conveniente que ellos mismos la cauterizasen á menudo con el hierro candente?

LOS BAÑOS.

Despues de haber girado por Balata, no está demás ir á tomar un baño turco.

Las casas de baños se reconocen exteriormente: son edificios sin ventanas, de forma de pequeñas mezquitas coronadas por una cúpula y por altas chimeneas cónicas, que humean perpétuamente.

Pero antes de entrar, es preciso pensarlo bien y preguntarse *quid valeant humeri*, porque no todos pueden resistir *las ásperas* experiencias que se hacen con un hombre entre aquellos saludables muros. Confieso que entré con un poco de temor, despues de lo que había oido decir de tales baños, y los lectores verán que era digno de compasion. Solo al recordarlo, se me llena la frente de sudor, que bajará á inundar mis mejillas cuando esté en el lleno de esta descripcion.

Hé aquí, pues, lo que se hizo de mi pobre persona entre aquellas paredes.

turo de los matrimonios precoces, la abstencion de todos los oficios fatigosos ó duros, considerado como causas eficacísimas de aquella decadencia, sean la causa y consecuencia lógica de la falta de libertad y de independencia. Y si por el contrario, me quisieren defender, que no es la opresion política de los turcos, sino las pequeñas persecuciones y el desprecio de todos, los motivos y el origen de tal envilecimiento, pregunten antes á ellos mismos si por ventura no es esto el resultado y efecto necesario de su degradacion, mejor que la razon determinante del desden con que se les mira. O en otros términos, ¿es la causa del desprecio su degradacion, ó es la degradacion el origen de este desden?

¿Debe buscarse en sus costumbres y en su vida la razon de la decadencia?

Y en vez de esconder la llaga, ¿no sería conveniente que ellos mismos la cauterizasen á menudo con el hierro candente?

LOS BAÑOS.

Despues de haber girado por Balata, no está demás ir á tomar un baño turco.

Las casas de baños se reconocen exteriormente: son edificios sin ventanas, de forma de pequeñas mezquitas coronadas por una cúpula y por altas chimeneas cónicas, que humean perpétuamente.

Pero antes de entrar, es preciso pensarlo bien y preguntarse *quid valeant humeri*, porque no todos pueden resistir *las ásperas* experiencias que se hacen con un hombre entre aquellos saludables muros. Confieso que entré con un poco de temor, despues de lo que había oido decir de tales baños, y los lectores verán que era digno de compasion. Solo al recordarlo, se me llena la frente de sudor, que bajará á inundar mis mejillas cuando esté en el lleno de esta descripcion. ®

Hé aquí, pues, lo que se hizo de mi pobre persona entre aquellas paredes.

Entro tímidamente y me encuentro en una gran sala que me deja un momento incierto y dudoso, pues tan pronto me parece un teatro como un hospital. En medio corre una fuente coronada de flores, y á lo largo de las paredes se extiende una galería de madera donde duermen profundamente ó fuman soñando despiertos algunos turcos recostados en divanes y envueltos de piés á cabeza en blanquísimos lienzos.

Mientras, miro alrededor en busca del bañero, dos membrudos mulatos semi-desnudos, salidos de no sé dónde, se me colocan delante como dos espectros, y me preguntan ambos á la vez con cavernosa voz:

—*¿Hammamun?* (¿Baño?)—Y respondí con un hilo de voz:

—*Evet.* (Sí.)

Me hacen seña de que les siga y me remolcan arriba por una escalinata de madera hasta una estancia llena de esterillas y cojines, invitándome con el ademán á que me desnude.

Cíñenme una tela azul y blanca á los riñones, me fajan la cabeza con una tira de muselina, me obligan á calzarme dos zapatones tremendos, me cojen por bajo de los brazos como á un borracho y me conducen, ó mejor, me arrastran á otra sala caliente y en tinieblas, donde me extienden sobre un tapíz y esperan colocándome las manos en los costados, que se me ablande y suavice la

piel con la traspiración. Todos estos preparativos, semejantes á un suplicio, me producen una cierta inquietud, la cual se trueca en un sentimiento ménos respetable y digno, cuando aquellos dos cómitres al tocarme la frente, se cambian una mirada de inteligencia, que equivale á:—Puede resistir—y que parecía ser equivalente á esta otra frase:—A la rueda con él.—Y volviendo á levantarme por el sistema indicado, allá vamos á otra tercera habitacion.

Aquí experimento una sensacion rara: se me figura estar en un templo submarino. Veo vagamente á través de blanco velo de vapores, altas paredes marmóreas, columnas, arcos, la bóveda de una cúpula con tragaluces, de donde descenden rayos de luz rosada, azulada y verdosa, fantasmas blancos que van y vienen, deslizándose junto á la pared, y en medio del amplio retrete, hombres semi-desnudos echados por el suelo como cadáveres, sobre los cuales, otros, medio en cueros tambien, están inclinados en actitud de médicos que verifican una autopsia. La temperatura de la sala es tal, que tan pronto como pongo el pié en el dintel, me siento bañado en copiosísimo sudor y calculo que no podré salir de aquí sino bajo la forma de arroyuelo, como el amante de Aretusa (1).

(1) Aretusa, nereida de la comitiva de Diana, amante del río Alfeo.

Los dos mulatos trasportan mi cuerpo en medio de la sala, colocándolo encima de gran losa de mármol blanco, semejante á mesa anatómica, bajo la cual arden las estufas. La losa escalda que es un gusto, pero ya es preciso fastidiarse. Ambos moetones principian la *viviseccion*, tarareando un estribillo fúnebre. Pellíscanme los brazos y las piernas, me oprimen los músculos, me descoyuntan las articulaciones, arrancando suavemente ligeros chasquidos, me frotan, me aprietan, me estrujan, me dejan de cuando en cuando, y vuelta á empezar. Me estiran y aflojan, como á un monigote de pasta los reposteros, cuando pretenden darle á la masa una forma particular que tienen en la idea, y no consiguen su objeto y se enfurecen. Despues, descansan un instante y dale á la operacion, hasta hacerme presumir que es aquel mi postrer cuarto de hora. Por último, cuando todo mi cuerpo chorrea agua á la manera de esponja estrujada; cuando me ven circular la sangre bajo la piel; cuando se convencen de que materialmente no me podré tener de pié, quitan de encima de aquella mesa los restos de mi tortura y los llevan á un rincon delante de un pequeño nicho, donde hay dos grifos de cobre que vierten sendos chorros de agua caliente y fria en pila de mármol.

Pero, ¡ay de mí! Aquí comienza el segundo martirio. Y, francamente, la cosa toma un cami-

no, que me pregunto á mí mismo, si no es llegado el caso de dar un puñetazo á derecha, otro á izquierda, y plantarme tal y como estoy en mitad del arroyo.

Uno de los dos verdugos se cala un guante de pelo de camello y empieza á fregarme la espalda, el pecho, los brazos y las piernas, con la gracia con que bruzaría á un caballo, y el cepilleo se prolonga por el lindo espacio de cinco minutos. Acabado el chistoso entretenimiento, me echan encima un torrente de agua tibia, y descansan de la faena. Y yo tomo aliento, dando gracias á Dios de que se haya terminado.

Mas ¡ay! que no se ha concluido todavía. El feroz mulato se quita el guante y emprende la tarea con nueva energía y con la mano, ¡con la mano! como si dijéramos, en carne viva, y desesperado yo entonces, le hago señas de que suspenda; pero él, con gran sorpresa mia, me enseña la mano, probándome que debe proseguir. Acabado de fregar, nueva ducha y nuevo fregoteo, que es al tenor siguiente:

Toman ambos atormentadores un estropajo de estopa empapado en jabon de Candía, y me enjabonan de piés á cabeza. Concluido el jabon, otro diluvio de agua perfumada, é igual acto de aljofifar con el estropajo de estopa. Mas, á Dios gracias, en la presente ocasion, la aljofifa está seca y frotan para secar.

Enjugado ya, me fajan otra vez la cabeza, me cubren con el delantal, me envuelven en una sábana, conduciéndome á la sala segunda, y despues de algunos minutos, á la primera. Aquí hallo un colchon caliente, en el cual muellemente me acuesto, y los ejecutores de la justicia me otorgan los postreros pellizcos, para regularizar por igual la circulacion de la sangre. Luego, un cojin por cabecera, un ligero cobertor encima, una pipa en la boca, una limonada al lado...

Y me abandonan allí, fresco, ligero, perfumado, serena la mente, contento el corazon, tranquilo el ánimo, y con una sensacion general de la vida tan pura y tan juvenil, que me parece haber nacido entonces, como Vénus, de la espuma del mar, sintiendo sobre mi frente batir sus alas los amorcillos.

LA TORRE DEL SERASQUIER.

Sintiéndose así, puros y dispuestos para ver nuevamente las estrellas, no hay nada mejor que subir arañando hasta la cabeza de aquel titan de piedra denominado la torre del Serasquier.

Creo que si Satanás pretendiera tentar á alguno con la oferta del reino de la tierra, estaría seguro del éxito, trasportando su víctima sobre lo alto de aquella torre.

Fabricada bajo el reinado de Mahmud II, se halla plantada en la cúspide de la colina más alta de Stambul, en medio del vastísimo patio del ministerio de la Guerra, y en el punto que los turcos llaman... el... centro del abdómen de la ciudad. Está construida en su mayor parte con mármol blanco de Mármara, segun el plano de un polígono regular de diez y seis lados, y levanta su atrevida cervíz gallarda, esbelta como columna, sobresaliendo con mucho de los minaretes gigantescos que adornan la próxima mezquita de Soliman.

Se sube por linda escalera de caracol, iluminada de trecho en trecho por pocas ventanas cuadrangulares, desde las cuales se entreve al pasar, ora Galata, ya Stambul, ahora los barrios del Cuerno de Oro, y no bien llegado á su altura media, cuando ya al mirar fuera se piensa estar en la region de las nubes.

De vez en cuando, subiendo, se siente sobre la cabeza ligero rumor, y casi en el mismo instante, pasa y desaparece al punto una larva, una cosa que se precipita, más bien que un hombre que baja, y es uno de los guardias que hacen centinela dia y noche, vigilando desde lo alto de la torre, el cual ha visto probablemente un asomo de humo en el lejano horizonte, y desciende como un rayo, á fin de avisar en el Serasquierato.

La escalera consta de doscientos escalones poco más ó menos y muere en una especie de terraza redonda, cubierta y cerrada de cristales alrededor, donde segun se apuntó antes, hay siempre un guardian, que sirve café á los que visitan el monumento.

Cuando se entra en aquella jaula trasparente que parece suspendida entre cielo y tierra, al percibir aquel inmenso vacío azul, al sentir el viento estrepitoso que hace sonar los vidrios y conmover los tabiques, se apodera de uno el vértigo y se está á punto de renunciar al panorama. Pero, viendo la escalerilla apoyada en la ventana del

techo, vuelve el valor al ánimo á impulsos de la curiosidad, se sube, palpitando el corazon y se lanza una exclamacion de asombro y maravilla.

Toda Constantinopla está allí y se abraza de una sola mirada en un solo golpe de vista.

Las colinas y los valles de Stambul, desde el castillo de las Siete Torres á los cementerios de Eyub; Galata y Pera, como si la mirada cayese á hilo de plomada; Scutari, como si estuviese allí debajo; tres filas de ciudad, de selvas, de flotas, que huyen hasta perderse de vista á lo largo de tres deliciosas riberas, y otras fajas interminables de alquerías y jardines, que se desvanecen serpenteando allá en el interior de la tierra; el Cuerno de Oro, inmóvil, cristalino, salpicado de infinitas embarcaciones, que se asemejan á mosquitos nadadores; el Bósforo, cerrado aquí y allá por las montañas más avanzadas de entrambas orillas, presentando la imágen de larga sucesion de lagos, cada uno de los cuales parece circundado por una ciudad, y cada ciudad, ceñida por una guirnalda de huertos y caseríos; del lado allá del Bósforo, el mar Negro, azulado, que se confunde con el cielo; del opuesto lado, el mar de Mármara, el golfo de Nicomedia, las islas de los Príncipes, la playa europea y la asiática, resplandeciendo pueblos y aldeas de trecho en trecho; más allá, el paso de los Dardanelos, que brilla como sutil cinta de plata; un vago resplandor blanco algo más

lejos indica el mar Egeo, y una curva oscura, la orilla de la Troade (1), pasada Scutari, Bitinia y el Olimpo; detrás de Stambul, los ondulados desiertos amarillentos de la Tracia...

En resumen: dos golfos, dos estrechos, dos continentes, tres mares, veinte ciudades, millares de plateadas cúpulas y doradas agujas, y una gloria, en fin, de luz y de colores, que hace dudar de si aquello es una vista de nuestro planeta ó de otro astro más favorecido del Dios de los dioses.

(1) Region del Asia Menor que tenía por capital a Troya, y se hacía extensivo el nombre á todo el territorio ocupado por los troyanos.

DIVAGACION.

Y sobre la torre del Serasquier, como sobre la de Galata, como sobre el puente viejo, como en Scutari, me pregunté cien veces:

—¿Pero cómo has podido enamorarte de Holanda?

Y no solo aquel país, sino París, Madrid, Sevilla, se me representaban como ciudades oscuras y melancólicas, en las cuales no habría podido vivir un mes. Despues pensaba en mis pobres descripciones, y me decía con amargura:

—¡Ah, desdichado, cuántas veces has prodigado las palabras *bello, espléndido, inmenso!* ¡Y ahora, qué vas á decir de este espectáculo?

Y me parecía que de Constantinopla no podría sacar ni una página para mi libro.

Mi amigo Rossasco, me decía:

—¿Pero por qué no pruebas?

A lo cual le respondía siempre:

—Pero si ya no me queda nada que decir.

lejos indica el mar Egeo, y una curva oscura, la orilla de la Troade (1), pasada Scutari, Bitinia y el Olimpo; detrás de Stambul, los ondulados desiertos amarillentos de la Tracia...

En resumen: dos golfos, dos estrechos, dos continentes, tres mares, veinte ciudades, millares de plateadas cúpulas y doradas agujas, y una gloria, en fin, de luz y de colores, que hace dudar de si aquello es una vista de nuestro planeta ó de otro astro más favorecido del Dios de los dioses.

(1) Region del Asia Menor que tenía por capital a Troya, y se hacía extensivo el nombre á todo el territorio ocupado por los troyanos.

DIVAGACION.

Y sobre la torre del Serasquier, como sobre la de Galata, como sobre el puente viejo, como en Scutari, me pregunté cien veces:

—¿Pero cómo has podido enamorarte de Holanda?

Y no solo aquel país, sino París, Madrid, Sevilla, se me representaban como ciudades oscuras y melancólicas, en las cuales no habría podido vivir un mes. Despues pensaba en mis pobres deseripciones, y me decía con amargura:

—¡Ah, desdichado, cuántas veces has prodigado las palabras *bello, espléndido, inmenso!* ¡Y ahora, qué vas á decir de este espectáculo?

Y me parecía que de Constantinopla no podría sacar ni una página para mi libro.

Mi amigo Rossasco, me decía:

—¿Pero por qué no pruebas?

A lo cual le respondía siempre:

—Pero si ya no me queda nada que decir.

¡Y quién lo creyera! A veces aquel espectáculo, por algunos minutos, á ciertas horas, con determinada luz, me parecía mezquino, y exclamaba desolado:

—¡Constantinopla! ¿Dónde estás, Constantinopla mia?

En otras ocasiones, un sentimiento de tristeza embargaba mi ánimo, pensando que mientras yo estaba allí contemplando aquella inmensidad y aquella belleza, mi madre, en reducido cuarto, no veía sino un patio sùcio y oscuro y un pedazo de cielo, y me remordía la conciencia, y habría dado un ojo por tener á mi buena viejecilla del brazo, para enseñarle Constantinopla y conducirla á Santa Sofía.

El día, sin embargo, trascurría casi siempre alegre y ligero, como horas de embriaguez. Y las raras veces que predominaba el mal humor y se ponía uno atrabiliario, mi amigo y yo contábamos con medios seguros de librarnos de la melancolía ó la nostalgia. Bajábamos á Galata en dos cáiques de á dos remos cada uno y de los más pintarracheados y dorados, y gritábamos:

—¡Eyub!

Y á poco nos encontrábamos en medio del Cuerno de Oro. Nuestros remeros se llamaban Mahmut, Bayazeto, Ibraim, Murat; contaban ochenta años entre los cuatro, y cada cual dos brazos de hierro, y vogaban en competencia, ani-

mándose mutuamente con gritos y riendo como chicuelos. El cielo sereno, el mar transparente, el aura embalsamada de perfumes que aspirábamos echando atrás la cabeza, bebiendo así como á sorbos el ambiente,... y abandonábamos una mano sumergida en el agua, experimentando placentera sensación. Los cáiques volaban y dejábamos atrás á nuestro rápido paso, palacios, kioscos, jardines, mezquitas. Nos creíamos arrebatados por el viento y trasportados á un mundo de hadas, gozando así del placer inexplicable de sentirse jóven, y en Stambul. Yunk cantaba, yo recitaba baladas orientales de Víctor Hugo, y veía ahora á derecha, ahora á izquierda, ahora próximo, ya lejano, cruzar el aire un rostro amoroso, coronado de blancos cabellos é iluminado por dulcísima sonrisa, y que murmuraba:

—¡Sé feliz, hijo mio! Te bendigo y te acompaño con el pensamiento á todas partes.



SANTA SOFÍA.

Y ahora, si hasta un pobre escritor de viajes puede permitirse el lujo de invocar á las musas, yo las invoco con las manos juntas en actitud suplicante, porque mi mente se extravía «ante el noble asunto» y las grandes líneas de la basílica bizantina agítanse ante mis ojos, como las imágenes reflejadas en agua ondulante.

¡Inspírenme las musas; ilumíneme Santa Sofía; perdóneme el emperador Justiniano!

En una bella mañana de Octubre, acompañados de un empleado turco del consulado italiano y de un dragoman (1) griego, fuimos al fin á visitar «el paraíso terrenal, el segundo firmamento, el carro de los querubines, el trono de la gloria de

(1) Trujaman ó truchiman, intérprete.

Dios, la maravilla de la tierra, el mayor templo del mundo despues de San Pedro en Roma. « Cuya última aseveracion—lo saben por demás mis amigos de Búrgos, de Colonia, de Milan, de Florencia—no es mia, ni me atreveré á hacerla mia, sino que la cito con las otras, porque es una de las muchas locuciones consagradas por el entusiasmo de los griegos, que nuestro dragoman nos iba repitiendo por la calle. Y precisamente habíamos elegido un viejo dragoman griego y un viejo cavas turco, con la esperanza, que no se frustró, de ver en sus explicaciones y en sus respectivas leyendas, cómo palpitaban las dos religiones, las dos historias, los dos pueblos; y con objeto de mirar á Santa Sofia, de la manera que debe ser vista: con un ojo de cristiano y con el otro de turco, ya que el uno exaltaría la iglesia y el otro la mezquita.

Mi espectacion era tan grande cual mi curiosidad, y no obstante, durante el camino pensaba lo mismo que ahora: que no existe monumento célebre á la altura de su fama y que produzca por sí una sensacion tan agradable como la que se experimenta cuando se le vá á ver. Si debiese vivir una sola hora por todos los dias en que he visitado una gran cosa, escojería aquella que medió entre el instante en que dije:—Vamos—y el momento en que oí decir:—Estamos.

Las más hermosas horas del viaje son aque-

llas. Caminando, parece que se percibe el engrandecimiento del alma, como para contener el sentimiento de admiracion que en breve ha de despertarse en nosotros mismos; se recuerdan los deseos de la primera juventud que imaginábamos sueños; nos volvemos á hallar ante el antiguo profesor de geografía, que despues de haber señalado con el puntero en el mapa de Europa dónde está Constantinopla, traza en el aire, con un polvo de rapé entre los dedos, las líneas exteriores de la gran basílica; resucita en la memoria la reminiscencia de aquella estancia, aquella pequeña chimenea, delante de la cual en el próximo invierno se describirá el monumento en medio á un círculo de fisonomías maravilladas é inmóviles; se oye sonar aquel nombre de Santa Sofia en las sienes, en el corazon, en las orejas, lo mismo que si perteneciera á un sér vivo que esperamos nos llame para revelarnos algun gran secreto; véñse nacer sobre nuestra cabeza arcos y pilastras prodigiosas de edificios que se pierden en el cielo, y cuando faltan pocos pasos para arribar á la meseta, se goza aún inexplicable placer en detenerse, con objeto de mirar una piedra de la calle, de ver huir una lagartija, de relatar una chanza, de perder un poco de tiempo, á fin de retardar en suma algun segundo, el momento deseado por espacio de veinte años y que no se borrará de nuestro pensamiento en lo que nos resta de vida.

De modo que no queda mucho en los celebrados placeres de la admiración, si le restamos el sentimiento que les precede y el que les sigue.

Casi siempre es una ilusión seguida de un ligero desengaño, del cual nosotros, obstinados y tercos, hacemos derivar otras ilusiones.

La mezquita de Santa Sofía se halla colocada en frente de la entrada principal del antiguo Serrallo.

Sin embargo, llegando á la plaza que se abre ante el Serrallo, la primera cosa que atrae la atención, no es la mezquita, sino la fuente famosa del Sultan Ahmed III.

Es uno de los monumentos más originales y más ricos del arte turco. Pero mejor que un monumento, es una diadema de mármol que el galante Sultan colocó en la frente de su Stambul en un momento de amor. Creo no lo pueda describir sino una mujer. Mi pluma no es bastante fina para extractar ligera imagen de tan lindo joyel.

A primera vista no parece fuente. Tiene la forma de templo cuadrado, cubierto por techumbre china, que lanza sus ondulantes faldas muy fuera de los muros, dándole aspecto de pagoda. En los cuatro ángulos, hay cuatro torrecillas redondas provistas de ventanas con celosías, ó más

bien, cuatro pequeños kioscos de gallarda figura, á los cuales corresponden en el techo otras tantas esbeltas cupulillas coronadas de sendos graciosos obeliscos, y que constituyen como los remates del coronamiento de otra cupulilla central. En cada uno de los cuatro muros, dos elegantes nichos; entre las hornacinas, un arco de bóveda apuntado; bajo el arco, un grifo que vierte el agua en pequeño recipiente.

En torno al monumento, gira una inscripcion en la cual se lee:

Esta fuente te habla de su edad
en los siguientes versos del Sultan (1):

Abre la espita desta fuente pura
y el nombre invoca de tu Dios al punto,
ruega por el Sultan y orando bebe
de esta límpida agua inagotable.

El reducido edificio es todo de mármol blanco, que apenas si aparece bajo los infinitos adornos que cubren los muros. Hay de todo, arquitos, hornacinas, columnas, rosetones, polígonos de peregrina treceería, cintas, hojas de mármol recamadas, dorados sobre fondo azul, franjas alrededor de las cúpulas, incrustaciones bajo el techo, mosaicos de cien colores, arabescos de mil formas, laberintos, en fin, intrincados que parecen hechos para atraer las miradas y que acaban por irritar

(1) Ahmed.

el sentimiento de la admiración. No se ve el espacio de un palmo sin que esté esculpido, miniado, atormentado por todo linaje de curvas y rectas. Es un prodigio de gracia, de riqueza y de paciencia, digno de conservarse bajo una campana de cristal; una cosa que nadie cree se haya construido solo para recreo de la vista sino del gusto, y se halla tentado el que la contempla y analiza, de probar con la lengua aquel atractivo objeto; imaginamos instintivamente que es un escritorio, un secreter, un armario, y se nos ocurre buscar por dónde se abre y curiosar lo que hay dentro, convenciéndonos de si es una diosa niña, ó una perla enorme, ó un anillo encantado.

El tiempo ha borrado algo los dorados, confundiendo los colores y oscureciendo los mármoles. ¡Qué sería este joyel colosal cuando se descubriera la primera vez, nuevo y fulgurante, á los ojos del Salomón del Bósforo, ciento sesenta años há! Pero todavía así tan viejo y negro como se encuentra, conserva aún la primacía entre las pequeñas maravillas constantinopolitanas. Y además de lo dicho, menester es considerarlo como un monumento tan definitivamente turco, que visto una vez, se graba para siempre en la memoria en medio de aquel cierto número de imágenes que bailan en el cerebro y que todas juntas constituyen el fondo del cuadro oriental sobre el que se moverá eternamente nuestro pensamiento, tan pronto

como suene en nuestros oídos el nombre de Stambul.

Desde la fuente, se ve la mezquita de Santa Sofía, que cierra un lado de la plaza.

El aspecto exterior no tiene nada de particular digno de ser notado.

La única cosa que atrae la mirada, son cuatro altísimos alminares blancos que surgen en los cuatro ángulos del edificio sobre pedestales grandes como casas. La famosa cúpula resulta pequeña. No parece que es la misma que se destaca en el azul del firmamento y que se ve desde todas partes, cual la cabeza de un titan, desde Pera, desde el Bósforo, desde el mar de Mármara, desde las colinas de Asia. Es una cúpula aplastada, flanqueada de otras dos medias cúpulas, revestida de plomo, coronada de ventanas, apoyándose sobre cuatro muros pintados con anchas listas blancas y encarnadas, y sostenidas estas medias cúpulas á su vez por enormes contrafuertes, en torno á los cuales nacen al pié en confusión varias pequeñas construcciones de mezquino aspecto—baños, escuelas, mausoleos, hospicios, cocinas para los pobres—y que esconden la primitiva forma arquitectónica de la basílica.

No se ve sino una gran mole pesante, irregu-

lar, de color yesoso, desnuda como fortaleza, y no tan grande en apariencia que dé á entender á quien lo ignora, que allí dentro se oculta el vano inmenso de la gran nave de Santa Sofía. De la basílica antigua no aparece propiamente sino la cúpula, que también ha perdido el argentino esplendor que se distinguía, al decir de los griegos, desde la cima del Olimpo. El resto es musulmán. Un minarete lo erigió Mahomet el Conquistador; otro, Selim II; los dos últimos, el tercero de los Amurat. Del mismo son los contrafuertes levantados hácia fines del siglo XVI para sostener los muros que se resintieron á consecuencia de la sacudida de un terremoto, y la desmesurada media luna de bronce plantada en lo más alto de la cúpula, cuyo solo sobredorado costó cincuenta mil ducados. El antiguo átrio ha desaparecido. El baptisterio se ha trocado en mausoleo de Mustafá y de Ibraim I; casi todas las otras reducidas construcciones anejas á la iglesia griega, ó destruidas, ó escondidas por nuevos muros, ó trasformadas de manera que no se reconocen. Por todas partes se estrecha la mezquita, oprime y enmascara la iglesia, á la que no dejan libre sino la cabeza, y para eso la vigilan cuatro centinelas gigantestos, los cuatro alminares imperiales.

Por el lado de Oriente, hay una puerta adornada de seis columnas de pórfido y de mármol; á Mediodía, otra puerta por la cual se entra en un

patio circundado de edificios bajos y desiguales, en medio de los que se enseorea una fuente destinada á las abluciones, cubierta por enarcado templete que sostienen ocho columnitas. A mirarla desde fuera, no se distingue Santa Sofía de las otras mezquitas de Stambul, sino por ser ménos blanca y ménos aérea; y ni por soñacion se pensaría que fuese aquel "el mayor templo del mundo despues de San Pedro."

Nuestros guías nos condujeron por una callejuela cerrada por la gran fábrica en el lado septentrional, á una puerta de bronce que giró lentamente sobre sus goznes, y penetramos en el vestíbulo.

Consiste el vestíbulo en anchísima y altísima sala revestida de mármol, donde brillan todavía aquí y allá antiguos mosaicos. Y dá acceso á la nave del lado oriental por nueve puertas, y antiguamente comunicaba por el lienzo de pared opuesto y por medio de cinco puertas á otro vestíbulo, el cual, á su vez, se comunicaba por otras trece puertas con el átrio.

Apenas salvado el dintel, enseñamos nuestro firman de entrada á un sacristán enturbantado, nos calamamos las pantuflas, y á un signo de los guías, nos avecinamos temblando á la puerta de en medio del lado oriental, que nos esperaba ya abierta de par en par.

En el instante en que pusimos el pié en la

nave, quedamos mi amigo y yo como clavados al suelo.

Realmente, la primera impresion es grande y nueva por completo.

Se abraza con una mirada el inmenso vacío, la atrevida arquitectura de cúpulas truncadas que promueven en el ánimo la ilusion de suspensas en el aire, pilastras enormes, arcos gigantescos, columnas desmesuradas, galerías colosales, tribunas, pórticos, sobre los que descende torrentes de luz por mil grandes ventanas; un no sé qué teatral y régio, mejor que sacro; ostentacion de grandeza y de fuerza, ambiente de elegancia mundana; confusion de lo clásico, lo bárbaro, lo caprichoso, lo magnífico; armonía sin límites, producida por las tonantes notas de formidables piés derechos y ciclópeas arcadas, que recuerdan las catedrales del Norte, se mezcla á las orientales cantinelas; clamorosas músicas de los Justinianos y Heráclios; ecos de cantos paganos, débiles voces de pueblos afeminados y cansados por el tédio de la vida; lejanos gritos de Vándalos y Godos; gran majestad, siniestra desnudez, paz profunda; una reminiscencia de la basílica de San Pedro, retorcida y revestida nuevamente con diverso ropaje, y de la basílica de San Márcos ajigantada y de-

sierta; mezcla jamás vista de templo, de iglesia, de mezquita, de severo aspecto y pueriles adornos, de cosas antiquísimas y cosas modernas, de coloridos discordantes y de desconocidos accesorios extraños, raros, bizarros, extravagantes y gentiles; un espectáculo, en suma, que echa en el ánimo sedimentos de estupor y de amargura juntamente y obliga á permanecer por algun tiempo incierto y dudoso, como buscando allá en el fondo del diccionario del espíritu, una palabra que exprese y afirme gráficamente el propio é individual pensamiento correlativo á esta sensacion.

El edificio se halla fabricado sobre un rectángulo cuasi equilátero, en medio del cual se eleva la cúpula mayor sustentada por cuatro grandes arcos, los que á su vez pósanse sobre cuatro altísimas pilastras, quienes sirven de sistema óseo á la bella basílica. En los dos arcos que se presentan enfrente del que entra, se apoyan dos grandes semicúpulas, cubriendo toda la nave, y cada una de ellas se abre en otras dos semicupulillas menores, que forman á la manera de cuatro templetos ó rotondas en el gran templo. Entre dos de estos y en el opuesto lado del ingreso, ábrese el ábside, cubierto tambien de bóveda á cuarto de esfera. Hay, pues, siete medias cúpulas cerrando la corona de la cúpula principal; dos bajo ésta, y cinco bajo aquellas dos, sin punto de apoyo aparente; de modo que presentan todas juntas un as-

pecto de maravillosa ligereza, y parecen propiamente, según el dicho de un poeta griego, sujetas por siete hilos á la bóveda del cielo.

Todas estas cúpulas se hallan iluminadas por claraboyas en arco y simétricas. Entre los cuatro diformes pilares que constituyen el cuadro central de la basílica, elevanse á derecha é izquierda del espectador, ocho prodigiosas columnas de brecha verde (1), sobre las cuales se encorvan graciosos arcos esculpidos de hojarasca, dibujando elegantísimos pórticos laterales en la nave, suspendiendo á gran altura vastas galerías que lucen otros dos órdenes de columnas y arcos laboreados. Una tercera galería que comunica con las dos anteriores, corre á lo largo de todo el costado de la entrada, abriéndose sobre la nave por tres grandes arcos sustentados por columnas gemelas. Otras galerías menores erigidas sobre columnas de pórfido enlazan los cuatro templetos colocados allá en la extremidad de la nave y mantienen nuevas columnas, sustentadoras de tribunas.

Hé ahí la basílica. La mezquita está como desparramada en su seno y pegada á sus muros.

(1) Roca de estructura fragmentosa de granos aglomerados.

El Mirab—el nicho ú hornacina que señala la dirección de la Meca—está socavado en una pilastra del ábside. A su derecha, en alto, se encuentra colgado uno de los cuatro tapices, sobre los cuales Mahoma rezaba sus oraciones. Por encima del ángulo del ábside más próximo al Mirab, y sobre empinada escalerilla con balaustrada de mármol, esculpido de una manera magistral por su delicadeza, bajo original techumbre cónica, en medio de dos banderas triunfales de Mahomet II, sobresale el púlpito donde se coloca el Ratib para leer el Coran, con una cítarra desenvainada en la mano, para significar que Santa Sofía es mezquita conquistada. Frente al púlpito, la tribuna del Sultan muestra sus doradas celosías. Otros púlpitos á manera de terrazas con barandillas caladas y soportados por columnitas y arcos, se extienden acá y allá á lo largo de las paredes ó avanzando hácia el centro de la nave. A entrambos lados de la puerta de entrada, dos soberbias urnas de alabastro, encontradas en las ruinas de Pérgamo, traídas á Constantinopla por Amurat III; de varias pilastras de grande altura, penden desmesurados discos verdes con inscripciones del Coran en caracteres de oro; debajo, cuelgan de los muros grandes cartelas de pórfido con los nombres de Alá, de Mahoma y de los cuatro primeros Califas. En los ángulos formados por los cuatro arcos que mantienen la cúpula, se ven las

alas gigantescas de cuatro querubines de mosaico, á quienes se ha tapado la cara con cuatro rosetones dorados. Del embovedado de la cúpula, penden innumerables cordones de seda, que miden casi toda la altura de la basílica y que sostienen otras tantas lámparas de bronce cincelado, globos de cristal y huevos de avestruz. Aquí y allá véanse facistolos de madera incrustados de nácar y cobre con Coranes manuscritos. El pavimento se halla cubierto de tapices y esteras. Las paredes desnudas, blancuzcas, amarillentas, de un gris oscuro, aunque todavía adornadas en algun que otro sitio por trozos de descoloridos mosaicos. El aspecto general resulta muy triste.

La primera maravilla de la mezquita es la gran cúpula.

Mirándola desde el centro de la gran nave, parece verdaderamente que se vé, segun dice madama Stael de la cúpula de San Pedro, un abismo suspendido sobre nuestras cabezas. Es altísima, y tiene una circunferencia enorme, siendo su profundidad no más que la sexta parte del diámetro de aquella. En la base de la misma, dá vuelta un terradillo, y sobre el terradillo una coronacion de cuarenta ventanas de arco. Sobre la cúspide está escrita la sentencia que pronunció Mahomet II, deteniendo su caballo delante del altar mayor de la basílica el día de la toma de Constantinopla:

«Alá es la luz del cielo y de la tierra.»

Algunos de los caracteres de esta inscripcion blancos, sobre fondo oscuro, miden nueve metros de largo.

Como todo el mundo sabe, tal prodigio aéreo no se habría podido ejecutar con materiales ordinarios. Las bóvedas se construyeron con piedra pómez, que sobrenada en el agua, y con ladrillos de la isla de Rodas, cinco de los cuales pesan apenas lo que uno comun. En cada ladrillo estaba escrita la sentencia de David:

Deus in medio ejus non commovebitur.

Adjuvabit eam Deus vultu suo.

En cada doce vueltas ó circunferencias de ladrillos, se colocaban dentro de la fábrica reliquias de Santos, y mientras los operarios trabajaban, cantaban los sacerdotes. Justiniano asistía á la colosal obra asiduamente, vestido con una túnica de lino, é inmensa muchedumbre admiraba los progresos de la construccion.

Y hay motivo sobrado para admirarse, cuando se piensa que esta edificacion, todavía portentosa para nuestros dias, este "segundo firmamento", se verificaba en el siglo VI, siendo en aquel entonces atrevimiento inaudito y sin ejemplo. El vulgo creía que se mantenía por encanto, y los turcos, por espacio de mucho tiempo despues de la conquista, debieron violentarse grandemente cuando oraban en la mezquita de Santa Sofía, para dirigir la vista hácia Oriente, en lugar

de alzarla para mirar aquel «cielo de piedra.»

La cúpula casi ocupa la mitad de la nave, con lo que ilumina y se enseñorea en todo el edificio, viéndose desde todos los puntos un segmento, y mientras más gira la vista, siempre se acaba por encontrarse debajo de aquella cúpula, tornando por la centésima vez á rodar la mirada dentro del mismo círculo y revolverse la idea dentro del mismo pensamiento, experimentando el estremecimiento de un placer agudo, semejante á la sensación del vuelo.

Vista la nave y la cúpula, no se ha hecho sino empezar á ver Santa Sofía.

Quien tiene siquiera un asomo de curiosidad histórica, por ejemplo, ya puede dedicar una hora al exámen de las columnas, puesto que residen aquí todos los despojos de todos los templos del orbe. Las columnas de brecha verde que soportan las dos grandes galerías, fueron regaladas á Justiniano por los magistrados de Efeso, y pertenecían al templo de Diana, incendiado por Erostrato. Los ocho soportes de pórfido que se levantan de dos en dos entre las pilastras, pertenecieron al templo del Sol, erigido por Aureliano en Balbek. Otras columnas son del templo de Júpiter de Cizico, del de Helios de Palmira, de los de Tebas,

Atenas, Roma, de la Troade, de las islas Cícladas, de Alejandría, y presentan infinita variedad de magnitudes y coloridos.

Entre las columnas, los balaustres, las losas, que aún se conservan del antiguo revestimiento, las paredes, los pedestales, los capiteles, se ven mármoles de todas las canteras del Archipiélago, del Asia Menor, del Africa y de la Galia. El mármol del Bósforo, blanco salpicado de negro, forma contraste con el céltico, negro veteado de blanco; el mármol verde de Laconia, se refleja en el azul de Libia; el pórfido punteado de Egipto, el granito estrellado de Tesalia, el jaspe del monte Jasi, de vetas blancas y rojas, el pálido férreo, mezclan sus respectivos colores con la púrpura del mármol frigio, á la rosa del de Synada, al oro del de Mauritania, á la nieve del de Paros.

A semejante riqueza de tonos, se une la indescriptible variedad de las formas en cornisas, rosetones, balaustres, capiteles de estilo corintio, en todos los cuales se entrelazan animales; hojas, cruces, trenzados, quimeras y otras figuras que no ostentan estilo alguno ni orden arquitectónico determinado, de fantástico dibujo, de desigual magnitud, amontonado todo al acaso; y fustes de columnas, extraños basamentos, adornos escultóricos caprichosos, devastados por el tiempo ó despedazados por las cimitarras, todo junto ofrece un aspecto raro de desordenada magnificencia y bár-

bara cultura, que resulta vilipendio del buen gusto, de cuyo conjunto, no obstante, no se puede separar la vista, por el atractivo que consigo lleva.

Estando en la nave, no es posible comprender las dimensiones de la mezquita. La nave, en verdad, no es sino pequeña parte de la fábrica. Con los dos pórticos laterales sobre cuyos hombros se hallan las galerías, bastarían á constituir por sí solos grandes edificios, de los que se podría cómodamente sacar dos templos. Cada uno de ellos se halla dividido en tres secciones, separadas por altísimos arcos. Aquí también, columnas, arquitecabras, pilastras, bóvedas, todo es colosal. Paseando bajo aquellas arcadas, se ve apenas por los intersticios de las columnas del templo de Efeso, la gran nave, y produce la ilusión de ser otra basílica.

El mismo efecto se provoca desde las galerías á las que se sube por una escalera espiral de suave pendiente, ó más bien, por una calle en cuesta, puesto que no tiene escalones ni peldaños de ninguna especie, pudiendo subir con entero desembarazo un hombre á caballo. Las galerías eran el *gineceo*, ó sea el lugar destinado á las mujeres en el templo; los penitentes se colocaban en el vestíbulo, el comun de los fieles en la nave. Cada galería podía contener la población de un cuartel de Constantinopla. No parece que se está en una

iglesia, sino que se discurre por los palcos de un teatro de titanes, donde de un momento á otro debe resonar un coro de cien mil voces.

Para formarse idea exacta de la basílica, es menester asomarse á la balaustrada, y entonces se la percibe en toda su inmensidad. Los arcos, las bóvedas, los piés derechos, todo se ajiganta. Los discos verdes de que se hizo antes mención, y que simulaban tener dimensiones que cabían entre nuestros brazos, vistos ahora, se comprende que pueden cubrir una casa. Las ventanas, resultan puertas de palacio; las alas de los querubines, velas de buque; las tribunas, plazas; la cúpula inunde el vértigo en el ánimo.

Bajando los ojos, se experimenta la impresion de otra maravilla. No pensábamos que habíamos subido tan alto. El suelo de la nave principal, queda allá en el fondo de un abismo, y los púlpitos, las urnas de Pérgamo, los tapices, las lámparas se han empequeñecido hasta lo inverosímil. Desde allí se observa una particularidad curiosa de Santa Sofía, y consiste en que no hallándose la nave principal en la dirección de la Meca, hácia la cual han de volverse siempre los musulmanes cuando oran, todas las esterillas, las alfombras y los tapices se encuentran situados oblicuamente con respecto á la línea de los ejes del edificio, ofendiendo la vista como tremendo error de perspectiva. Desde el sitio en que nos hallamos, se

abraza perfectamente con la mirada y con el pensamiento la vida entera de la mezquita. Véanse turcos arrodillados con la frente pegada al pavimento; otros de pié como estatuas, cubriéndose la cara con las manos, como si interrogasen á las rayas de las palmas ó tratasen de leer en ellas incógnitos problemas; algunos sentados con las piernas cruzadas en la base de una columna, en actitud de quien reposa á la sombra de un árbol; alguna que otra mujer oculta bajo su velo, de rodillas en un ángulo solitario; viejos sentados ante los atriles ó facistoles que leen el Coran; un imán allí obliga á recitar sagrados versículos á un grupo de muchachos, y aquí y allá, cobijados por las sombras de lejanos arcos, ó á la luz de las galerías, un imán (1), un ratib, un muezzin, servidores de la mezquita, vestidos de estrafalaria manera, que van y vienen taciturna y calladamente cual si no tocasen el suelo con los piés. La melodía vaga formada por las voces que murmuran oraciones y por los que leen monótonamente en rumor confuso; aquellas gentiles lámparas, aquella luz clara é igual, aquel ábside desierto, aquella vasta galería silenciosa, aquella inmensidad, aquellos recuerdos, aquella paz, en fin, dejan en el ánimo un sentimiento de grandeza y de misterio,

(1) Iman, ministro de la religion que predica, lee el Coran y bendice los matrimonios.

que ni la palabra puede expresar, ni el tiempo horrar de la mente.

Pero como ya apunté, es un sentimiento triste; y no dió en vago aquel gran poeta que comparó la mezquita de Santa Sofia con *colosal sepulcro*, ya que desde todos los puntos se distinguen las huellas de horrenda devastacion, y se siente mayor amargura pensando en lo que fué, que no admiracion profunda por lo que aún se conserva.

Pasada la primera impresion de maravilla, se lanza la inteligencia irresistiblemente en el pasado. Y todavía hoy, despues de tres años, no se me desvanece de la fantasía la reminiscencia de la mezquita, por más que me esfuerce por representármela como iglesia. Derribo los púlpitos musulmanes, suprimo las lámparas y las urnas, quito los discos y las cartelas de pórfido, vuelvo á abrir las puertas y las ventanas tapiadas, rasco el embadurnamiento que cubre bóvedas y muros, y hé aquí que con gran trabajo llego á informar en la imaginacion una idea símil y aproximada á lo que fué la basílica trece siglos ha, cuando Justiniano exclamó: — «¡Gloria á Dios, que me ha juzgado digno de concluir esta obra! ¡Salomón, te he vencido!»

Hácia cualquier punto donde se dirija la vista, todo reluce, todo brilla y centellea como en los palacios de las hadas legendarias.

Las grandes paredes, revestidas de preciosos

mármoles y jaspes, envían reflejos de oro, de marfil, de nácar, de coral; las infinitas manchas de las lajas bruñidas remedan el aspecto de coronas de guirnaldas y de flores; los múltiples mosaicos de cristal, dan á los muros, sobre los cuales se estrellan sus lumínicos rayos, la apariencia de paredes de plata con lluvia de diamantes, sobre todo cuando el sol asoma una hebra de su blonda cabellera; los capiteles, los cornisones, los entablamentos, las puertas, el follaje ó el historiado de esta enjuta ó de aquel nervio arquitectónico, todo se halla recargado de dorados broncees. Las bóvedas de los pórticos y de las galerías pintadas á fuego, lucen colosales imágenes de santos y de ángeles en campo de oro. Delante de las pilastras, en las capillas, al lado de las puertas, en los intercolumnios, se observan estatuas de bronce y piedra; candelabros enormes de oro macizo; gigantescos evangelios colocados sobre esplendentes misales; tronos; cruces de marfil; vasos adornados de coronas de perlas. En el fondo de la nave no se percibe sino confuso resplandor de muchas cosas que arden. Y la balaustrada del coro, de auríferos metales; el púlpito, recubierto de láminas de plata, que equivalen á cuarenta mil libras que costaba el tributo de un año entero del Egipto; las sillas de los siete sacerdotes; el sitial del patriarca; el trono del Emperador, todo repujado, cincelado, incrustado, esculpido y cuajado de perlas y pie-

dras preciosas, refleja tantas luces en tan infinito cabrilleo, que no puede la vista fijarse sin que el mareo trastorne los sentidos y desvanezca la inteligencia.

Detrás de tales esplendores, en el ábside, se nota mayor fulgor y más vivo y penetrante. Es el altar, cuya ara, sostenida por cuatro columnas de oro, está fabricada de una fusión de plata, oro, estaño y perlas; el sagrario, de cuatro columnas de plata, también con cúpula de oro macizo, coronado por globo y cruz de igual metal precioso, que pesa doscientas sesenta libras.

Más allá del altar, hay una figura gigante que representa la divina Sabiduría, que toca el pavimento con los pies y la bóveda del ábside con la cabeza.

Sobre todas estas magnificencias brillan en alto las siete medias cúpulas revestidas de mosaicos de cristal y oro, y en la grande, toda dorada, se extienden las imágenes de los apóstoles, los evangelistas, la Virgen y la Cruz pintada de varios colores; es una bóveda de joyas y flores. Y cúpulas, columnas, estatuas, candelabros, todo se mira como en límpido espejo en el suelo de mármol Proconeso (1) ondulado, que visto desde las cuatro

(1) Isla de la Propóntide, célebre por el hermosísimo mármol que se extraía de sus canteras.—Esto fué el origen de que se la llamase *Mármara*, de mármol, y el nombre se hizo extensivo más tarde al mar que la rodea.

puertas de entrada, semeja cuatro majestuosos rios encrespados por el viento.

¡Así era el interior de la basílica!

Pero es preciso figurarse aún como era el átrio, circundado de columnas y de paredes cubiertas por mosaicos y adornado de fuentes alabastrinas y pequeñas estatuas ecuestres. La torre se hallaba provista de treinta y dos campanas, que hacían sentir sus toques formidables en las siete colinas. Cien puertas de bronce decoraban con bajo relieve los puntos de ingreso, notándose las admirables inscripciones de plata. Los salones del Sínodo, las cámaras del Emperador, las prisiones para los sacerdotes, el baptisterio, las amplias sacristías que guardaban innumerables tesoros, intrincando laberinto, en fin, de vestíbulos, de corredores, de pasillos, de ocultas escaleras, llenaban por todos lados la construcción y conducían interiormente á las tribunas ó los oratorios secretos.

Solo ahora se puede bien imaginar cuál sería el aspecto que ofreciese semejante basílica en las grandes solemnidades de bodas imperiales, de concilios ó coronaciones, cuando del palacio de los Césares por una alameda de columnas, lleno el piso de mirto y flores, perfumado el ambiente de incienso y mirra, entre casas ornadas de vasos pre-

ciosos, paramentos y colgaduras de seda y oro, por enmedio de dos filas de *azules* y *verdes* (1) y oyendo los cantos de los poetas, los clamores de los heraldos que gritaban—¡Viva!—en todas las lenguas del imperio, se adelantaba el Emperador con la tiara terminada en una cruz, cuajado de perlas cual ídolo, sentado sobre carro de oro con cortinajes de púrpura, arrastrado por dos mulas blancas y circundado de cortejo propio de monarca persa; cuando el clero venia á recibirlo pomposamente en el átrio de la basílica; cuando toda aquella turba de cortesanos, escuderos, condestables, generales eunucos, logotetas (2), protospatrios (3), drongarios (4), gobernadores ladrones, magistrados venales, impúdicos patricios, senadores cobardes, esclavos, bufones, mercenarios de todos los países, casuistas morales; cuando, en suma, toda aquella canalla fastuosa, toda aquella podredumbre dorada hacía una irrupción en la gran nave de la gran basílica penetrando por veintisiete puertas y para ser vista á la luz de seis mil candelabros; cuando se veía á lo largo de la balaustrada del coro, bajo los pórticos y las tribunas un

(1) Nombres de dos partidos poderosos en Bizancio, cuyas luchas fueron célebres. ®

(2) Logotetas, oficiales encargados de la Hacienda pública.

(3) Oficiales portadores de la espada del Emperador.

(4) Comandantes de un *dronge* ó batallón.

vaiven, una mezcla de cabezas melencidas y capas purpúreas, una confusión de birretes con perlas, de collares de oro, de corazas de plata, con continuo cambio de actos ceremoniosos, un cruzar incesante de saludos y sonrisas, un afectado lucir de guarniciones de seda y de espadas de gala; cuando la perfumada molicie henchía el ambiente y por todas partes se respiraba el hálito de inmensa y bellaca muchedumbre que hacía resonar las bóvedas con gritos de ébria alegría y profanos aplausos, ... ¡cuál sería el aspecto de la basílica! repetimos.

Después de haber paseado en silencio por la mezquita, dejamos hablar á nuestros *ciceroni*, que empezaron por hacernos visitar las capillas situadas debajo de las galerías y enteramente despojadas de todo, como el resto de la basílica. Algunas sirven de tesorería, como el opistodomo del Partenon, en la cual los turcos que parten para largos viajes ó que temen á los ladrones depositan su dinero y sus objetos preciados, dejando todo, hasta años enteros, bajo la sola salvaguardia de Dios. Otras, cerradas por una pared, se han convertido en enfermerías, donde esperan la curación ó la muerte algun turco incurable ó algun idiota, que hacen de cuando en cuando resonar la mez-

quita con gritos de lamentos ó de carcajadas estridentes.

Desde aquí nos volvieron á conducir á la nave central, y dió principio el dragoman griego á contar las maravillas de la basílica.

Cierto que el dibujo fué trazado por los arquitectos Antemio de Tralles é Isidoro de Mileto; pero fué un ángel quien les inspiró la idea. Un ángel tambien sugirió á Justiniano abrir tres ventanas en el ábside que representasen las tres personas de la Trinidad. Las *ciento siete* columnas que sostienen la iglesia figuran las *ciento siete* columnas que sostienen la casa de la Sabiduría. Para juntar los materiales necesarios á la construcción se emplearon *siete* años. *Cien* maestros dirigian el trabajo, y *diez mil* operarios trabajaban á la vez, *cinco mil* á un lado y *cinco mil* á otro. Los muros apenas levantaban un palmo de la tierra y ya se habían consumido cuatrocientos quintales de oro. El gasto total del edificio solo, costó cien millones de reales. La iglesia fué consagrada por el Patriarca cinco años, once meses y diez dias después de colocada la primera piedra, y Justiniano ordenó entonces sacrificios, fiestas, distribución de dinero y viandas por espacio de dos semanas.

En este punto tomó la palabra el cavas turco, y fué para señalar la pilastra sobre la cual el Sultán Mahomet II, al entrar vencedor en

Santa Sofía, dejó la huella de la mano derecha sangrienta aún, como para sellar su conquista. Después nos mostró cerca del Mirab la denominada *ventana fría*, por la cual se respira constantemente un aire fresquísimo, y que inspiró las más bellas predicaciones á los más grandes doctores del islamismo. Nos hizo ver en otra ventana la famosa *pedra resplandeciente*, que es una losa de mármol diáfano, la cual brilla como si fuera de cristal cuando la hiere el sol. A la izquierda del que entra por la puerta del lado setentrional nos obligó á tocar la *columna que suda*; una columna revestida de bronce, de la cual se ve el mármol siempre húmedo por una pequeña abertura de la cubierta. Y por último, nos señaló un bloc de mármol cóncavo, traído de Belén, en el cual se cuenta que colocaron, apenas recién nacido, á Sidi Yssa «el hijo de María, el apóstol de Dios, el espíritu que de él procede, y que merece honor en este mundo y en el otro.»

Me pareció que ni el turco ni el griego tenían mucha fé en este asunto.

Tomó de nuevo la palabra el dragoman, pasando delante de una puerta tapiada de las galerías, á fin de narrarnos la leyenda célebre del obispo; y esta vez habló con tal acento de persuasión, que si no era verdadera estaba bien simulada.

En el momento que los turcos penetraron en la

iglesia de Santa Sofía, estaba celebrando la misa cierto obispo griego en el altar mayor. Al ver los invasores, abandonó el altar, subió á la galería seguido por la soldadesca, desapareció por una puertecilla, la cual se cerró instantáneamente detrás de él, convirtiéndose en aquel muro de piedra. Los soldados se pusieron á golpear la pared, no consiguiendo sino hacer pedazos sus armas. Llamáronse á unos albañiles, quienes al cabo de un día de trabajo con picos y azadones, tuvieron que dejar la empresa, rendidos inútilmente; vinieron otros, y otros, todos los de Constantinopla, sin conseguir derribar el muro, sino antes bien, cayendo uno á uno rendidos de cansancio ante la pared milagrosa.—¡Pero aquel muro se abrirá! Se abrirá el día en que la basílica profanada se restituya al culto de Cristo; y entonces saldrá aquel obispo griego vestido con sus ornamentos pontificales, el cáliz en la mano, radiante de alegría el rostro, volverá á subir las gradas del altar y seguirá la misa por el mismo punto en que la dejó. Y aquel día la aurora de los nuevos siglos brillará para la ciudad de Constantino.

En el instante de salir, el sacristan turco que nos habia seguido hasta entonces, dando vueltas de acá para allá, nos dió un puñado de pedacillos

de mosaico que había arrancado poco antes de un muro, y el dragoman, parándose en la puerta, empezó la narración, que le cortamos en el acto, sobre la profanación de Santa Sofía.

Pero no quisiera que á mí también me cortasen este cuento, ahora que la descripción de la basílica me ha reavivado en el pensamiento los detalles de aquella escena.

Al punto que corrió la noticia, hacía las siete de la mañana, de que los turcos habían salvado las murallas de Constantinopla, inmenso tropel de gente se refugió en el templo. Eran cerca de cien mil personas: soldados huidos, monjes, sacerdotes, senadores, miles de vírgenes escapadas de los monasterios, familias patricias con sus tesoros, grandes dignatarios del Estado, príncipes de la sangre imperial, corrían por las galerías y la nave, ocultándose en todos los huecos y escondrijos del edificio, al acaso, sin parar mientes en nada, mezclados los poderosos con el vulgo, los señores con los esclavos, con los malhechores salidos de las cárceles y de las galeras... resonando, por último, Santa Sofía con el clamoreo del terror, cual teatro incendiado en el momento de estar lleno. Cuando el local estuvo relleno literalmente, se cerraron las puertas, se atrancaron con barras y se aseguraron de todas maneras. Al ruido primero, sucedió un silencio doblemente espantoso. Muchos esperaban todavía que no osarían los vencedores pro-

fanar la iglesia; otros esperaban con estúpida seguridad la aparición del ángel anunciado por los profetas, el cual solo, habría exterminado el ejército musulmán antes que la vanguardia arribase á la columna de Constantino; varios, subidos hasta la terraza interior de la gran cúpula, espiaban desde las ventanas la aproximación del peligro y suministraban noticias por medio de gestos y ademanes á cien mil semblantes aterrorizados que miraban á lo alto.

Desde arriba se divisaba una inmensa nube blanca que cubría las murallas de la Blaquer-na hasta la Puerta dorada; y dentro ya de las murallas, se distinguían cuatro colosales ráfagas flamíferas por el relampagueo de las armas, que adelantaban por entre las casas, semejantes á torrentes de lava alargándose y murmurando sordamente en medio de las llamas y del humo. Eran las cuatro columnas de asalto del ejército turco que destrozaban á su paso las avanzadas desordenadas del ejército griego, y que convergían en dirección á Santa Sofía, el Hipodromo y el Palacio imperial, incendiando y saqueando cuanto les ocurría al encuentro. Cuando la vanguardia de las columnas llegó á la segunda colina, los estridentes sonidos de las trompetas resonaron de pronto en el interior de la iglesia, y la muchedumbre, presa de la pavora, cayó de rodillas. Pero hasta en aquellos momentos muchos seguían confiando en

el ángel, y otros aguardaban que un sentimiento de respeto y de terror detendría á los invasores ante la majestad de aquel soberbio edificio consagrado á Dios. Mas aún esta última esperanza pesquera no tardó en desvanecerse igualmente que las anteriores.

Los chirridos desacompañados de los clarines se avecinaban, confuso rumor de armas y gritos hirieron el aire, llegando al interior por todas las ventanas, henchiendo la basílica con infernal ruido. Un minuto despues retumbaban los primeros secos golpes de las hachas otomanas en las puertas de bronce de los vestíbulos. Entonces la multitud sintió el frío de la muerte, y todos se encomendaron á Dios.

Al fin, las puertas destrozadas cayeron deshechas, y una horda salvaje de genizaros, de spahí, de dervis, bañados en pólvora y sangre, transfigurados por el furor de la batalla, de la rapiña y del estupro, apareció en el dintel. Al primer golpe de vista de la gran nave fulgurante de tesoros, de riquezas, de joyas y de mujeres, lanzaron un alarido bárbaro de alegría y de admiración, y en selvática irrupción penetraron las fieras en el templo. Una parte se precipitó sobre las vírgenes, sobre las damas, sobre los patricios, cual furioso torrente devastador, á apoderarse de aquellos esclavos preciosos, que convertidos en idiotas por el miedo, ofrecieron los brazos y los cue-

llos á las cadenas. Otros saltaron sobre los tesoros de la iglesia y cayeron como lluvia torrencial sobre las joyas y riquezas. Los tabernáculos rodaron, las estatuas fueron hechas añicos en breve, los crucifijos de marfil quedaron reducidos á esquirlas, los mosaicos, tomados por perlas y piedras preciosas, se arrancaban á golpes de cimitarra, saltando cual manantiales de aljófar, recogidos en los caftanes y las capas abiertas de los que amparaban el saqueo. Las perlas de los vasos sacros, arrancadas con las puntas de los puñales, saltaban al suelo y se las perseguía como á cosas vivas, disputándose la posesión á sablazos ó á mordiscos. El altar mayor de plata y oro saltó en mil pedazos, repartido entre los más fuertes; y los sitiales, el trono, el púlpito, la balaustrada recubierta del coro, desaparecieron triturados como por espantosa avalancha de piedra.

Entre tanto proseguía la irrupción en el templo de las hordas asiáticas, y á poco no se distinguió sino el turbio ambiente polvoriento, vertiginoso, de la embriaguez, del desenfreno y la orgía, del latrocinio. Los bárbaros se calaban las tiaras y mitras, los ornamentos sagrados, y ostentando en las manos los sacros vasos, apenas se daban reposo para atar á los nuevos esclavos con los dorados cíngulos de los sacerdotes. Los camellos y caballos iban entrando, y á poco salían cargados del botín y arrastrando las presas. Era aquello el

campo orjiástico y sacrílego, teniendo por suelo tanta borrachera de pasiones, evangelios y reliquias. Los ladridos del triunfo se sucedían sin interrupción en medio de la catástrofe, y cada alarido representaba una amenaza ó un golpe, á que se mezclaban las imprecaciones de la venganza, los gritos de las criaturas y los ecos de los clarines.

Todo aquel estruendo desapareció como por encanto en un instante. Había aparecido en la puerta principal la figura de Mahomet II á caballo, rodeado de príncipes, visires y generales. Severo é impasible, como la venganza de Dios, levantándose sobre los estribos, lanzó con voz tonante por los ámbitos de la basílica devastada la primera fórmula de la nueva religion:

— ¡Alá es la luz del cielo y de la tierra!

DOLMA BAGCÉ.

Todos los viernes va el Sultán á hacer sus oraciones á una mezquita de Constantinopla.

Lo vimos un dia que fué á la mezquita de Abdul-Megid, situada en la ribera europea del Bósforo, cerca del palacio imperial de Dolma Bagcé.

Para ir desde Galata á Dolma Bagcé se atraviesa el populoso cuartel de Top-hané entre una gran fundicion de cañones y un vasto arsenal, se recorre todo el barrio musulman de Funduelú, que ocupa el lugar del antiguo Aiantion, y va á darse á espaciosa plaza abierta hácia el mar, más allá de la cual, y á lo largo de la orilla del Bósforo, levanta su cabeza el famoso palacio residencia de los Sultanes.

La mayor mole de mármol que reflejan las aguas del estrecho desde las colinas del Serrallo hasta la embocadura del Mar Negro, es el palacio,

campo orjiástico y sacrílego, teniendo por suelo tanta borrachera de pasiones, evangelios y reliquias. Los ladridos del triunfo se sucedían sin interrupción en medio de la catástrofe, y cada alarido representaba una amenaza ó un golpe, á que se mezclaban las imprecaciones de la venganza, los gritos de las criaturas y los ecos de los clarines.

Todo aquel estruendo desapareció como por encanto en un instante. Había aparecido en la puerta principal la figura de Mahomet II á caballo, rodeado de príncipes, visires y generales. Severo é impasible, como la venganza de Dios, levantándose sobre los estribos, lanzó con voz tonante por los ámbitos de la basílica devastada la primera fórmula de la nueva religion:

— ¡Alá es la luz del cielo y de la tierra!

DOLMA BAGCÉ.

Todos los viernes va el Sultán á hacer sus oraciones á una mezquita de Constantinopla.

Lo vimos un dia que fué á la mezquita de Abdul-Megid, situada en la ribera europea del Bósforo, cerca del palacio imperial de Dolma Bagcé.

Para ir desde Galata á Dolma Bagcé se atraviesa el populoso cuartel de Top-hané entre una gran fundicion de cañones y un vasto arsenal, se recorre todo el barrio musulman de Funduelú, que ocupa el lugar del antiguo Aiantion, y va á darse á espaciosa plaza abierta hácia el mar, más allá de la cual, y á lo largo de la orilla del Bósforo, levanta su cabeza el famoso palacio residencia de los Sultanes.

La mayor mole de mármol que reflejan las aguas del estrecho desde las colinas del Serrallo hasta la embocadura del Mar Negro, es el palacio,

y no se abraza de un solo golpe de vista, á ménos que se pase en barca por delante de él.

La fachada, que se extiende por un espacio de media milla italiana, mira hácia el Asia y se la ve blanquear á gran distancia entre el azul del mar y el verde oscuro de las colinas. No puede llamarse propiamente palacio, porque carece de unidad la construcción, y carece de ese concepto general arquitectónico que preside á todo monumento. Las varias partes que lo constituyen se hallan desligadas entre sí, y se mezclan en confusión nunca vista los estilos, del árabe al griego, del gótico al turco, del romano al del Renacimiento, y reúne á la majestad de los palacios Reales de Europa, la gracia y gentileza casi femenina de las régias mansiones moriscas de Sevilla y Granada.

Más bien que *palacio* se debería denominar *ciudad imperial*, lo mismo que la del Emperador de la China; y mejor por la forma que por lo vasto, parece que debe ser habitado, no por un solo rey, sino por diez reyes hermanos ó amigos que pasan allí el tiempo entre ocios y placeres.

Por el lado del Bósforo presenta variada série de fachadas de teatro ó de templos, sobre las cuales sobresale indescriptible profusión de ornamentaciones arrojadas al aire, según la frase de un poeta turco, por la mano de un loco; y que recuerdan aquellas pagodas indias que cansan la

vista á la primera ojeada, y semejan la imagen de los infinitos caprichos amorosos y fastuosos de los desenfadados príncipes que moran dentro de aquellas paredes. Hay hiladas de columnas dóricas y jónicas ligeras y delgadas como astas de lanza; ventanas recuadradas con cornisas y festones y con columnillas acanaladas; arcos llenos de hojarasca y flores encorvándose sobre puertas cuajadas de adornos; aéreos terrados con parapetos esculpidos y calados; trofeos, rosetones, guirnaldas entrelazadas, trozos de primorosos mármoles que asoman en los entablamentos, coronando las ventanas, ornando los capiteles de los parte-luces, contorneando todos los relieves; red de arabescos que se alarga desde las puertas á los frontones, y de los frontispicios á los basamentos; y *fioriture* recargadas de primores y galas arquitectónicas por todas partes, dando á cada uno de los miembros del palacio la apariencia de prodigioso trabajo de cinceladura.

No se cree que haya sido un tranquilo arquitecto armenio quien diera la primera idea de aquella encantadora morada, sino un Sultan enamorado que viera en plácido sueño, durmiendo entre los brazos de su más ambiciosa amante, la ficción de un oasis.

Delante se exparce profusa série de pilastras monumentales de mármol blanco, unidas entre sí por doradas cancelas que presentan delicadísimo

trenzado de ramas y flores, y que de léjos se toma por vasta cortina de franjas que el viento debe tremolar.

Ancas gradas dan acceso á la construccion, y van á morir entre las ondas donde esconden su último peldaño.

Todo es blanco, fresco, nítido, propio en fin, de un palacio concluido ayer mañana. El ojo del artista podrá hallar mil errores de armonía y de gusto; pero el conjunto de aquella inmensa riquísima mole, aquella caterva de habitaciones reales blancas como la nieve, nieladas á buril como joyas de filigrana, envueltas en aquel fondo verde, reflejadas en las aguas, deja en el ánimo poderosa impresion de misterio y de amor que casi hace olvidar la colina del Serrallo.

Los que tuvieron la fortuna de penetrar dentro de aquellos muros, aseguran que el interior corresponde al exterior. Que hay anchos salones, tiradas de cámaras unas tras otras pintadas al fresco, asuntos fantásticos y risueñas tintas; puertas de cedro y de caoba bruñidas y talladas con incrustaciones de oro; interminables corredores iluminados por dulcísima luz; elegantes retretes donde la claridad penetra por claraboyas de cristales de color y baños de una sola pieza de mármol de Páros; terrazas aéreas colgadas sobre escarpadas lomas ó sobre pendientes suavemente inclinadas; bosquecillos y cenadores cubiertos

siempre de hojas perennes y flores de todo el año; largas fugas de pórticos moriscos, por entre los cuales se descubre el mar, y ajimeces, balcones, galerías, todo lleno de luz y de perpétua primavera, y agua corriente en todos lados, ora en saltos atrevidos, ora en cascadas, ya en arroyos, ya por último, en menuda lluvia que cae cual rocío continuo para refrescar el ambiente y abrillantar las hojas de las plantas; finalmente, la vecindad del Bósforo satura de fresca brisa marina aquellos deliciosos parajes.

Por el lado de Funduelú hay una puerta recargada de adornos; el Sultán debia salir por aquella puerta y atravesar la plaza.

¡No existe otro rey en la tierra que posea tan hermosa plaza para salir de su palacio!

Estando al pié de la colina se distingue espléndido panorama. De un lado, la puerta, arco triunfal digno de la primera reina del mundo; del otro, la coquetona mezquita de Abdul-Megid, guardada por dos centinelas laterales, dos elegantes minaretes, enfrente del Bósforo; aquí, las co-

linas del Asia, de un verde puro, salpicado de múltiples colores, por kioskos, palacios, cierros de cristal, mezquitas, torreones y casas de campo, retrato de una gran ciudad preparada para eterna fiesta; más léjos, la risueña majestad de Scutari, con su fúnebre corona de cipreses; y entre ambas orillas un incesante cruce de barcos de vela, de navíos de guerra empavesados, de vaporcillos llenos de gente sobre cubierta, que parecen cestas de flores, embarcaciones asiáticas de hechuras antiguas y gallardas, lanchas del Serrallo, barquillas de particulares, miles de aves acuáticas que desfloran con sus alas las crestas rizadas de las olas: una belleza rebosando alegría, vida, actividad, ante la cual el extranjero que aguarda la salida del cortejo imperial, no puede ménos de imaginar un Sultan bello como un ángel, sereno como un niño.

Media hora antes se encontraba ya la plaza guarnicionada por dos filas de soldados vestidos á la zuava, encargados de cubrir la línea al paso del Sultan, y miles de curiosos.

No se concibe nada tan raro como el gentío que se reúne en tales ocasiones para ver al Sultan.

Parados aquí y allí algunos carruajes cerrados con mujeres turcas dentro, pertenecientes al *alto señorío*, guardadas por eunucos colosales á caballo, inmóviles, á las portezuelas; varias señoras inglesas en carretelas descubiertas; varios círculos

de viajeros con sus imprescindibles gemelos, entre cuyos espectadores se reconoce al continuo *conquistador* de la Fonda de Bizancio, venido sin duda ¡cruel! para herir en el corazón por medio de una mirada amante á cualquiera sultana y matar á la vez con los rayos del triunfo á su potente é infeliz rival! Entre los grupos giraban algunas figuras y figurillas y figurones, con el álbum bajo el brazo, que me parecieron dibujantes llegados á posta para diseñar furtivamente *las semblanzas* imperiales. Vecina de la banda de música se había hecho una *señora* francesa vestida llamativamente, hermosísima y de talante atrevido, que se colocó delante de los músicos, y que, Dios me perdone el mal pensamiento, si digo que era una aventurera cosmopolita que pretendía ingresar en el catálogo del haren, flechando al Gran Señor. Si me permito ir tan léjos, diré que me fundo en el continente de dicha heroína, sobre cuyo rostro se leía «la intrépida alegría de un gran designio.» Había no pocos tipos de aquellos viejos turcos, súbditos fanáticos y que inspiran sospechas, que no faltan jamás al paseo del Sultan, porque quieren persuadirse por sí mismos de que está vivo y sano para gloria y prosperidad del Universo. Y el Sultan sale precisamente los viernes para dar á su gran pueblo prueba inequívoca de su existencia y para evitar que se piense, con harta fundamento, puesto que sucede con frecuencia, que su

encierro en los palacios es signo de su muerte, ejecutada y mantenida oculta por conspiraciones é intrigas cortesanas.

Tampoco faltaban mendigos, ni elegantes y hermosos jóvenes musulmanes, ni descarados eunucos, ni dervises.

De la última clase fijé la atención en un viejo alto y escuálido, con ojos penetrantes y mirada terrible, petrificado y sin quitar la vista de la puerta del palacio con siniestra expresión, y pensé si esperaba al Sultán con objeto de plantársele delante y gritarle cara á cara, como el dervis de las *Orientales* al Bajá Alí-de-Tepeleni:

—¡Tú no eres sino un perro y un maldito!

Pero de tales sublimes osadías no se dan ya casos despues de la famosa cuchillada de Mahmud.

Desparramadas por la plaza noté varias muestras de mujercitas turcas, que parecían grupos de máscaras, y el habitual monton de comparsas de teatro, que forma la muchedumbre de Constantinopla. Recortábanse las siluetas de todas las cabezas en el azul del Bósforo, y probablemente todas las bocas pronunciaban las mismas palabras y murmuraciones.

Porque es de saber que en aquellos días precisamente comenzaba á hablarse de las extravagancias de Abdul-Azis. Ya hacía tiempo que se venía charlando de su insaciable sed de oro. El pueblo decía:—Mahmud, ávido de sangre; Abdul-Megid,

de mujeres; Abdul-Azis, de dinero. Todas las esperanzas que se fundaron sobre él, siendo á la sazón príncipe imperial, cuando mató á un buey de un puñetazo, exclamando:—«Lo mismo exterminaré la barbárie,»—se habían desvanecido por completo. La tendencia á una vida sencilla y severa, de que dió claras muestras en los albores de su reinado, amando según se decía á una sola mujer, y restringiendo inexorable los gastos del Serrallo, desapareció sin dejar otro rastro que la memoria del suceso.

Seguramente hacía años y años que abandonó aquellos estudios de legislación, de arte militar, de literatura europea, de lo cual se había hecho tanto ruido, ni más ni ménos que si en ello se fundasen las esperanzas de regeneración del Imperio.

De tiempo atrás no pensaba sino en él mismo. A cada paso corría el rumor de algun arrebató contra la persona de un ministro de Hacienda que le negara, porque no quería ó no podía dárselo, todo el oro que él deseaba. Y á la más mínima objecion le iba encima á la persona de Su Excelencia el objeto que Su Majestad tuviese más á mano, recitando con palabra acompañada del ademán, y con cuanta voz ocultaba en los pulmones, la antigua fórmula del juramento imperial:

«Por Dios, creador del cielo y de la tierra, por el Profeta Mahoma, por las siete variantes del

Coran, por los ciento veinticuatro mil profetas de Dios, por el alma de mi abuelo y el alma de mi padre, por mis hijos y por mi espada...» Tráeme dinero ó hago clavar tu cabeza en la punta del más alto minarete de Stambul.

Y de un modo ó de otro conseguía su propósito, y el dinero obtenido de aquella manera ora lo amontonaba y ocultaba como un avaro vulgar, ora lo derrochaba á manos llenas en cualquier capricho pueril. Hoy le daba la manía por los leones; mañana por los tigres, y mandaba comerciantes con monopolio y privilegio exclusivo para cazar tales fieras á las Indias ó al Africa; despues, por un mes entero, le dió por reunir quinientos papagayos y hacerles repetir á todos la misma palabra en los jardines imperiales; despues tuvo furor por los carruajes; luego por los pianos, que hacía que tocasen los músicos, suspendiendo el instrumento en las espaldas de cuatro esclavos más tarde se volvía loco con las riñas de gallos, á cuyas quimeras asistía entusiasmado, y colgaba por su propia mano una medalla al cuello de los vencedores, y desterraba más allá del Bósforo á los vencidos; vino en seguida la pasión por el juego, por los kioskos y por los cuadros; la corte parecía haber vuelto á los tiempos del primer Ibraim; pero el pobre príncipe no encontraba paz, ni conseguía otra cosa que pasar de mortal aburrimiento en tormentosa inquietud. Estaba torvo

y triste; cualquiera diría que presentía el fin desgraciado que le esperaba. A veces se le metía en la cabeza que debía morir envenenado, y no comía sino huevos pasados por agua por espacio de varios dias. En otras ocasiones se apoderaba de él el miedo á los incendios, y hacía despojar sus habitaciones de los objetos de madera, los marcos de los espejos inclusive. Y entonces, se dijo que por temor al fuego, leía de noche á la luz de una bujía, sumergido el candelero en un depósito de agua.

Y no obstante, á pesar de tantas manías, que tenían por causa una causa que no es del caso, segun se cuchicheaba en Constantinopla, conservaba toda la fuerza imperiosa de su antigua voluntad, y sabía hacerse obedecer y que temblasen á su presencia los más osados.

La única persona que segun voz pública influía en su ánimo era su madre, mujer de índole vana y altanera, que durante los primeros años del reinado de su hijo hacía cubrir de tapices de brocado las calles por donde pasaba el Sultán, regalándolos luego á los esclavos que los levantaban.

Aun en el desórden de tan afanosa vida, en medio de sus grandes caprichos, padecía tambien Abdul-Azis caprichos nimios é insignificantes, tales como el de querer que en una puerta determinada se pintasen al fresco asuntos de *natura-*

leza muerta, con ciertos frutos y ciertas flores, combinados de tal ó cual manera, prescribiendo minuciosamente todo al pintor, y se pasaba allí hora tras hora, contando las pinceladas que el artista iba dando, como si en el mundo no existiese asunto de mayor interés que semejante cuenta.

Tales rarezas y extravagancias servían de pasto á la murmuracion como comidilla nacida. Dios sabe cómo en el Serrallo, y que repetidas por cien bocas venían á la plaza pública. Y acaso de ellas nacieron las primeras intrigas que dos años despues fueron base para la conjuracion que lo derribó del trono. Su caída, como dicen los musulmanes, estaba ya escrita, y con ella la sentencia que despues se pronunció contra él y contra su reinado. La cual, sobre poco más ó menos, no difiere de la que se podría fulminar contra todos los Sultanes de los últimos tiempos. Príncipes imperiales lanzados hácia una civilizacion europea, por una educacion superficial, vária y libre, animados del fervor de la juventud, deseosa de novedades y de gloria, sueñan antes de subir al trono con grandes designios y proyectos de reforma y mejoras, prometiéndose sinceramente la realizacion de aquel fin durante toda su vida, que se proponen que sea vida austera, activa y de incesante lucha. Pero despues de algunos años de reinado y de inútiles combates, rodeados de mil obstáculos, preocupados por las tradiciones, los

usos y las costumbres, separados de los hombres y de las cosas, asustados de la magnitud no vista antes en toda su pujanza, de la empresa, se entregan desconfiados y decaído el ánimo á la vida comun de los antepasados y de la generalidad, lanzándose en la senda de los placeres, buscando en ellos satisfacciones que la gloria les negara, y perdiendo poco á poco, en una existencia sensual y grosera, hasta la memoria de los primeros propósitos y la conciencia de su envilecimiento.

Así ocurre siempre, que la exaltacion al trono de un nuevo Sultan es pronóstico feliz, no sin fundamento, á lo cual sigue el más terrible de los desengaños.

*
**

Abdul-Azis no se hizo esperar.

A la hora fijada se oyó un toque de clarin, la banda tocó marcha guerrera, los soldados presentaron las armas, un piquete de lanceros salió por la puerta principal de palacio, y por fin, se vió aparecer al Sultan á caballo, que se adelantaba lentamente seguido de su cortejo.

Pasó por delante de donde yo estaba situado, á corta distancia, y tuve todo el tiempo necesario para mirarlo atenta y detenidamente.

La idea que me había formado cayó como quimérica ilusión.

El Rey de los Reyes, el Sultan pródigo hasta el derroche, violento, caprichoso, imperioso,—que á la sazón frisaba en los cuarenta y cuatro años,—ofrecía el aspecto de un turco de buenísima pasta, que estaba oficiando de Sultan sin saberlo.

Era un moceton gordo, de bello semblante, con grandes ojos serenos y barba corrida y corta, ya algo canosa. Su fisonomía era franca y dulce; porte naturalísimo, casi descuidado; mirar tranquilo y lento, sin que el más mínimo asomo de preocupación lo alterase, y sin que las mil inquisitivas ojeadas del público lo disturbasen en nada. Cabalgaba sobre hermoso potro tordo enjaezado ricamente de oro, y tenido por las riendas por dos palafreneros radiantes de lujo. El acompañamiento cortesano le seguía á no larga distancia, y por él veníase en conocimiento de la alta categoría del personaje.

Vestía modestísimamente: un sencillo fez, un largo casacon de color oscuro abotonado de alto abajo, un par de pantalones claros y calzado de tafilete. Adelantaba, según dije antes, despacio, mirando alrededor con expresión entre benévola y

cansada, como si quisiese decir á los espectadores:—¡Si viéseis cuánto me aburro!

Los musulmanes se inclinaban, muchos europeos se quitaban el sombrero, pero él no devolvió á nadie el saludo. Al pasar por delante de donde yo estaba se dignó mirar á un oficial de alta estatura que lo saludó con el sable; echó otra ojeada al Bósforo, y luego fijó la vista en dos jóvenes inglesas que se hallaban en un carruaje descubierto viéndolo atravesar la plaza, y que se pusieron encarnadas como la grana.

Observé que tenía las manos muy blancas y bien formadas, y precisamente me fijé en la derecha, con la que dos años despues se abrió las venas en el baño.

Tras él pasaron bajás, cortesanos, *grandes peeces*, á caballo, casi todos hombretones de barba negra, vestidos sin pompa, silenciosos, graves, serios, como si acompañasen fúnebre cortejo. Despues, un escuadron de palafreneros que conducían pié á tierra soberbios caballos. Luego un monton de oficiales con el pecho cubierto de sardinetas y cordones de oro. Los soldados dejaron las armas en su lugar descanso, la muchedumbre se desparamó, y yo permanecí en la plaza inmóvil con las pupilas fijas en la cresta del monte Bulgurlú, meditando en la singularísima condicion de un Sultan de Stambul.

Pensaba: hé aquí un Monarca mahometano que tiene su residencia al pié de una ciudad cristiana, Pera, cuyas torres la dominan; soberano absoluto de uno de los Imperios más vastos del mundo, y cuenta en la vecindad de su metrópoli, en grandes palacios, superiores á su Serrallo, cuatro ó cinco extranjeros ceremoniosos que la echan de dueños en su propia casa, y que tratando con él esconden bajo reverente lenguaje, una amenaza perpétua que lo hace temblar. Posee un poder sin límites, en calidad de Señor de vidas y haciendas de millones de súbditos; medios con que satisfacer sus más locos designios, y sin embargo, no es dueño de cambiar la forma del casquete que cubre su cabeza. Se halla rodeado de gran ejército de cortesanos y guardias, capaces de besar las huellas de sus plantas, y teme constantemente por la propia vida y la de sus hijos. Es propietario de mil mujeres, entre las hermosas de la tierra escogidas, y á él solo, de todos los musulmanes del Imperio, le está prohibido dar la mano de esposo á una mujer libre; no puede tener hijos sino de esclavas, y él mismo es llamado «hijo de esclava,» por el mismo pueblo que lo apellida «sombra de Dios.» Su nombre suena reverenciado y temido hasta en los últimos confines de la Tartaría, y en los confines remotos del Maghreb, y en su misma metrópoli existe un pueblo innumerable, siempre creciente, sobre el cual no ejerce su poder ni por

asomos, que se rie de él, de su fuerza y de su fé. Por toda la haz de sus vastísimos dominios, entre las tribus más miserables de sus provincias lejanas, en las mezquitas y en los conventos solitarios de los países salvajes, se ruega ardientemente por su vida y por su gloria; y sin embargo, no da en sus estados un paso sin encontrarse en medio de enemigos que lo execran é invocan la venganza de Dios sobre su cabeza. Para toda la parte de mundo que se extiende delante de su residencia real, es uno de los más augustos y formidables monarcas del universo; para la que se extiende á sus espaldas, es el hombre más débil, más pusilánime, más miserable de los que llevan corona ciñendo las sienas. Enormes y contrarias corrientes de ideas, de voluntades, de fuerzas opuestas á la naturaleza y á las tradiciones de su poderío, lo envuelven, lo arrastran, lo dominan y trasforman todo bajo sus plantas, á su alrededor, á pesar suyo, á veces sin que lo advierta siquiera, y cambian costumbres, usos, leyes, creencias, hombres, todo.

Y él está allí, entre Asia y Europa, dentro de su soberbio palacio bañado por el mar, como en nave dispuesta á levar ancla en el centro mismo de infinita confusion de cosas y de ideas, circundado de fastuosidad fabulosa, y de miseria sin fin, no siendo ya *ni dos ni uno*, ni verdadero musulman, ni verdadero europeo, reinando sobre un

pueblo en parte ya mudado y cambiado, bárbaro de sangre, civil de aspecto, bifronte como Jano, servido cual númen, vigilado cual esclavo, adorado y amenazado juntamente, y cada día que pasa se extingue un rayo de su aureola y se cae una piedra de su pedestal.

Me parece que si yo estuviese en su lugar, cansado de aquella condición y manera de ser tan singular y rara en el mundo, saciado de los placeres, estomagado de tanta adulación y lisonja tanta, aburrido de las sospechas, indignado de aquella mal segura soberanía, de aquel ocio, de aquel desorden, el día ménos pensado, á la hora en que el inmenso Serrallo se sumerge en el sueño, me arrojaría á nado en el Bósforo como galeon fugitivo, é iría á pasar la noche á una taberna de Galata, entre un puñado de marineros, con un vaso de cerveza en la mano y una pipa de yeso en la boca, cantando *La Marsellesa*.

*
*
*

Media hora despues el Sultan volvió á cruzar por la plaza rápidamente en carruaje cerrado, seguido por una escuadra de oficiales á pié, corrien-

do detrás del coche, con lo cual terminó el espectáculo.

De todo él, lo que me produjo mayor sensación fué la carrera de la oficialidad de gran gala, á saltos, ¡como lacayos detrás del vehículo imperial!

¡Jamás recuerdo haber presenciado una prostitucion semejante de las divisas militares y el honoroso uniforme!

Por lo que habrán comprendido mis lectores, esta exhibicion del Sultan es ahora una cosa demasiado vulgar y hasta mezquina. Los Sultanes de otras épocas salían con gran pompa, precedidos y seguidos de nubes de ginetes, de esclavos, de guardianes de los jardines, de eunucos, de chambelanes, que vistos de lejos presentaban el cuadro, segun contaban los cronistas, «de vasta red de tulipanes.»

Los Sultanes del día, en cambio, rechazan la ostentacion teatral de la perdida grandeza. Con frecuencia me pregunto qué diría uno de aquellos primeros y magníficos Monarcas, si surgiendo de repente de su sepulcro de Brussa ó de su tumba de Stambul, viese atravesar uno de estos nietos del siglo XIX engalanado con una levita negra de una hilera de botones abrochada, sin turbante, sin espada, sin pedrería y por entre grupos de insolentes extranjeros.

Creo que subiría la sangre á sus mejillas de

rabia y de vergüenza, y en prueba de soberano desden, le haría cortar la barba al nieto á golpe de cimitarra, como hizo con Hassan Soliman I, que es la mayor de las injurias que se puede inferir á un osman.

Existe la misma diferencia entre unos y otros Sultanes, que la que media entre aquellos siglos XII y XVI en los cuales resonaron los nombres de Señores musulimes como rayos de pólvora, y los Imperios del presente en el Oriente europeo. Ellos reunían en sí la juventud, la belleza y el vigor de su raza, y no eran solo imágen viva del propio pueblo, bella insignia, piedra preciosa de la espada del islamismo, sino que constituían por sí mismos una verdadera fuerza, tal, que no hay quien se atreva á desconocer y negar que en sus cualidades personales estribaba la causa más eficaz del maravilloso incremento de la pujanza otomana.

El más bello período es aquel que abraza los primeros albores de la dinastía, que luego cuenta hasta ciento noventa y tres años desde Osman á Mahomet II. Aquella fué, sin disputa, cadena de príncipes fortísimos, y con una sola excepcion y teniendo en cuenta los tiempos y las cualidades de la raza, austeros, prudentes, amados de sus propios súbditos; á menudo feroces; por lo general injustos, mas con frecuencia tambien generosos, benéficos y nobles con los enemigos. Así se

comprende que todas aquellas gentes debían ser príncipes bellos y de tremebundo aspecto; verdaderos leones, como les apellidaban sus madres, «cuyo rugido hacía estremecer la tierra.»

Los Abdul-Megid, los Abdul-Azis, los Murad, los Hamid, no son sino larvas de Bajás, en comparacion de aquellos jóvenes formidables, hijos de madres de quince años, de padres de diez y ocho, nacidos de la flor de la sangre tártara y de la flor de la belleza griega, persa, caucásica. A los catorce años mandaban ejércitos y gobernaban provincias, recibiendo en premio, de sus madres mismas, las más bellas y ardientes esclavas. A los diez y seis años, eran ya padres; á los setenta, todavía lo podían ser. Pero nunca el amor debilitaba el bizarro temple de su espíritu ni de su cuerpo. El ánimo era de hierro, segun frase de los poetas, y el cuerpo de acero. Les eran comunes ciertos rasgos, perdidos más tarde en sus degenerados nietos: la frente alta, el entrecejo marcado y sin solucion entre ambas cejas, como los persas; los ojos azules de los hijos de las estepas, la nariz aguileña, y un tanto encorvada á su terminacion sobre la boca de purpurinos lábios, «como pico de papagayo sobre cerezas;» poblada y sedosa barba negra, cantada por los poetas del Serrallo con símiles ora dulces, ora terribles. Tenían la «mirada de águila del monte Tauro y la fuerza del Rey del desierto;» cuello de toro, anchísimas espaldas,

pecho saliente, "pudiendo encerrar toda la ira guerrera de sus pueblos;" brazos larguísimos, articulaciones colosales, piernas cortas y arqueadas, que hacían trepidar de dolor los vigorosos corceles turcomanes; grandes manos velludas, que manejaban como si fueran cañas las mazas y los arcos enormes de bronce, de sus soldados. Llevaban sobrenombres, motes, dignos de sus temperamentos: *El Luchador*, *El Campeón*, *El Rayo*, *El Triturador de huesos*, *El Escanciador de sangre*. La guerra, después de Alá, era el primero de sus pensamientos; la muerte, el último. Carecían, cierto, del génio de los grandes capitanes, pero todos se hallaban dotados de aquella prontitud de resolución que casi siempre lo suple, y de aquella obstinación feroz que consigue idénticos efectos que el génio mismo. Volaban cual fúrias aladas por los campos de batalla, mostrando de lejos las largas plumas de Airon, prendidas como joyel en sus blancos turbantes y los anchos caftanes tejidos de oro y de púrpura; y sus gritos salvajes impulsaban hácia adelante los batallones diezados por la metralla sérvia ó austriaca, cuando no bastaban los latigazos sacudidos por los furibundos cabos á lo largo de las espaldas de los soldados. Lanzaban sus caballos á nado en los rios, manejando en remolino sus gúrnias y alfanges, que destilaban sangre por encima de las aguas; aferraban por el cuello, desmontándolos de sus

sillas á los Bajás cobardes que volvían grupa en el combate; echaban pié á tierra en lo más encarnizado de la lucha, batiéndose cuerpo á cuerpo, y en la derrota clavaban sus puñales cuajados de pedrería, en las espaldas de los que huían temerosos; heridos de muerte, todavía comprimiendo la herida, subían á un alto para mostrar al morir sus semblantes amenazadores, recomendando la venganza á sus genízaros, y caían rugiendo de rábía, pero no de dolor!!

¿Cuál sería la sensación que experimentasen las jovencillas circasianas ó persas recién llegadas á la pubertad, cuando por vez primera, la noche de un día de batalla, bajo purpúrea tienda en el campamento, á la velada luz de mágica lámpara, comparecían ante uno de aquellos Sultanes espantosos y soberbios, embriagados con la victoria, con el triunfo y con la sangre?

Bien es verdad que entonces convertíanse los bravos leones en dulces y mansísimos corderos, estrechando entre sus huesosas manos, todavía convulsas del juego de la espada, aquellas maninas infantiles, buscando galantes mil imágenes de las flores de sus jardines, de las perlas de sus puñales, de los pájaros de sus bosques, de los colores de la Aurora en la Anatolia y la Mesopotamia, para alabar la belleza de sus esclavas, tímidas hasta que el miedo y el respeto dejaban paso en el ánimo á la simpatía ó el afecto, y rompían

á hablar en su lenguaje apasionado y fantástico:

—¡Corona de mis sienes! decían. ¡Gloria de mi vida! ¡Dulce y temible Señor mio! ¡Que tu rostro sea siempre blanco y espléndido en los dos mundos de Asia y Europa! ¡Que la victoria te siga por todos los sitios donde te lleve tu corcel! ¡Que tu sombra se extienda por todo el universo! ¡Querría ser rosa para perfumar lo alto de tu turbante, ó mariposa para batir las alas sobre tu frente!

Y luego, con apagada voz, cantaban las lindas esclavas á aquellos grandes amantes cariñosos, que se adormecían en el seno de ellas, sus infantiles historias de palacios de esmeralda y montañas de oro, mientras alrededor de la tienda, por la campiña ensangrentada y oscura, el feroz ejército dormía, descansando del combate.

Pero aquellos sultanes dejaban toda molición en el dintel del haren, saliendo más fieros despues de gustadas las delicias del amor. Eran suaves en los harenes; sangrientos en el campo; humildes en la mezquita; soberbios en el trono.

Así, hablaban un lenguaje lleno de fulgurantes hipérbolos y fulminantes amenazas, y cada sentencia suya era irrevocable, provocando una guerra, ensalzando hasta las nubes á un hombre que yaciera en el polvo, haciendo rodar una cabeza á los piés del trono, ó desencadenando hu-

racanes de hierro y fuego sobre una provincia rebelde.

Así, arremolinándose desde Pérsia al Danubio, desde Arabia á Macedonia, entre batallas, triunfos, cacerías, amores, trascurría la flor de los años de los sultanes en virilidad hirviente, audaz juventud, y arribando á la vejez y hasta á la ancianidad con tales bríos, que apenas si la advertían el seno de sus amantes, el lomo de sus corceles, ni la empuñadura de sus espadas. Y no ya en la vejez, empero en la verde edad, sucedía en ocasiones que, oprimidos por el sentimiento de su monstruoso poder, desconcertados de repente por el furor de los vencedores, por la conciencia de una responsabilidad sobrehumana, apoderándose de ellos una especie de terror en la soledad y aislamiento de la propia altura, volvíanse á Dios dejando trascurrir días y noches en los retiros oscuros de sus huertos, componiendo poesías religiosas ó yendo á meditar sobre el Coran á orillas del mar, ó á bailar la danza frenética de los dervis, ó á macerarse con cilicios y hacer penitencia con ayunos en las cavernas de viejos eremitas.

Y de igual modo que en la vida, se presentaban en la muerte casi todos á sus pueblos, como figuras venerables ó temibles, ya muriesen con la serenidad de los justos y los santos, como el jefe de la dinastía; ya cargados de años, de gloria y de tristeza, como Orcan; ora por el puñal de un

traidor, como Murad I; ora en la desesperación del destierro, como Bayaceto; bien conversando plácidamente en círculo de sábios y poetas, como el primer Mahomet; bien del dolor de una derrota como el segundo Murad: ¡y con seguridad puede afirmarse, que sus fantasmas amenazadores, es lo que permanecerá de más grande y más poético en los sangrientos horizontes de la historia otomana!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

TOMO PRIMERO.

	PÁGINAS.
RETRATO DEL AUTOR.....	II
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	IX
ADVERTENCIA.....	XI
La llegada.....	1
Cinco horas después.....	29
El puente.....	37
Stambul.....	51
En la fonda.....	65
Andando por Constantinopla.....	73
Galata.....	76
La torre.....	80
El cementerio.....	82
Pera.....	84
El gran Campo de los muertos.....	89
Pancaldi.....	92
San Dimitri.....	94
Tataola.....	96
Kassim-Bajá.....	98
El Café.....	101
Piali-Bajá.....	103
Ok-Meidan.....	106
Piri-Bajá.....	108
Hasskioi.....	110
CONSTANTINOPLA.—T. I.	23

traidor, como Murad I; ora en la desesperacion del destierro, como Bayaceto; bien conversando plácidamente en círculo de sábios y poetas, como el primer Mahomet; bien del dolor de una derrota como el segundo Murad: ¡y con seguridad puede afirmarse, que sus fantasmas amenazadores, es lo que permanecerá de más grande y más poético en los sangrientos horizontes de la historia otomana!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

TOMO PRIMERO.

	PÁGINAS.
RETRATO DEL AUTOR.....	II
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	IX
ADVERTENCIA.....	XI
La llegada.....	1
Cinco horas después.....	29
El puente.....	37
Stambul.....	51
En la fonda.....	65
Andando por Constantinopla.....	73
Galata.....	76
La torre.....	80
El cementerio.....	82
Pera.....	84
El gran Campo de los muertos.....	89
Pancaldi.....	92
San Dimitri.....	94
Tataola.....	96
Kassim-Bajá.....	98
El Café.....	101
Piali-Bajá.....	103
Ok-Meidan.....	106
Piri-Bajá.....	108
Haskioi.....	110
CONSTANTINOPLA.—T. I.	23

	PÁGINAS.
Halichi-Ogli	112
Sudluché.....	113
En cáique.....	115
Nueva vista.....	117
El Gran Bazar.....	119
La luz.....	155
Los pájaros.....	159
Los recuerdos.....	161
Semejanzas y analogías.....	165
La manera de vestir.....	167
Constantinopla futura.....	171
Los perros.....	173
Los eunucos.....	181
El ejército.....	191
El ocio.....	203
La noche.....	207
La vida en Constantinopla.....	211
Los italianos.....	217
Los teatros.....	223
La cocina.....	227
Mahoma.....	233
El ramazan.....	237
Constantinopla antigua.....	241
Los armenios.....	251
Los griegos.....	255
Los judíos.....	257
Los baños.....	263
La Torre del Serasquier.....	269
Divagacion.....	273
Santa Sofia.....	277
Dolma Bageé.....	311

PÁGINAS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



